



EL  
VAMPIRO  
ARROGANTE

YIROS DAKAY

# **EL VAMPIRO ARROGANTE**

**YIROS DAKAY**

# Tabla de contenido

[Definiendo la civilización \(s\):](#)

[Capítulo uno:](#)

[Capítulo dos:](#)

[Capítulo tres:](#)

[Capítulo cuatro:](#)

[Capítulo cinco:](#)

[Capítulo seis:](#)

[Capítulo Siete:](#)

[Capítulo ocho:](#)

Definición de los términos y civilizaciones:

*Ramai: los civiles de sangre de la clase Vampiro; Vampiros aristócratas.*

*Sin transición: Antes de la pubertad; la existencia de un vampiro donde no procesan habilidades a diferencia de los humanos y son capaces de sobrevivir sin la sangre del sexo opuesto.*

*Transición: la finalización del desarrollo o el comienzo de la edad adulta. Ocurre generalmente a principios de los años veinte, puede ser crítico para algunos.*

*Comercio: el tratamiento del cual se paga una deuda, generalmente a través de la tortura.*

*Parterra: guardiana para los más jóvenes.*

*Tyren: la compañera de una mujer.*

*Irryn: la compañera de un hombre.*

*Old Axvem: lenguaje fluido de la antigua clase vampiro.*

*Goddess of Blood Bonds: el creador de la especie vampiro.*

*Líder (es): descendientes de vampiros con líneas de sangre más fuertes conectadas a la Diosa. Rasgos anormales anormales del vampiro común, tales como lectura de la mente, transformación, etc.*

*Civilización (es): casas de seguridad secretas construidas para la clase de vampiros civiles*

*Otro (s): Seres sin alma, creados por el Deserect para matar a todos los vampiros, y formar una clase alta de una raza encarnada.*

*Deserect: una desencarnación de dioses unidos a través de la energía negra atrapada en el quinto reino.*

*Primer reino: el Dios de todas las creaciones posee las almas de aquellos sin oscuridad (cielo).*

*Segundo reino: más conocido por la energía pura de toda la vida desvaída, donde los vampiros experimentan un tipo de 'nirvana'*

*Tercer Reino: la existencia humana, el reino de la vida.*

*Cuarto reino: el reino de Dios y de la Diosa*

*Quinto Reino: conocido como el reino de la muerte, de aquellos donde las almas oscuras continúan*

*Vampiro: Especie creada por Goddess of Blood Bonds sobrehumana para los humanos. Después de sus transiciones, los vampiros deben tomar la vena del sexo opuesto regularmente o se debilitarán y agonizarán. La mayoría no puede caminar hacia la luz del sol, aunque a través de la edad es posible. Los humanos no pueden ser "convertidos" a través de un simple mordisco, sino que deben estar al borde de la muerte antes de alimentarlos con la sangre de un vampiro, aunque esto es peligroso y es muy probable que resulte en la muerte. Los vampiros poseen habilidades que los diferencian de los humanos y son inmortales, aunque la muerte puede ocurrir a través de actos críticos.*

*Cazadores / Superhumanos: clase de superhumanos que no son ni vampiros ni otros, pero que provienen de la ascendencia de humanos que han desarrollado habilidades para cazar ambas especies.*

## Prólogo

El único hijo de Krait, tercer líder, se sentó ante el Consejo de Vampiros, mirando, en un estado aturdido y calmado, a los líderes que estaban de pie, envueltos y apenas visibles desde detrás del portal que separaba el cuarto reino.

Solo dos de los cinco de los que Ian había oído hablar estaban presentes: Nicholas, el joven de sangre de Aeluis, y Lucius, el hijo de sangre Caiside. El área donde una vez estuvo su padre estaba vacía. La vista lo dejó... entumecido. Más tarde, la realidad lo consumiría, pero por el momento, estaba flotando en un abismo sin emociones. Estaba enfermo. Se estaba liberando.

Era la primera vez que Ian se paraba debajo de las fáciles miradas de los machos. En su mente joven, no podía recordar un momento en el que estuviera lo suficientemente cerca como para ser notado, lo suficientemente cerca como para encontrar las reacciones que los machos infligieron en todos. Eran asombrosos, erguidos, orgullosos y dominantes. Todas las cosas que Ian no era.

—Párate a todos. —La voz era baja, pero tan contundente como lo sería por un grito. Todos los vampiros obedecieron al instante, mirando con los mismos ojos fríos y vacíos. Ian se puso de pie segundos después, aturdido mientras trataba de respirar uniformemente, pero era difícil, la masa de juicio se contraía alrededor de sus pulmones.

La voz sonó. —En este día, podemos decidir el destino de nuestros perdidos. El joven de sangre de Krait Payne, Ian Derik Payne, tercer líder de la fila. Los ojos de Ian, que habían caído sobre sus manos retorcidas, se alzaron para mirar dudosamente al Consejo.

¿Seguramente no lo estaban considerando en realidad...? No era nadie, ser el engendro de un poderoso Blood Bonds no significaba nada.

No quiso decir nada. Y nunca lo hizo.

A su alrededor, las clases en transición del ramai gruñeron con su desaprobación, no es que Ian realmente prestara atención. Excepto que hizo una mueca interior, ante la realidad de que le importaba... Por supuesto que le importaba si destruía la reputación de su padre. El único bien del hombre.

Pero esa era la mentalidad de Ian. Los demonios de Ian. Fue su orientación y, como su padre le había enseñado a hacer, se enderezó y se encontró con las miradas del Consejo, pero esta vez, a ciegas. Déjalos hablar ahora.

Para su asombro, algunos apartaron la mirada de él —lo que esperaba que fuera frío—, mientras que otros lo miraron con arrogancia. Pero esta vez, se recordó, era el hijo de su padre, no tenía que preocuparse por ellos.

—Todos a favor de un desafío, voz ahora con un 'yo' —la voz que ahora reconoció como líder Lucius no reveló nada. Ian sintió una sonrisa hueca estirar sus labios, con el objetivo de convencer a los que ya no le importaban.

No estaba a favor de un desafío por el derecho a mantener su posición legal. Eso y él sabía que lo matarían fácilmente. Así era simplemente cómo funcionaba en su mundo. Supervivencia del más apto. E Ian, que medía cinco pies y seis y era extremadamente delgado, no estaba en forma. Los machos sin transición siempre fueron los más débiles. Especialmente él, cerca de los veinte y aún

sin transición.

Algún líder que probaría.

Sin embargo, la sala permaneció en silencio, aliviando su tensión, pero solo un poco. Sin embargo, fue al pozo más profundo del Quinto Reino bastante rápido.

—Como todos los hombres en transición no están dispuestos, desafiaré —llegó la voz fría del líder Nicholas. Ian no estaba exactamente asustado de decir, más aún... preparado. Se las había arreglado para mantenerse vivo dentro de las garras de su padre y nada podía desafiar eso.

Sin embargo, su padre había apuntado más al tormento, en lugar de matar. Sin embargo, cuando la mirada azul del líder atrapó la verde de Ian, algo cercano a la sospecha brilló en sus profundidades y tragó con fuerza, sintiéndose desanimado.

—Desafío aceptado.

## Capítulo uno

### *Treinta y seis años después*

Beth miró a su hermano mayor, Tallis, escéptica mientras se apoyaba en la puerta de acero de su habitación. Un hombre de seis pies en transición, Tallis no actuó de acuerdo con su edad o, de hecho, con su tamaño.

—¡Dejé a mi chica atrás hooooommmeee! ¡No los amo, no mooooree! —Su voz retumbante resonó por los pasillos de la gran mansión mientras intentaba cantar una canción que ella ni siquiera podía reconocer. Beth sonrió a pesar de sí misma, sabiendo que no tenía idea de lo fuerte que estaba siendo, los auriculares en sus oídos le impedían escuchar algo más allá del ritmo.

Por suerte para él, sonaba como un gato moribundo.

Tallis no se parecía en nada a ella. Con una constitución musculosa y una cara fuerte, era lo opuesto al cuerpo curvo más corto de cinco pies y nueve de Beth. Mientras su cabello estaba cortado en una calavera, la rubia oculta por su corta longitud, Beth había salido de alguna manera con un cabello negro más grueso que le colgaba en la parte baja de la espalda. Aunque había algo que podía decir que lo marcaba como su hermano, el azul pálido de sus ojos, un rasgo que ambos habían obtenido de su padre.

Completamente ajena a ella, Tallis se dirigió hacia el vestíbulo de entrada, pero Beth estaba aburrida y, bueno, le gustaba meterse con él. Ella corrió detrás de él, saltando sobre su espalda y cubriéndole los ojos con las manos. Se dio cuenta de que él sabía que era ella por la amplia sonrisa en su rostro cuando sus manos se cerraron alrededor de sus tobillos, y él comenzó a girar. Dieron vueltas y vueltas con la velocidad suficiente para que todo se volviera borroso para ella mientras ella se reía, mareada.

—¡Detener! ¡Detener! —ella logró jadear, aunque él negó con la cabeza, obviamente divirtiéndose demasiado. Entonces estaban jugando ese juego ¿eh?

Desenganchando una mano de su rostro, ella clavó sus uñas en su cuello, haciéndole silbar y tratando de alejarse. Pero no había ningún lugar a donde ir y estaba preparada para un ataque completo mientras sonreía ampliamente. Inesperadamente, se detuvo, con los brazos extendidos hacia atrás a los costados, arrojándola hacia atrás con la fuerza suficiente para que golpeará la pared opuesta. Afortunadamente para su cabeza, se detuvo, estirando las manos para apoyarse, aunque desafortunadamente, sus manos estarían magulladas.

La habitación no dejaba de girar y ella trató de mirar fijamente la forma en movimiento de Tallis porque él parecía completamente imperturbable mientras apretaba su estómago con la risa en el piso alfombrado.

—Sabes —respiró entre carcajadas—. Si papá nos viera así... —Beth no pudo evitar reírse al pensar en las nerviosas expresiones faciales de su padre cada vez que trataba de hablar en serio y fallaba tanto. Era una de las cosas más divertidas, especialmente cuando estaba encerrada en una mansión sin nada que hacer durante nueve horas del día, mientras que todos los varones

adolescentes "superiores" estaban puteando y divirtiéndose.

La idea la tranquilizó tanto que finalmente pudo levantar la cabeza para captar la mirada idéntica de su hermano.

Tallis era solo dos años mayor que ella, por lo que habían crecido más cerca que la mayoría de los hermanos civiles. Ella adoraba su sentido del humor y su imprudencia, lo que la salvó de mucho aburrimiento cuando era niña. Por lo general, estaban sincronizados entre sí, aunque ambos tenían una buena cantidad de secretos. Beth es ciertamente más severa, pero ese era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

—Entonces, creo que deberíamos inscribirte en America's Got Talent o lo que sea —Beth sonrió levemente, sentándose y acercándose a su hermano, que todavía estaba como una piedra. Él lo fulminó con la mirada, pero la diversión en sus ojos le dijo que no estaba realmente desanimado.

—Huh. A papá le encantaría eso. Ella resopló, rodando los ojos.

—Más como un ataque al corazón. —Él sonrió de esa manera torcida que hizo que su corazón se hinchara de orgullo, pero luego sus cejas se fruncieron y grandes.

—¿No deberías estar en el centro de entrenamiento?

—Debería ser, sería, pero no lo soy. —Se mordió el labio, bajando los ojos mientras intentaba reprimir el escalofrío de miedo que recorría su columna vertebral al pensar por qué ya no iba a entrenar tanto. Fue por su culpa. El tercer y más frío miembro del Consejo, Lord Payne, o como a los demás le gustaba llamarlo, Lord Ice.

Nunca le había ido bien con los hombres. Y el líder era definitivamente masculino. El primer día de entrenamiento la había humillado delante de cada mujer en la habitación... Después de eso, no podía estar cerca de él por mucho tiempo. Especialmente no dos horas enteras, eso fue cruel e insoportable.

Era peor que ella ni siquiera pudiera quedarse quieta a su alrededor y él ni siquiera la miró. De nuevo, ella simplemente no se llevaba bien con hombres como él. El líder lo hizo mucho peor; porque tenía que verse... bueno, exactamente como lo hacía. Totalmente fuera de su alcance.

Beth no se había dado cuenta de que estaba inquieta hasta que su hermano la tomó de las manos y la apartó de sus pensamientos. Lo primero que notó fueron sus ojos estrechos, casi brillantes, fácilmente distinguibles como los ojos de un vampiro. ¿Cuándo demonios fue su transición el golpe? Se preguntó al verlo. Ella ya tenía diecinueve años y su madre había pasado por la suya en esta época... Tal vez ella podría ser el monstruo que fue más tarde que todos los demás. Sería ella

—Elizabeth, en serio, ¿por qué no has ido a entrenar? —Ella suspiró profundamente, sabiendo que Tallis "seria" había vuelto.

Oh Alegría.

—Yo uh, ¿lo sientes...? —admitió tímidamente, en parte la verdad. El calor subió a su rostro, porque no era el tipo de cosas de las que quería hablar con su hermano. Su hermano, que era inmaduro cuando vinieron.

Y sí, él la miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza, y le tomó mucho resistir el impulso de asegurarse de que no lo hubiera hecho. —Uh... ¿Sientes qué exactamente?

Soltó una risa incómoda y se pasó la mano por el pelo. Y aquí viene lo incómodo. —Mi transición. —Ella lo observó, dejándolo absorber eso mientras su boca se abría, luego se cerraba y luego volvía a caer. Antes de que ella pudiera siquiera parpadear, él estaba fuera del piso y lentamente retrocedía con las manos levantadas con precaución.

Maldita velocidad del vampiro, no era justo.

—¿Qué? —ella exigió con exasperación—. ¡No es como si fuera contagioso! ¿Necesito recordarte que tú también pasaste por eso? No le impidió girar sobre sus talones y correr, su risa burlona resonó por los pasillos.

Imbécil.

—¡Ven y tráeme hermana! —Ante el desafío, ella sonrió perversamente. La mansión era más que enorme, con al menos trescientos salones innecesarios e incluso más habitaciones. Le tomaría mucho tiempo encontrar a su hermano, incluso viviendo aquí toda su vida, no conocía todas las habitaciones, de hecho, solía quedarse en su piso. Sin mencionar que su hermano estaba hecho de velocidad y energía. De nuevo, maldito vampiro.

Su cuerpo todavía estaba adolorido; parte de su transición inminente, la otra de su tiempo con los cazadores. Habían sido fáciles con ella, pero los malditos Superhumanos eran más fuertes de lo que nadie les daba crédito. Malditos cazadores.

Todos estaban mucho más realzados que ella, pensó mientras sus músculos gritaban en protesta por su elevación del suelo. Malditos sean todos. Olfateó desafiante, ignorando el dolor. Al menos ella era considerada, como lo expresó el humano, "normal. —Solo por un rato más, esperaba.

Sacudiendo los pensamientos, se recogió el pelo negro azabache en un moño desordenado y salió corriendo del pasillo, siguiendo la dirección en que Tallis se había ido.

*Cómo vivo para un desafío.*

○○○○○

Ian extendió las manos con frustración, golpeando el saco de boxeo mientras su velocidad se aceleraba. Dos golpes más, estimó, antes de que saliera de los ganchos de hierro, también estaba conectado.

—Ian! —El grito de Nick estaba lejos, e Ian lo ignoró, cambiando de posición alrededor de la bolsa, manteniendo con fuerza sus colmillos extendidos.

No iba a decepcionar a su padre esta vez... Nunca, pensó, la ira hirviendo en su sangre.

Respirando con dificultad, flexionó sus nudillos sangrantes, cerrando los ojos ante la intensa sensación justo cuando los fuertes pasos avanzaban detrás de él.

La ira ya no controlaba su rendimiento. Estaba tan cerca ahora... Él sonrió vagamente ante la idea aliviada.

Sintió, en lugar de ver, el próximo ataque de Nick. Girando sobre sus talones, esquivó un puñetazo, envolvió su mano alrededor del gran puño y lo contuvo. Los brillantes ojos azules de Nick ardieron, sus colmillos estaban desnudos y su cuerpo rígido como el metal. Ian solo estaba ligeramente fornido, no tan musculoso como el hombre mayor, así que cuando Nick empujó hacia adelante, Ian empujó hacia atrás con su cuerpo, soltando el puño para patearlo en las costillas. Tuvo cuidado de retroceder antes de que esa patada pudiera ser devuelta. Después de todo, le gustaba dar el dolor, no recibirlo.

—¿Qué diablos crees que estabas haciendo? —Nick gruñó, tomándolo con la guardia baja lo suficiente como para permitir que su oponente lo clavara al suelo debajo de su pesado y musculoso peso.

*No es aceptable, Derik.*

Levantando el puño, golpeó a Nick en la cara, pero sin satisfacción, incluso cuando su cabeza se echó hacia atrás, el líder todavía estaba sobre él. Él lo miró con irritación, luchando. Fue una causa inútil luchar contra el que le enseñó todo, un experto en comparación con los cincuenta y cinco años de Ian.

—¿Qué? —Gritó Nick, golpeando su puño en la cara de Ian con tanta fuerza que la sangre explotó en su boca—. Lo fueron —lanzó otro golpe—. Usted —otro—, ¡pensando! —el último hizo que su visión se volviera blanca cuando se le quebró la nariz.

A la mierda

Ian siseó, la sed de sangre empañaba su visión y antes de comprender lo que había hecho, Nick estaba debajo de él, y sus puños se conectaban con la cara sorprendida de su mentor. Una y otra vez, se cerró de golpe; hasta que la realidad lo atrapó... Cuando la cara de Nick estaba ensangrentada y arrugada por el dolor.

Joder, había perdido el control. Ian Derik nunca perdió el control así. Solo Nick podría causarlo. Solo este imbécil, pensó con petulancia.

*No te importa*; se recordó a sí mismo, asegurándose de que su rostro tuviera una expresión estáticamente aburrida.

—¿Estás satisfecho contigo mismo ahora, Lord Payne? —Interiormente, Ian se encogió ante el apellido de su padre, aunque en el exterior, se encogió de hombros, se levantó y se limpió los restos ensangrentados de la hemorragia nasal y el labio partido sobre las pieles. El dolor se acostumbraba fácilmente. Su infancia consistió en ello.

—Bueno, después de lo que me hiciste en la cara, espero que así sea, pinchazo —continuó Nick. Los labios de Ian se torcieron, porque de nuevo, solo Nick podía hacer que la situación fuera casi divertida—. ¿Vas a tirar otro, por diversión? —Nick entrecerró los ojos con desconfianza, pero levantó las manos en una pose de rendición. Después de un momento de tranquilidad, Nick se inclinó hacia delante, pero Ian solo lo miró, un poco atónito. ¿Realmente necesitaba una mano?

Diosa, no eres tan inteligente como fuerte. 'Ayúdame'. Ian se abofeteó mentalmente nuevamente por perder la compostura, su guardia.

Caminando hacia el hombre, agarró su antebrazo y lo levantó. Se acercó con gracia, mientras que Ian probablemente se habría tropezado con sus pies. Habían pasado demasiados años para contar desde su vigésimo tercer cumpleaños, pero todavía no podía caminar con la misma gracia que la mayoría de los hombres, por lo que mantuvo la cabeza alta y contó los pasos interiormente hasta que pudo sentarse de nuevo.

Pelear era otra historia por completo, pero caminar...

Algún hombre, su Vampiro se burló, pero él lo cerró, quitándose el cabello castaño de la frente sudorosa o ensangrentada. Nick se veía peor que él al menos, toda su cara estaba hinchada, ojos azules entrecerrados mientras se apoyaba contra la puerta, cruzando los brazos.

Ian ya sabía que era otro intento de hacerle sentir a sí mismo, y agradeció el gesto, pero nunca podría volver a ser él mismo. De hecho, había dejado atrás a Ian, treinta y seis largos y fríos años atrás.

—Ian, no eres tu padre —no iban a ir allí; su control ya era inestable como el infierno. Necesitaba correr, pero primero tenía que darse una ducha y deshacerse de toda la sangre. Sí, ducha, luego corriendo... luego matando. Perfecto.

—Me voy —interrumpió, saliendo de la puerta de seguridad antes de que Nick pudiera intentar detenerlo. Ian no necesitaba sus comentarios astutos más de lo que Nick necesitaba saber lo jodido que estaba. ¿Sigues tratando de complacer a un hombre muerto, que no había querido tener nada que ver con él en primer lugar? Maldita sea patético. Pero muy cerca. La idea, una vez más, lo hizo sonreír discretamente; nada podría obstaculizar su éxito.

Podría haberlo rastreado, pero necesitaba tener la mente despejada para prepararse para la

ducha. No era lo mismo que estar en una piscina o una bañera, sumergido en el agua, sofocado en su piel, perdido en sus pensamientos... pero aún tenía que esforzarse un poco, doblar la esquina y escuchar la voz de la mujer.

—Tallis! ¡Sé que estás por aquí en alguna parte, gran imbécil! —Sus cejas se fruncieron—. ¿Tallis? Tallis... Tallis... Conocía ese nombre... ¿Tallis de Nick?

La niña continuó: —¡Vamos! Estoy sin transición, ¡no puedo rastrear tu aroma! Pistas! ¡Necesito algunas pistas!

Sus pasos disminuyeron, y ladeó la cabeza hacia un lado. ¿Un sin transición? ¿Uno de sus?

—No importa —murmuró en voz baja, continuando por el pasillo hasta que finalmente su puerta, la última en el pasillo, estaba a la vista. Solo unos pocos pasos más y estaría libre de conversación...

Gracias a Diosa. Cinco pasos, cuatro, tres...

En ese momento, una mujer dobló la esquina, moviéndose tan rápido que casi chocó contra él. Hubiera sido, si no fuera por su reflejo, detener el contacto. Agarrando sus brazos, la apartó sin tacto de él, mirando a la mujer aturdida que cayó al suelo.

Casi se sintió mal cuando ella luchó por ponerse de pie otra vez, tratando de ser rápido. En realidad, él realmente se sentía mal, así que cuando su propia mano se extendió para estabilizarla, no se sorprendió por la acción. Tal vez fue una pena para los débiles? No sabía por qué, pero al igual que el torpe que parecía ser, tropezó hacia él esta vez, justo cuando él inhaló profundamente.

Gran error.

El dulce aroma cítrico atravesó a Ian como fuego salvaje, su estómago se apretó hasta el punto del dolor, el hambre agudizó sus colmillos, instándolo a morder la piel suave de su garganta. Boca repentinamente muy seca, su garganta se contrajo y luchó por respirar. Tomó todo el autocontrol que poseía para dejar de respirar ese olor, para evitar la tentación, aunque ella ya estaba marcada en su cerebro.

En silencio, la maldijo cuando sus colmillos pincharon su labio inferior, la sangre inundó su boca antes de que la herida se curara. Sin embargo, no quería su sangre, quería la de ella.

¿Por qué olía tan... encantadora? Se había alimentado de más vampiros femeninos de los que podía contar, ninguno olía tan... delicioso. Agua en la boca. ¿Era bonita como olía? ¿Le importaba?

Miró a la mujer, un poco decepcionado. Sin embargo, fue solo un poco, su belleza lo llamó a través de su sangre. Aún así, ella no era lo que él esperaba. Por otra parte, había esperado una rubia; según su experiencia, su sangre era más rica. Pero su aroma... atraído, Diosa, su aroma cantaba para él, pero su rostro no era nada... hermoso. De hecho, no estaba seguro de que ella fuera bonita.

El cabello manchado de color resaltaba el color cremoso de su rostro, que era de un rosado atractivo, definiendo una barbilla puntiaguda. Sus cejas oscuras estaban demasiado separadas, arqueadas por encima de las perforaciones, iris azul pálido, ojos azules familiares. Su nariz era recta, larga, bajando hasta los labios ligeramente separados, ambos más gordos en el medio, dándoles un extraño efecto de pajarita.

Mientras miraba, esos ojos azules cayeron al suelo y se formó un nudo extraño en su pecho. ¿Lástima otra vez? No lo creía así. Esto fue algo más. Incapaz de decir una palabra, inclinó la cabeza superficialmente.

Entonces... odio, un tipo diferente de odio. Tenía que ser. Esta niña, esta niña desagradable podría ser su caída. Sintió que ella lo estaría y se puso rígido con un siseo. Nadie se interpondría

en el camino de su éxito.

Pronto, su conciencia susurró, asegurándose de que sabía que era mucho más imperativo que un aroma.

—Debería haber estado prestando más atención a dónde iba, te pido mis más sinceras disculpas —dijo con firmeza. En realidad, ella había salido de la nada, pero él no la avergonzaría en voz alta.

Las mujeres degradantes o cualquiera en particular no era su fuerte. No importa cuánto odio sintiera.

Ella abrió la boca para hablar cuando un hombre entró corriendo al pasillo, con los brazos tirando de su cuerpo más pequeño hacia él, y un gruñido, casi jugueteo, escapó de él.

—¡Te tengo! —Ahora sus mejillas ardían positivamente, el calor lo llevaba, pero él hizo todo lo posible por ignorar eso, alzando una ceja mientras el hombre miraba con una cara muy familiar. ¿Qué estaba haciendo el hijo de Nick con una mujer sin transición? Tallis era el gemelo de Nick en apariencia, pero un poco más bajo y voluminoso, cabello rubio recortado y ojos azul pálido curiosamente protectores. De la hembra?

Obviamente suficiente.

Soltando a la niña, inclinó la cabeza brevemente, e Ian notó que la mujer se acercaba más detrás de Tallis. Bien, que tenga miedo.

—¿Qué haces corriendo por los pasillos Hijo de Aeluis? —Su voz era áspera cuando apretó los puños. Estaba jodidamente molesto. Tallis miró brevemente a la chica, que ahora estaba casi completamente oculta detrás de su cuerpo.

Cobarde.

—Mi señor, estaba recuperando a mi hermana. —Por supuesto. La hembra era la hija menor de Nick. Una hija que de ninguna manera se parecía a ninguno de sus parientes además del azul helado de sus ojos.

Ahora estaba realmente jodido. No podía odiarla. Apretó los dientes. —La hija menor de Nicholas, segundo líder, permíteme presentarme, estoy... —Ella dio un paso adelante, levantando la barbilla.

Quizás ella no era una cobarde después de todo.

No estaba seguro de si le gustaba su valentía. No hubo consecuencias por poner las manos sobre una mujer en los Rollos de Axvem; la mayoría de los machos lucharon con sus hembras. No entendía cómo. Se suponía que la irryn de un vampiro debía ser adorada por su tyren, no... maltratada. Fue simple Nunca trataría a una mujer de la misma manera que a su madre.

Sin embargo, siempre siendo un hombre dominante, quería que esta mujer en particular obedeciera y mantuviera la boca cerrada aún así. Ella no es tuya, le recordó Ian a su vampiro interior. —Ya te conozco, Lord Ic, um Derik... Soy una de tus aprendices —murmuró ella, con los ojos puestos en sus botas. Lord Ice Él puso los ojos en blanco ante eso.

No levantó la vista otra vez, y ese mismo sentimiento regresó con venganza. Ella no pudo encontrar su mirada... lo molestó. Aunque no sabía por qué, no muchos vampiros sí.

¿Pero ella era su...? Su aprendiz. No era difícil extrañar a alguien tan silencioso y cauteloso, pero ella olía tan malditamente encantadora... Un ligero aroma, tendría que estar extremadamente cerca para atraparlo con todos los olores fuertemente transitados. Él asintió solemnemente por lo que oró la última vez, ignorando el instinto de tirar de su cabello.

—Sí, recuerdo haberte visto antes —mintió suavemente. Eso hizo que su cabeza se levantara, la expresión de su rostro le dijo que sabía que él estaba mintiendo tanto como él. Una ceja oscura

se encogió provocativamente y ella abrió la boca para replicar. Ian anticipó su respuesta. Su hermano habló primero.

Siempre le había gustado el hombre, pero en ese momento, quería lastimarlo.

—Creo que mamá te está esperando, hermana mía —intercedió, colocando su mano sobre su brazo para que Ian notara los cortes que cubrían sus nudillos. ¿Seguramente eso no había sucedido en el entrenamiento? Raramente permitía que las mujeres usaran sus manos sin guantes... El interés mezclado con la conmoción hizo su respuesta más tarde de lo apropiado.

—Adiós. —No se había dado cuenta de que había hablado el viejo modismo Axvem hasta que permanecieron mudos.

Sin molestarse en explicarlo, pasó junto a ellos, abrió la puerta y entró en el frío de la oscuridad. En el interior, reflexionó sobre la chica, comprendiendo tardíamente que ni siquiera había recibido su nombre. Siempre podía preguntarle a Nick, pero esa sería una idea imprudente, el hombre ya era demasiado protector con su irryn, e Ian solo podía imaginar cuánto más de la niña. Además, ¿por qué debería importarle saberlo? No tenía nada que ver con los jóvenes sin transición.

Excepto ese aroma...

Apartándola con fuerza de sus pensamientos, se quedó entumecido mientras se duchaba, tratando de frotar rápidamente el jabón sobre su cuerpo tatuado asustado y tatuado con sal. El más importante fue su juramento ante el consejo, que decía: —La protección de la raza depende de mí mismo, por lo tanto, me entrego a tres, proporciono mi mente, cuerpo, corazón y alma a las vidas —. De las especies de vampiros.

Era lo que él creía consigo mismo, una promesa que cumplió. No importa qué, se entregó a la protección de su especie. Cada vampiro tenía una opción, excepto los líderes. Poseían el exceso de habilidades, mientras que los líderes portaban los genes más fuertes de la Diosa fundadora de Blood Bonds. Los líderes se vieron obligados a usar su nombre de pila, Aetheria, cada vez que estaban en el Cuarto reino. Alocer y Xaphan, los dos últimos líderes, permanecieron de ese lado para mantener el orden en línea, y eso era todo lo que Ian quería saber.

Cerrando los ojos, cortó el margen para sus pensamientos, dejándolo a su alrededor. Su regalo dado era el control de la transformación, y aunque soportaba a otros como ser un ilusionista, su regalo dado era lo que había podido hacer desde su nacimiento, algo que siempre estaría allí para continuar sobresaliendo sin más práctica. Cuando su piel se erizó, salió de la ducha y se vistió. Se secó el pelo desordenado con fuerza, se agarró las pieles y se puso la funda sobre el pecho y la camisa antes de cargarla con dagas, cada una grabada simbólicamente con su nombre en el Idioma Axvem.

Al entrar en el largo armario, agarró la bolsa de lona llena de rifles cargados, plata y otros aceros. Nick prefería usar bates de béisbol de metal por una razón inimaginable para Ian, mientras que Lucius era aficionado a las dagas, rápido y silencioso. Ian tuvo que estar de acuerdo con Lucius. Disfrutar de una muerte era una cosa, pero Nick vivía de ella. Sin embargo, nadie podía culpar al hombre; habían asesinado a su hija mayor. La venganza era esperada, merecida.

Su puerta fue golpeada y supo quién era antes de que Nick la abriera. Ya se veía mejor, las contusiones desaparecían mientras sonreía, diversión en sus ojos azules.

*Si tan solo supiera cuánto quieres hundir los dientes en el cuello de su hija, su conciencia siseó con disgusto.*

—Deberías esperar a que te conteste la próxima vez —murmuró Ian, alejándose de esos pensamientos. Los ojos de Nick le recordaron el chit nuevamente. Maldito sea.

—Pensé que habías desatado toda esa ira cuando me golpeaste la cara. Verona, por cierto, está furiosa. —Nick lo miró con recelo e Ian puso los ojos en blanco.

—Obviamente no, tu cara todavía es demasiado bonita —murmuró secamente—. ¿Por algún milagro está Lucius listo? —Nick se dejó caer en un sofá de dos plazas, demasiado cómodo. La puerta detrás de Ian se cerró de golpe y supo que Nick usó su regalo dado, la telequinesis. Aun así, miró con cautela la puerta por el rabillo del ojo, esperando un ataque. —Sigue deseando. Sí, ¿dónde están mis murciélagos? Ian señaló el armario y Nick sonrió, luciendo como un niño en lugar de sus doscientos años, antes de desaparecer en el armario.

Un poco molesto, llamó: —¿Lucius sabe que el amanecer está a solo unas horas? —Luego levantó una daga y la lanzó inconscientemente de una mano a la otra.

—Sí, pero él está... preocupado por una mujer en el presente —gritó desde el cerrador. Como si Ian no pudiera escucharlo si lo susurraba.

—¿Sexo o sangre? —le gritó de todos modos. Nick se rio entre dientes.

—Ambos.

—¿Le dejamos las llaves del Range Rover? —Nick salió del armario, golpeando el bate de metal en su mano reflexionando.

—Genial, tomemos la Escalade entonces? —Ian ahogó una sonrisa, sintiendo que Nick había entrado en ese armario. Le encantaba ese auto, aunque nunca tuvo una excusa para conducirlo realmente. No hasta ahora. E iba a aprovecharlo al máximo.

—Estoy conduciendo —declaró, levantando la bolsa de lona sobre su hombro y rastreando hacia el garaje. Esta era su única salida. Necesitaba sacudirse todas estas emociones antes de perderlo.

Esta noche, decidió que mientras escogía cadenas para azotar, estaba matando sucio.

## Capítulo dos

Beth se despertó de golpe, el dolor en su cuerpo la empujó a la conciencia. Con un gemido, apartó las pesadas cobijas de su piel sensible, deseando poder saltarse los dolores posteriores a la transición. Todo duele. Le dolía el cuerpo, como si su piel estuviera estirada para adaptarse a ella, llegando a doler... abajo, y para empeorar las cosas, se estaba muriendo de hambre. Pero era un milagro que si pudiera tomar dos comidas al día, la idea de la comida le revolvió el estómago.

Las lágrimas frustradas amenazaron con derramarse de sus ojos punzantes cuando su cuerpo se calmó lo suficiente como para que su mente se recargara del ataque. Diosa, pensó, ¿qué duele más, el dolor físico o emocional? Su mente inmediatamente arrojó dolor emocional, pero su cuerpo no cedería tan fácilmente.

Después de una ducha, decidió evitarlo, sentir la luz, pero un dolor tentador en sus músculos. Mientras caminaba de puntillas por su habitación, sacó la ropa típica de entrenamiento; vestirse con el sostén deportivo, las medias y el viejo All-Stars blanco antes de retirarse rápidamente el cabello y salir de la habitación con los cuidados de seguridad de Tallis y su iPhone en la mano.

Estaba prohibido que las mujeres estuvieran en el centro de entrenamiento sin su entrenador, pero Beth nunca había seguido las reglas del ramai. Mientras caminaba por los pasillos familiares, se detuvo en su encuentro con Derik. No fue difícil darse cuenta de lo mal que se había humillado a sí misma, incapaz de siquiera mirar a los ojos al hombre.

Probablemente pensó que ella era una especie de neandertal. Aunque, en su defensa, fue su culpa. A nadie se le debe permitir ser tan guapo. Seis pies y seis pies, no era más voluminoso que la mayoría de los vampiros, pero su ligereza no hizo nada para pronunciar mal sus músculos. Su cabello castaño estaba en el lado más corto, pero lo suficientemente largo como para que ella pudiera pasar sus dedos por él todavía. No es que ella se haya imaginado las texturas, definitivamente no. Y aunque sus cejas eran más rectas que la mayoría, dispararon el verde helado de sus ojos, más claros a pesar de su edad. Para todos los líderes, sus ojos eventualmente perderían su color original y se volverían carmesí, una señal de poder. Su nariz recta y aristocrática dio paso a los pómulos afilados y una mandíbula cincelada, los labios completamente llenos y para siempre en una línea apretada.

¿Obtuvo su aspecto de su padre? Intentó recordar a Lord Payne, pero no había estado viva cuando él frenó al líder, y es cierto que no había prestado mucha atención a las historias. Pensó que había escuchado a los demás decir algo sobre... ahogarse, pero no podía estar segura. No tenía sentido intentarlo; obviamente ella no llegaría a ninguna parte.

En cambio, trató de imaginarse al líder con una sonrisa, colmillos afilados y blancos. Ella se estremeció. Era tan completamente masculino que le dolía darse cuenta de que no la volvería a ver, que ella era solo otra chica.

¿Y cómo podía esperar que él incluso la mirara cuando tenía a todas las mujeres, incluso a su Diosa, lanzándose sobre él? Había tantas bellezas y ella ciertamente no era bella. Sus cejas estaban demasiado separadas, sus mejillas hinchadas, sus senos pequeños; La lista podría

continuar para siempre.

—Oh, supéralo —se advirtió a sí misma cuando llegó a la entrada de metal al centro de entrenamiento. Deslizándose el auto, sonrió cuando la luz verde parpadeó, indicando su acceso. No perdió el tiempo empujando la pesada puerta, haciendo una mueca cuando se cerró demasiado rápido, lanzándola hacia adelante. Ay.

*Lo que sea.*

Con las luces bajas, conectó los auriculares a su teléfono y lanzó 'The Script'. Siempre le había gustado su música. Y la música era su salida, música muy triste desde Vince. Incluso ahora, después de un mes, la traición tenía el corazón encogido en el pecho.

Cerrando los ojos, se puso un par de guantes de cuero y se hundió en los recuerdos del cazador, planeando su próxima ruta de escape. Las cuevas espeluznantes y bochornosas son su única opción desconcertante desde que el último otro brote tuvo seguridad desbordando las Civilizaciones.

Beth se acercó al saco de boxeo, colocando sus manos a cada lado de su textura coriácea, concentrándose con fuerza. Todo lo que le habían enseñado se apresuró cuando lanzó el primer golpe, sintiendo sus manos picar debajo de los guantes.

Succionándolo, rodeó la cosa, deseando que fuera un otro real. Al menos su piel no era tan desagradable.

A medida que las canciones sonaban, se hundieron, ella luchó más fuerte, el corazón latía con fuerza en sus oídos mientras el familiar subía. Se sentía tan viva de esta manera.

Que lo pasado sea pasado nunca podría funcionar para ella. Las debilidades emocionales necesarias para sanar.

La habitación se estaba enfriando un poco, mientras ella daba una patada, haciendo una mueca por el dolor que le subía por la pierna. Inmediatamente, otra presencia anuló su concentración, lo suficientemente poderosa y peligrosa como para congelarse, arrancando los auriculares de sus orejas sonoras y arriesgándose a mirar.

Ella se atragantó con el aliento. Con el pelo en la cara, el cuerpo pegajoso por la precipitación, vio a Derik, luciendo sereno y guapo como siempre desde donde él se apoyaba en la pared, flexionando los brazos al cruzarlos. Diosa, ¿por qué, oh por qué, se veía tan... bien? Mejor aún, ¿por qué no podría haber tenido cabello rubio y un cuerpo de duendecillo?

Aunque sus ojos pálidos eran ilegibles, su ceja estaba arqueada en cuestión. Por un momento, ella contuvo el aliento, mirándolo con los ojos muy abiertos mientras él la miraba. Un delicioso deseo se acumuló en la unión de sus muslos bajo esa mirada, una fuerza invisible tratando de acercarla, haciéndola preguntarse si él también lo sentía. Probablemente no.

Como si fuera una señal, sacudidas de dolor subieron por su cuerpo, y dejó caer las manos sobre las rodillas, sin aliento antes de que lograra, con mucho esfuerzo, enderezarse, todavía balanceándose un poco, pero agarrándose al saco de boxeo. , muy consciente de la mirada impasible de Derik.

Pain no era su amiga, aunque tampoco el líder, y ella se sentía atraída por él. Idiota.

Dobló dos veces antes de encontrar su voz. —¿Has estado aquí por mucho tiempo? —Siendo tan consciente de sí misma como ella, Beth mantuvo los ojos en el suelo, preocupada de que se riera de ella por ser tan débil, casi humana.

—¿Tienes? —Ella negó con la cabeza, demasiado sin aliento para decir algo. Su siguiente consulta hizo que su cabeza se volviera loca.

—¿En qué estabas pensando antes? —¿Por qué le importaba?

—Nada —murmuró con indiferencia, asegurándose de no pensar en Vince y Magda en caso de

que él pudiera leer las mentes. Pero, los extrañaba, y era difícil ya que estaba más que mal.

—La ira te hace descuidado —dijo arrastrando las palabras, con la voz cerrada. Su boca se abrió, mientras parpadeaba. ¿La llamaba descuidada ahora?

—¿Qué estás implicando? —ella preguntó, un poco molesta.

—Eras descuidado.

—¿Contundente mucho?

—Descuidado —repitió ella, tratando de aplastar su ira. Él se apartó de la pared, dando un paso más cerca, y ella automáticamente retrocedió uno. Su sonrisa alimentó su ira mientras prácticamente decía lo que pensaba: cobarde.

A su alrededor, cualquiera lo estaría, pero ella era obstinada, e internamente respiró hondo, levantando la barbilla y dando un paso seguro hacia adelante, sonriendo amargamente cuando sus cejas se fruncieron y sus manos se torcieron.

¿Quería golpearla entonces? ¿Era él ese tipo? se preguntó, tratando de no mirar la cantidad de tatuajes que cubrían su piel. Estaban rodeados por sus musculosos brazos, símbolos del Axvem que nunca había aprendido a fondo. Ella trató de distinguirlos, pero solo fue capaz de atrapar a uno, "ahogarse a la luz de los que busca. —Ella parpadeó ante el mensaje inesperado.

Su voz la sacó de sus pensamientos. —Tu ira dirigió tus acciones y atacaste en todos los ángulos equivocados —hizo una pausa y dio otro paso adelante. —Si esa hubiera sido una batalla real, habrías muerto antes de pestañear. —Beth frunció el ceño, preguntándose por qué demonios apreciaba su sinceridad.

*Tal vez porque el hombre que amabas nunca te lo diosuplió* su conciencia, haciéndola alejarse de nadie. Encantador.

—Traición —murmuró, la palabra dejó un sabor amargo en su boca. Sus manos enguantadas se enredaron entre sí con inquietud, insegura de su reacción porque, bueno, él era impredecible tal como vienen.

Aunque él estaba a más de varios pies de distancia, ella sintió que se ponía rígido. No es exactamente una buena reacción.

—¿Perdón? —Por debajo de sus pestañas, podía ver la confusión en su expresión. ¿Podría ser real? ¿Estaba el vampiro más despiadado vivo confundido? Una sonrisa floreció en sus labios.

—Estaba pensando en la traición —espetó un poco más segura. Sus ojos verdes brillaron entonces, con tanta... furia que ella se apartó de él. Oh sí, se recordó a sí misma, nunca te sientas cómoda con los hombres, eran criaturas extrañas.

—¿Qué sabes de la traición? —Ella se puso fría porque ¿quién demonios creía que era? Ni siquiera sabía que ella existía hasta ayer. Ella sabía todo sobre la traición, ella era su víctima.

¡Todo lo que sabía era ser un imbécil descuidado! La ira nublando su cerebro, ella pisoteó hacia él hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para que sus narices se hubieran tocado si no fuera por la diferencia de altura. Detrás de su ira había vergüenza, porque él era mucho más intimidante que ella, pero ella rechazó la molesta emoción. Arrogantes ojos verdes se clavaron en los azules ardientes mientras se retaban.

Pruébame, ella quería disparar, pero tenía la mente suficiente como para no hacerlo, en cambio presionó más cerca. —No sabes nada de mí —dijo entre dientes, levantando su dedo para empujarlo en las musculosas llanuras de su pecho. Qué maldito hombre. Bastardos arrogantes que todos eran, especialmente este.

En respuesta, gruñó bajo en su pecho, haciéndola apretar los dientes para evitar retroceder. Ella no retrocedería ante él.

—Sé que no tienes la menor idea de cómo se siente la traición, hijo insolente —gruñó, con los colmillos parpadeando amenazadoramente.

—¿Niño insolente? ¡Cuántos años tienes, abuelo! Sin ninguna indicación, sus manos se dispararon, empujándola lejos justo cuando su labio se curvó, los colmillos revelaron, sus ojos brillaban con sed de sangre.

El miedo la hizo tropezar más lejos, tropezando para caerse, con el estómago retorcido de dolor y la mano aterrizando en su garganta, para asegurarse de que en realidad no la había mordido. Con pura voluntad, ella se puso de pie, incapaz de encontrar su mirada esta vez mientras múltiples insultos pasaban por su mente.

Perdida la voluntad de luchar, se decidió por "ole. —Sus ojos se cerraron lejos de los de él. En ese momento, alguien entró en la habitación, un aroma de fresa la abrumaba mientras miraba en la dirección; tanto humanos como vampiros miraron al intruso, aunque Beth no tenía idea de por qué. Debería estar agradecida de que alguien la interrumpiera antes de matar al arrogante idiota, o peor, él la mató.

La mujer era alta y curvilínea con una camisa gris y medias que dejaban sus piernas parcialmente desnudas. Hermosa, en transición y peor, la rubia Beth notó con un suspiro. ¿Qué demonios seguía haciendo discutiendo de todos modos? Obviamente estaba más allá de sus puntos de vista de "niño insolente.

El rostro de la mujer era inquieto y radiante mientras miraba entre Beth y Derik, su sonrisa se desvaneció lentamente mientras se metía en la tensión que los rodeaba. Tensión que animó al líder.

Ella resopló, tanto por su inseguridad entonces, ya que su rostro estaba molesto.

—¿Estoy interrumpiendo...? —Beth la interrumpió rápidamente.

—No, no —miró a Derik con una sonrisa falsa y ansiosa—. Lord Derik me estaba ayudando con mi equilibrio, pero tengo que irme ahora. —Con eso, se dirigió hacia la puerta, feliz de escapar mientras mantenía su mirada hacia adelante, las dagas calientes en su espalda hacían que quisiera darse la vuelta y sacar la lengua, pero no lo hizo, sintiendo el aire suavizarse con un escalofrío. .

No iba a dejarla ir, ¿verdad? ¿En qué se había metido ahora?

○○○○○

La sangre de Ian rugió en sus oídos mientras veía a las chicas retirarse. En el interior tuvo una batalla interna, su medio arrogante le dijo que la dejara irse, pero mientras la observaba acercarse a la puerta se dio cuenta de que realmente se iba, y aún no había conseguido su nombre.

La hembra era tan irritante como llegaron, pero estaba preocupado por el maldito nombre. ¿Qué demonios le pasaba?

De acuerdo, todo.

Aunque era honesto, ya había discutido con ella, y ni siquiera sabía su nombre, un golpe patético de su parte.

Algo se agitó dentro de él, algo prohibido e inoportuno, pero se decidió. Tragando su orgullo, trazó ante la puerta, su demonio sonriendo con alegría cuando ella entró en él, su garganta cremosa demasiado cerca. Rápidamente la apartó, nuevamente usando un poco de fuerza, ya que ella tropezó, fulminó con la mirada cuando se puso de pie y lo hizo avanzar. El ramai criado en él quería disculparse, pero él no le daría la satisfacción.

—No vas a ir a ningún lado —dijo en voz baja, tratando de mantener su voz lo más cortante posible aunque estaba lleno de irritación causada por la sed de sangre. Ella se congeló a medio

paso, cayendo hacia adelante y haciendo reír a la hembra en el banquillo. La cara de la niña se sonrojó, luciendo mortificada. ¿Eh, no tan duro con otras mujeres entonces? Se agarró al instante, aunque a la defensiva, le lanzó una mirada fulminante al rubio.

Él esperaba la respuesta de la chica, "¡no puedes detenerme! —Aunque en cambio, ella lo sorprendió, sonriendo con una sonrisa muy falsa. Entonces, ¿ella también era actriz? Maravilloso. Aunque, ¿cómo podía ella saber algo? A pesar del color pálido de sus ojos, tenía que tener alrededor de dieciocho años, su inocencia irradiaba de ella.

—Mi señor, me halagas —comenzó casi con dulzura.

—Por favor —se burló con incredulidad, pero ella simplemente sonrió más, continuando como si él no hubiera hablado—. Pero realmente tengo que irme. —De ninguna manera.

Él respondió con complicidad: —¿Quieres saltar el entrenamiento entonces? Estoy seguro de que tu padre estaría encantado de escuchar esto. Él sonrió interiormente con satisfacción ante su boquiabierto.

—No lo harías —susurró ella ferozmente, probablemente sin darse cuenta de que la rubia todavía podía oírla. Fuerte y claro en realidad.

Mirando a la otra mujer cuyo nombre no se molestó en aprender, se inclinó hacia adelante, más cerca de su oído para susurrar lo más bajo posible. Ella estaba tan rígida que él quería reír, porque seguramente no era tan aterrador. Como el gran vampiro malo. —Pruébame.

Inhaló resueltamente, obligándose a alejarse, arriesgando otra mirada al rubio. Ella no estaba mirando en su dirección, demasiado preocupada con un mensaje, probablemente el chisme más reciente. Apretó los dientes, tratando de convencerse de no lastimarla. Las rubias no eran su tipo de tarde; se estaban volviendo demasiado densos.

La chica que atrajo su atención entrecerró los ojos, sosteniendo audazmente su mirada antes de mirar hacia otro lado, mordiendo los labios inferiores, aparentemente desgarrados. Su demonio sonrió triunfante. Ella no respondió, pero acechó a su lado, lo suficientemente cerca como para que él captara su aroma, su seducción cítrica, le quemara la garganta y alargara sus colmillos. Inconscientemente, pasó la lengua por las puntas afiladas, observando el balanceo de sus curvas caderas en esas medias, haciendo que su ingle se tensara incómodamente. Diosa, ella era un problema. Su personalidad era un fuego esperando ser encendido y el suyo, las llamas. La explosión de emociones fue extraña, molesta y fascinante a la vez, una combinación terrible. Por qué, especuló enojado, era esta mujer, la hija de su mejor amiga, tan... fascinante. Fue suficiente para volverlo loco; con curiosidad, sed de sangre, ira, y lo peor de todo, lujuria en general. Sentir tanto al mismo tiempo era nuevo, y seguro que no le gustaba. ¿Cómo podía desear a alguien que ni siquiera consideraba bonito?

¿Cómo no podía encontrarla bonita?

Demonios, la hembra era particularmente encantadora. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Era él el que atrapaba su aroma? Él la miró de nuevo, sintiendo su respiración agitada mientras ella lo miraba. Sí, definitivamente eso fue todo. Sin embargo, su visión no lo engañaba ahora, obstinada se convirtió en ella.

Desafortunadamente, el cabello grueso y oscuro se apartó de su rostro, lo que le hizo querer saber cuánto tiempo caería. La cara en forma de corazón estaba enrojecida por la ira, su barbilla puntiaguda sobresalía de manera atractiva, y sus labios de corbata de lazo en un puchero, el amplio azul de sus ojos de fuego fundido, deslumbrantes agujeros en él.

No se atrevió a mirar su cuerpo, seguro de que el bulto en sus pieles ya era lo suficientemente notable. Gruñendo por lo bajo, agarró su bolsa de lona, sacó los guantes de cuero altamente

innecesarios y se los puso sobre las manos. Las malditas cosas eran restrictivas, pero en su sentido jodido, el doble rasero era idiota, y no haría que las mujeres los usaran si no lo hacía.

Al mirar su iPhone, se dio cuenta de que el sol había caído hace solo diez minutos, lo que significaba que todos habían llegado temprano. A menudo venía aquí temprano; trabajando en su agitación hasta que comenzó el entrenamiento, aunque hoy se había despertado antes, como si supiera que la chica estaría aquí. Por supuesto que no debería haberlo sido, tales eran las reglas, pero la chica no salió como una para seguir las de todos modos.

No, por lo poco que Nick habló de ella, ella no seguiría las reglas. Lo cual fue otro problema. Sin embargo, tuvo que admitir, de mala gana, que ella fue rápida en sus acciones. Rápido pero descuidado de todos modos.

Enrojecida y encantadora, la había visto golpear el saco de boxeo, inexperto. Sin embargo, era de esperar, ella había estado amargada, enojada, la única excusa para tales golpes descuidados. Eso lo hizo aún más curioso. ¿Traición? Era joven, una niña pequeña básicamente, pero en otra postura, tenía razón. ¿Quién era él? A pesar de su disgusto, sonrió porque básicamente era lo suficientemente mayor como para ser el padre de un humano.

Ian sabía que no importaba, por lo que descartó los molestos pensamientos y colocó las dagas cuidadosamente sobre el panel de acero. El uso de sus dagas personales era un riesgo que corría, o se convencía a sí mismo de que estaba dispuesto a correr, aunque le molestaría si uno se perdía. Cada daga fue hecha por la Diosa, simbolizada y nombrada... Eran suyas.

El hombre en él no quería admitir que su raza era más importante que sus dagas. No lo irritaron a propósito. Como el ramai o la niña.

En cuestión de minutos, la habitación estaba llena de mujeres de todos los tamaños, mirándolo nerviosamente antes de mantener una conversación tranquila. No sabía de cuánto había realmente para hablar, pero siempre había sido retirado del mundo del ramai. Todo lo que había conocido era su padre y Nick. Y con el uno, hablar no había sido exactamente tolerado.

Por centésima vez este año se preguntó por qué estaba haciendo esto. Ah, claro, su supuesto mejor amigo lo había atrapado en él. —El bien de la civilización... será fácil Ian. —Su idea de "fácil" fue completamente jodida.

No le había importado entrenar a mujeres hasta que se dio cuenta de cuán... carecían de conocimiento sobre la lucha algunos. Y tenía el presentimiento de que la mayoría de estas chicas solo querían comérselo. Fue frustrante. Lo fueron, entonces ¿por qué no lo fascinaron?

Suspirando pesadamente, levantó una daga y la hizo girar en su mano con la velocidad suficiente para que si la cuchilla rozara uno de sus dedos, se la atravesaría. No es que no vuelva a crecer, pero probablemente dolería como el infierno.

—Terminemos con esto —murmuró para sí mismo, volviéndose para enfrentar a las aterradoras criaturas llamadas mujeres.

—Por favor. —Era el murmullo de la niña, lo suficientemente bajo como para que solo algunos lo captaran y boquiabiertos. Decidió ignorar eso y dirigió su atención a la espada.

—¿Alguien sabe cómo usar una daga? —Su voz era intencionalmente baja. La sala estaba en silencio ahora.

—Sencillo. —Él le dirigió una mirada irónica, pero por lo demás, ignóralo también.

—¿Alguien más? —Esto se estaba volviendo muy viejo. Nadie respondió y está bien, cambio de tema.

—¿Cuál es la única forma posible de destruir a otro? —Todos comenzaron a mirar a su alrededor, buscando para ver si alguien sabía la respuesta y suspiró nuevamente, a punto de decir

con el chirrido femenino de Nick: —Una puñalada en el corazón. —Diosa ella estaba segura.

—¿Algo más? —él desafió.

—La sangre de un vampiro, aunque dudo que sean lo suficientemente estúpidos como para intentar eso.

—Dale una oportunidad a alguien más —respondió, arrastrando los ojos hacia su rostro sonriente, con los ojos azules a prueba.

—Muy bien entonces mujer, ¿por qué se necesita una puñalada en el corazón para ejecutarlos? ¿Tratando de vencerla ahora? Como si.

Esta vez, estaba un poco sorprendido cuando ella estaba en lo correcto. —Al estar congelado para siempre, su único órgano vivo capaz de mantener la energía oscura encontrándose es la cavidad cardíaca, más protegida contra los ataques. —Sus ojos volvieron a ella, las cejas se fruncieron ante la mirada orgullosa en su rostro, como si esa respuesta hubiera sido... por ahí.

Ella estaba bien educada y se notaba.

Resistió el impulso de aclararse la garganta. —Exactamente. Agarren una daga, mujeres. Las mujeres se apresuraron hacia adelante, agarrándolas. La niña de Nick tomó la suya, consciente de su mirada aparentemente ya que ella giró su dedo en el punto. Si ella quisiera lastimarse, estaría condenado a detenerla...

Distrayéndolo, una mujer en realidad fue por la espada. Trazando antes de que ella pudiera, él agarró la empuñadura y la fulminó con la mirada. —Nunca agarres la espada —casi gimió, incapaz de comprender cuán sin cerebro podría ser alguien.

Era de sentido común.

Dos horas se sintieron como una eternidad. Todas las hembras menos una fallaron miserablemente en sus intentos de apuñalar el grueso interior de las cavidades torácicas del otro muñeco. Observó, un poco impresionado por la cantidad de gracia que ella tenía cuando hundió la daga, empujando hacia arriba, más allá de las costillas, y hacia donde se quedaría el corazón. ¿Dónde había aprendido a hacer eso? La precisión fue demasiado perfeccionada.

Vagamente, pensó que la daga en su mano izquierda sería bienvenida en su propio corazón negro. Cualquier cosa para detener este tortuoso entrenamiento.

—Suficiente. —Obediencia instantánea, gracias a Diosa—. Simplemente coloca las dagas donde las encuentre.

Fueron rápidos en irse. La chica de cabello negro colocó la suya con cuidado y giró sobre sus talones. Su mano se disparó mecánicamente y agarró su brazo, las descargas eléctricas subieron por su brazo. Ella se estremeció, intentando sin éxito arrancarse de su agarre.

Realmente, ella debería haberlo sabido mejor.

—¿Te despedirás ?! —Sus labios amenazaban con inclinarse hacia arriba, pero sacudió la cabeza. La niña tenía algo en común con su padre, ambos follaron con sus sentimientos. Aún así, no quería dejarlo ir todavía, quería sentir la sensación de ardor, tan diferente de lo que había sentido antes.

—¿Por qué no? —Ella sonaba angustiada y él tuvo que sonreír, solo un poco, aunque cuando su cabeza se levantó, ya se había ido. De ninguna manera la dejaría leer sus emociones tan fácilmente.

Ella no podía tener ese poder sobre él. Nadie pudo.

—Bueno —dijo arrastrando las palabras—. No soy una persona que me diga qué hacer, niña. —Ella no era más especial que los demás y él tenía la intención de darlo a conocer.

*Pero ella es.* Apretó la mandíbula, sin darse cuenta de que su agarre se había tensado hasta que

la niña hizo una mueca, inquieta. Se aflojó, pero mantuvo una buena sujeción.

—Una vez más, mi señor, me subestimas. —Y ella lo pateó donde contaba.

El dolor viajó por su cuerpo, y logró mantenerse horizontal, aunque no por mucho. Siseó, recuperando el aliento cuando ella se dirigió hacia la puerta. Ella pensó que iría a algún lado, divertido.

Él trazó directamente detrás de ella, agarrando su muñeca con una mano y la cintura con la otra antes de golpearle los pies para que tropezara con un jadeo sobresaltado. Sonriendo, se arrodilló, apartándose los pelos de la cara de manera burlona. El dolor en su abdomen hizo que se balanceara ligeramente.

Ella sabía patear. Difícil en eso.

—¿Qué demonios quieres de mí? —exigió.

—Tu nombre, mujer. —Ella frunció el ceño, pero se puso de pie en un movimiento fluido, cruzando los brazos sobre el pecho, atrayendo su atención hacia sus senos, hasta la piel desnuda y plana de su vientre. Sus manos comenzaron a arder para ahuecar esos senos y escucharla rogar.

Su respuesta apartó esos pensamientos. —¿Realmente importa mucho? —Ian ladeó la cabeza hacia un lado. No le gustaba la forma en que ella le hablaba.

—¿Tu padre sabe de esa boca inteligente tuya? —él murmuró. Boca bonita e inteligente.

Ella puso los ojos en blanco condescendentemente. —¿Boca inteligente? Mi señor, le aseguro que tenía la impresión de que no le importaba saber mi nombre.

—Tu nombre —simplemente repitió. No esperaba que ella respondiera con una sonrisa, y estaba seguro que tampoco esperaba su reacción. Un segundo se sintió frustrado, al siguiente sus músculos se tensaron de deseo cuando su mirada cayó sobre esos labios, inclinados con diversión, luciendo más rosados y tan besables.

Un poco de sabor, instó su Vampiro y sus labios le hicieron señas.

—Beth. —Beth Elizabeth? Bethany? O solo Beth? Apostó a que era Elizabeth, era un nombre de los Rollos de Axvem y conocía a Nick. Sabía cuánto honraba esos Pergaminos. Además, la joven hembra era cualquier cosa menos simple, lo que significaba que, en última instancia, necesitaba dejarla en paz.

Siguiendo ese pensamiento, se ordenó retroceder, pero sus piernas no escucharon. Él gruñó por lo bajo, mirando hacia el azul de sus ojos curiosos.

Y casi ahogado allí. Hubiera sido, si no fuera por su instinto, lo más lejos posible. Se remontó a sus dagas, apoyándose en la mesa, actuando tan fácil como pudo.

—Ian —dijo, sorprendido de haberle dado su nombre. Sus cejas se arrugaron en confusión, y él casi sonrió. ¿Dos veces en un día? ¿En qué coño estaba él? Era desconcertante que este mocoso pudiera hacerlo sonreír. ¿Qué fue con ella que lo hizo querer...?

—Mi nombre es Ian —aclaró lentamente mientras sus ojos se abrían.

—Um, mi señor" casi chilló, retrocediendo hasta que salió por las puertas abruptamente. Solo, se encogió de hombros, preguntándose a medias, qué había hecho para hacerla correr.

*Deberías haberlo sabido mejor que hablar con ella. El gruñó. Fóllala entonces.*

Con la mente despejada de ira, decidió que estaba aliviado de que ella se fuera antes de que él se fuera y se hizo parecer más idiota. No tenía emociones, dependía de ser así, pero cerca de la chica, Beth, perdió el control de sus defensas naturales y eso no era seguro.

Tenía que mantenerse alejado de ella y de su curiosidad, porque ninguno de los dos era bueno para él. Por otra parte, ¿cuándo hizo algo bueno por sí mismo?

Beth prácticamente corrió a su habitación, tratando de calmar su respiración mientras se apoyaba en su puerta.

*Ian.* Su nombre era Ian Derik Payne, líder de las cinco civilizaciones de vampiros. Sonaba fuerte para sus oídos, masculino y contundente, como él.

*No pienses en él como Ian, es Lord Derik,* ella se castigó a sí misma. Sin embargo, cada vez que lo imaginaba en su cabeza, era Ian.

Esto iba demasiado lejos. Necesitaba olvidarlo, como él la haría. Sin otro pensamiento, se desnudó y se duchó en agua humeante antes de acurrucarse en su mullida cama.

No podía esperar hasta que terminara la transición, hasta que no tuviera tanto calor y hambre todo el tiempo. Ella sonrió para sí misma en la oscuridad, ¿caliente y hambrienta ?, más bien caliente y cachonda.

Su iPhone comenzó a sonar, la canción 'We Found Love' chilló hasta que no pudo soportarlo más. Lo agarró de la mesita de noche, solo para encontrar veinte mensajes sin leer y aún más llamadas perdidas.

Todo de Vince y Maggie.

Beth los hojeó, las lágrimas le pincharon los ojos y el dolor golpeó sus pulmones con cada disculpa. Ella lo odiaba... pero lo amaba. ¿Qué le pasaba a ella?

Ella pensó que había superado el dolor de la traición, pero cuanto más intentaba hablar con ella, más lo odiaba. Cuanto más deseaba su amistad, más que nada.

Cerrando los ojos, arrojó el teléfono lejos de ella, golpeándolo contra la pared mientras sollozos enojados sacudían su cuerpo. Si la vida era injusta, el amor era así.

Por extraño que parezca, cuando se calmó lo suficiente como para que el sueño la robara, no fue la voz de Vincent la que la hizo dormir, sino la de Ian. Profunda y arrogante, la canción de cuna perfecta.

*¡Golpe, golpe, golpe!* Sonaron pasos afuera de su puerta, fuertes y pesados cuando Beth se despertó aturdida, tropezando hacia la puerta para abrirla. Con ojos llorosos, encontró a sus hermanos retirándose mientras él bailaba, bastante incómodo, hacia su habitación. Demasiado somnolienta para saludarlo, sin mencionar que estaba semidesnuda, cerró la puerta, deseando poder refrescarse un poco.

Su piel debería haber estado en llamas. Cómo los demás habían pasado por esto tan silenciosamente cuando sintió ganas de rogar por un hombre, uno en particular, estaba más allá de ella.

Mirando su reloj, se dio cuenta de que era casi el amanecer, hora de cenar, así que rápidamente se cepilló los dientes, se vistió con un bonito vestido de cóctel rojo sangre y pisos negros, sujetándose el grueso cabello en la coronilla. Estaba acostumbrada a vestirse para la cena, el Ramai le ordenó que una mujer de valor siempre actuara y se viera como tal. Había crecido con él, así que aplicó el lápiz labial rojo brillante, odiando la sensación pegajosa.

Suponiendo que se veía lo suficientemente decente, salió de su habitación, chocando contra una pared dura. Qué....?

Confundida, levantó la vista y suspiró, no una pared, un hombre. Ian se puso de pie, mirándola fijamente, sus ojos parecían más carmesí... más aterrador cuando brillaban. Tenía la cara pálida, círculos que subrayaban esos ojos, y sangre que salía de un corte en el hueco de su pómulo. Sus ojos se abrieron, ¿habían estado cazando esta noche?

—¿Alguna vez has visto a dónde vas? —Sus ojos pálidos recorrieron la longitud de su cuerpo

y ella se despertó un poco, su cuerpo calentándose bajo su mirada. Incluso herido, estaba compuesto.

—¿Te gusta lo que ves entonces? —Fue una provocación, pero cuando la pregunta escapó de sus labios fue una seducción. Diosa, ayúdala.

La somnolencia obviamente la estaba haciendo atrevida, pero cuando sus labios se inclinaron en una media sonrisa torcida, sintió que había ganado algo. Se le cortó la respiración en la garganta, porque era justo lo que había esperado. Era mucho más sexy cuando sonreía, sus ojos brillaban de maneras que la hacían sentir un hormigueo.

—Una vez más, le pregunto, ¿sabe su padre acerca de esa boca suya descarada? —Ella sonrió.

—Creo que preguntaste por mi boca 'inteligente', pero me pica más, así que seguiremos adelante. Por lo menos por ahora, ”bromeó de nuevo, moviéndose alrededor de su cuerpo más grande y comenzando a alejarse. Su mano se envolvió alrededor de su muñeca como antes en un agarre como un vicio y ella jadeó, apenas registrando el hecho de que repentinamente fue presionada contra las duras llanuras de su cuerpo, lo suficientemente cerca como para que oliera su colonia mezclada con su propio aroma masculino. Su cuerpo respondió instantáneamente, haciendo que su respiración se acelerara mientras se mordía el labio inferior.

—Boca muy bonita —respiró, cerniéndose sobre ella, con un aliento frío en sus labios. Ella los lamó, muy ansiosa por lo que sea que él le diera.

Hasta que él se puso rígido, alejándola, no con tanta fuerza, pero lo suficiente como para que ella retrocediera unos pasos. ¿Y qué tan bipolar se puso un chico? Mirando hacia arriba, no sintió ninguna emoción en su rostro mientras él lo miraba con los ojos fríos.

—Aléjate de mí —fue todo lo que dijo antes de alejarse. Ella miró a su espalda, sintiendo ira, confusión y un orgullo herido mientras las lágrimas pinchaban sus ojos. Beth apretó los dientes; ella no dejaría que él fuera la razón de sus lágrimas. Era solo un viejo gruñón... un viejo gruñón muy sexy.

Querida Diosa, ¿qué demonios estaba pasando? ¿Ella lo quería? ¿La quería a ella? No era ajeno a ella... de eso estaba segura, pero no estaba actuando sobre nada... ¿Ya importaba? Ella iba a hacer exactamente lo que él decía; ella iba a mantenerse alejada de él.

Aturdida por toda la serie de eventos, bajó a trompicones la escalera de caracol, contemplando todo el camino si todos los hombres eran tan... desconcertantes. Vince no había sido así. De hecho, era tan predecible como llegaron. Seguro, y completamente del tipo de Beth.

Era solo Ian entonces.

Bien, ella lo dejaría solo. A partir de entonces, se dijo a sí misma que ni siquiera miraría en su dirección... Era tan bueno como muerto para ella.

*Te lo dije*, su conciencia se burló al darse cuenta; ellos juntos nunca habían sido una posibilidad. ¡Era el mejor amigo de su padre! Por primera vez desde Vincent, se sintió muy, muy estúpida.

## Capítulo tres

La respiración de Beth se agitó inquieta mientras se deslizaba a través de las pesadas puertas de seguridad, con especial cuidado para asegurarse de que las cámaras, colocadas alrededor del perímetro, no la atraparan iluminando su sombra para que coincida con la similar a la entrada de metal.

Esta noche fue la mejor de las noches para escapar de las instalaciones de los líderes. Estaban cazando a otros por las calles de Nueva York, ya que las tasas de secuestro de civiles se estaban convirtiendo en una amenaza cada vez mayor. Beth frunció el ceño ante la información que su hermano, después de horas de acosarlo, había revelado. ¿Por qué se permitió a tantos civiles salir de las civilizaciones de repente?

Beth sabía que era contra la ley. Se suponía que los civiles, como ella, debían estar vigilados en todo momento. Las leyes aún estaban establecidas... ¿verdad?

Sacudiendo los pensamientos, se deslizó por las barras de hierro, se puso la capucha de su hermano sobre su cabeza y dio el salto. La caída de tres pies cubrió sus piernas con hormigueo, pero ella lo ignoró, mordiendo el labio y permitiendo que su visión se adaptara a la repentina oscuridad. Beth comenzó a avanzar en el túnel, pasando los dedos sobre las paredes de piedra dentadas, grabadas con una advertencia simbólica. Su única consola.

Mientras continuaba adelante, voces masculinas flotaban desde otra ruta. ¿Ya estaban de vuelta? Ella cerró los ojos con fuerza, dándose cuenta de que estaba directamente en su camino, que conducía hacia las habitaciones infames, la siguiente ruta había terminado.

Excepto que ese pequeño hecho no la molestó en este momento. En cambio, ella estaba escuchando atentamente su voz.

En las dos semanas que lo había estado evitando, parecía casi imposible. El macho estaba en todas partes. A pesar de que él no la miró, ella no pudo evitar fijar su atención en él. Y a través de eso ella había aprendido que había algo mal, particularmente con ella, porque él fácilmente conversaba con los civiles del ramai. Especialmente las mujeres cuyos ojos brillaban de hambre tan feroz que tendrías que estar ciego para no verlo.

Sin embargo, él nunca les sonrió, notó con alivio. Y le preguntó por ella. De lo contrario, su padre no sabría que ella no se presentó a entrenar más de una vez a la semana, a veces en absoluto. La enfrió celosamente hasta el punto de que era casi fácil fingir que no existía. Casi.

Más murmullos. Reconoció el tono de voz de su padre más alto que los demás en defensa. — Derik ni siquiera lo intentes. Terminaré el pinchazo.

Beth hizo una mueca interior cuando los pasos pesados avanzaron. Actuando por instinto, se arrodilló y aplastó la espalda contra la pared para que no fuera tan visible. Los cazadores se metieron con ella por el hecho de que los vampiros casi nunca miraban a sus enemigos.

Un gruñido bajo reverberó en las paredes y el aliento de Beth quedó atrapado en su garganta, los ojos se cerraron. Un escalofrío recorrió su piel solo por el sonido. Era suyo y ella lo quería, sus labios a lo largo de su piel, en todas partes, sobre ella... Ian habló.

—Vete a la mierda —su tono ni siquiera estaba ligeramente irritado, solo seco. Una pequeña sonrisa tiró de sus labios. Le hubiera encantado meterse debajo de ese frente pedregoso, porque Beth sabía que él no era tan cruel como él lo había aguantado. Era solo otro desafío. Un desafío muy, muy complicado.

—Cristo, solo despídete. Los dos —murmuró otra voz—. Derik, aprieta con esos brazos tuyos. Debe coserse antes de la próxima llamada. Nick tú... estás fuera del juego esta noche. Eso significa que no hay venganza.

—Mi hermano, estoy bien —dijo su padre.

—No es tu decisión —murmuró Derik.

Lucius gruñó. —¡Suficiente! Ya he hablado Es demasiado pronto y los niveles de testosterona son lo suficientemente altos. Diosa, que alguien me dé un porro, pronto.

*Bien entonces...* Beth sonrió a pesar del disparo de tristeza que se agitaba en su pecho cada vez que su padre no podía vengar a sus perdidos. Malia había sido años mayor que Beth y Tallis, y le habían quitado la oportunidad de conocer realmente a su hermana. Fue un dolor más agudo de lo que jamás había dejado.

El agua fría empapó su lado derecho y Beth se congeló cuando los fuertes pasos la golpearon. Por favor, rezó, por favor no mires hacia abajo. Pero, por supuesto, eso es exactamente cuando uno de ellos —Ian se congeló, la altura delató al macho, siendo el más alto por una pulgada más o menos. Querida y dulce Diosa, ayúdame, lo intentó de nuevo, cortando el flujo de su respiración.

Podía sentir sus ojos agudos vagando por las cuevas, buscando.

—Derik, amigo, ¿no hemos pasado toda la maldita noche! ¿Para qué estás parando? Interiormente, ella estuvo de acuerdo. Solo sigue moviendo Frostbite.

Sus pasos fueron todo lo que escuchó cuando él se acercó, inhalando profundamente. Su corazón se detuvo, su pecho ansiaba aire. No podía olerla, su aroma era demasiado ligero. ¡Por el amor de Diosa, ella era una no transicionada!

Justo cuando pensaba que su vida había terminado, otra presencia, solo unos pies por delante de ella, el cuerpo de un hombre voluminoso, bloqueó su vista ya tensa. No podía ver nada ahora, ni siquiera una sombra. Fue a la vez desconcertante y abrigante.

*Al menos no te ha visto... todavía*, su consciente se burló, fulminándola con las dagas. Beth tragó, inhalando un poco por la nariz, preparada para lo peor. En ese momento, ella lo odiaba tanto como él a ella.

—¿Qué está haciendo, Ian? —La voz de su padre cedía, como si le estuviera hablando a un animal rabioso que, así era exactamente como Frosty actuaba a veces.

El minuto pasó en silencio, hasta que, al menos, Ian murmuró un sordo: —Nada. —Luego, en segundos, sus pasos se desvanecieron. Hombre, pensó, era rápido... aterrador rápido.

Su padre exhaló pesadamente antes de rastrear por completo. Aun así, se mantuvo inmóvil, jadeando por respiraciones estranguladas y poco profundas, esperando hasta escuchar los gritos agonizantes.

Frenéticamente, se tapó los oídos con las manos y bloqueó el sonido mientras su cuerpo temblaba, lo que provocó una sobrecarga emocional. Estar fuera de tono con sus emociones era un infierno.

Su padre constantemente la delataba por faltar al entrenamiento, pero él no entendía. Cada vez que mostraba un hecho, los ojos de esmeralda deslumbrantes y deslumbrantes la recibían o no. Y cada día que hablaba con Vince se encontraba comparándolo con Ice, y para colmo, su transición aún no había llegado.

Su matemática estaba tan sobrecargada de preocupación que había reservado citas continuas con el doctor Fang. Una risita escéptica burbujeó sobre sus labios. Doctor Fang, qué irónico. Por Dios, estaba loca, decidió, apoyándose en la pared para apoyarse mientras la sangre corría a sus piernas.

Lentamente, salió a trompicones de las cuevas, se deslizó a través de las rejas de hierro oxidadas hasta que se separó del aire ahogado y sofocante. Y entonces, ella corrió. Desesperadamente, corrió por los bosques, cepillando árboles y esquivando rocas hasta que los gritos se desvanecieron en nada más que un mal recuerdo.

Beth se derrumbó sobre las hojas secas, sacando su iPhone de su bolsillo y marcando el número familiar.

Él respondió al primer timbre. —Beth —voz ronca con una emoción cercana a la preocupación. Ella sonrió suavemente.

Estaré en la carretera en cinco. ¿Venir a buscarme? —Suspiró sobre la línea

—Tienes que dejar de hacer esto... —tragó saliva—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, sí —descartó burlonamente—. Estoy colgando así que ven a buscarme! —Sentándose, se quitó el feo gorro verde oscuro, se quitó el cabello del moño apretado y se puso de pie. Se sentía mejor tener el pelo suelto; hizo que su dolor de cabeza fuera soportable.

Levantando los jeans de sus hermanos, comenzó a avanzar por el sendero, preguntándose inconscientemente, por qué otros cazaban principalmente a mujeres.

Ella resopló, abriéndose camino hacia la calle que daba a la ciudad, más allá de los bosques. El Lincoln de Vince ya estaba allí, su figura pálida se paseaba hasta que la vio. En un segundo, él estaba a su lado, su velocidad era demasiado rápida para que sus ojos la siguieran hasta que su cuerpo se aplastó contra el suyo, el dulce aroma la asfixió... Pero en el buen sentido. Nada como las congelaciones.

Forzando una sonrisa, ella abrazó su cuerpo delgado más cerca porque lo había extrañado. Incluso si era solo una forma amigable, él seguía siendo su mejor amigo.

—Joder, Beth, te extrañé. ¿Por qué demonios no has respondido mis llamadas? Lo siento, ¡he estado ocupado obsesionándome con un hombre que me odia!

Ella parpadeó con dureza, su sonrisa se volvió acuosa.

Si tan solo alguien entendiera.

○○○○○

Hay otra vez. Cuando Ian salió de las celdas en jarras, su piel se erizó. Impaciente, trazó hasta el lugar donde el aroma se arremolinaba, todavía fresco. Involuntariamente, se acercó a la pared, respirando profundamente, la fragancia, tan incrustada en su mente, era más fuerte con el tiempo, golpeando sus costillas como una bola de demolición.

Y como un idiota, se encontró deslizándose hacia el suelo, las cuerdas de su cordura perdidas en sus confusos pensamientos e imágenes pasaron por su visión. Sus demonios silbaron en sus oídos, pero con otra inhalación, fueron silenciados por su olor.

*¿Había estado sentada justo aquí?* Probablemente, pensó enojado consigo mismo por no molestarse en mirar hacia abajo.

Típico vampiro maldito.

Pero, ¿cómo demonios había logrado quedarse tan callada? Solo era humana, por el amor de Dios. Ni siquiera debería haber sabido sobre este agujero infernal en primer lugar.

Él se puso rojo ante la idea de que ella estuviera cerca de las perniciosas cámaras. Ella podría haber sido perjudicada. Los espeleólogos estaban llenos de otros, encadenados o drogados hasta

que se demostró que eran inútiles, y luego fueron sacudidos. Pero seguían siendo peligrosos.

Ian gruñó por lo bajo, cerrando los ojos. Cuando los abrió de nuevo, estaba parado afuera de su puerta. La vista lo hizo suspirar, pasándose una mano por el pelo agitado. Ya ni siquiera tenía que pensar en eso, la mujer intoxicaba su mente.

Había estado en su habitación antes. Y tan malo como era, su fijación se estaba volviendo, él todavía se las arreglaba para pasar cada día sangriento dándole el hombro frío. Pero solo eso. Él todavía le prestaba más atención que cualquier otro ser. Él todavía la miraba sin sentido, vio cómo sus labios de corbata de lazo se curvaban en una sonrisa que iluminaba su rostro y tenía esa sensación asentarse en sus huesos. Todavía escuchaba su risa alegre cada vez que un idiota hacía un comentario estúpido, pero ella era lo suficientemente amable como para asegurarse de que no se sintieran mal. Todavía notó su preocupación por las crías del ramai... Y lo que es peor, todavía se preguntaba dónde estaba ella cada vez que dejaba de entrenar o por qué no se asociaba con otros hombres y mujeres. En blanco: estaba absorto con ella.

Y a medida que pasaron los días, la frustrante atracción solo se sumó a la gran cantidad de atributos que lo hicieron quererla. Pero como él la ignoró, ella lo ignoró. Eso solo encendió las llamas de su furia más fácil que cualquier palabra. Ian sabía que habría perdido su determinación si ella hubiera dormido en silencio. La primera noche que la visitó (usó ese término a la ligera), ella pronunció su nombre cinco veces y cinco veces el sonido jugueteó con sus emociones... Aunque ahora, escucharlo en sus labios se estaba volviendo raro.

La noche anterior, el nombre de Vince había vuelto a aparecer y le hizo sentir otra horrible sensación en los hombros. Nunca había estado celoso de nada, pero demonios, iba a descubrir exactamente quién era este Vince.

La única excusa para esta posesividad: su sangre. El único consuelo que otro, ese Vince, no se estaba alimentando de ella era que él había revisado su garganta. No era como si pudiera haberse detenido si lo hubiera intentado. No tenía tanta fuerza de voluntad cuando se trataba de Beth, porque cada noche terminaba arrodillado junto a su cama pasando las yemas de sus dedos sobre la suave carne de su cuello... Afortunadamente para ambos, permaneció intacto.

La cabeza de Ian cayó hacia el marco de la puerta de metal; Con la mano apretada alrededor del mango mientras luchaba contra la necesidad dominada de entrar en el infierno con aroma a cítricos.

*¿Qué demonios estaba con él?* Pensó a pesar de saberlo. No podía estar persiguiendo a un mocoso, especialmente a su hija de mejores amigos. Nunca ella Le prohibieron las delicias.

—Sí —murmuró con amargura—. Correcto. —Luego probó la puerta una vez, con cuidado de no girar demasiado el pomo y romperlo. Estaba cerrada y, maldita sea, trazó hasta la habitación oscura. Estaba vacío.

Directamente ella había estado en esa cueva. No fue particularmente sorprendente. No, estaba extremadamente enojado, confundido y maldito, preocupado. Los otros estaban en gran número, dispersos por Nueva York, cazando. Y ella estaba allí con ellos, fuera de su alcance o seguridad de cualquier tipo.

*¿Por qué!? ¿Por qué demonios le importaba?* Estaba mental, jodido, todavía tratando de obtener la aprobación de papá, ¿pero estaba preocupado por una niña?

Estaba más jodido de lo que había pensado inicialmente. Que gracioso eso.

De su bolsillo, sus teléfonos vibraron. Lo sacó, respondiendo secamente: —Derik.

Una risa baja y malvada hizo eco a través de la línea y se detuvo en seco, con la columna rígida. Bueno, ¿qué sabes ahora?

—¿Cansado de esconderte todavía? —preguntó, con la voz vacía a pesar de las diferentes tácticas que estaba atravesando para atormentar el pedazo de mierda. ¿Cuántas vidas de mujeres había tomado en las últimas dos semanas? Era hora de que sus perdidos se vengaran.

¿Me has extrañado tanto? No lo había pensado con tu pequeña obsesión deambulando por... ¿Nueva obsesión? Ah, demonios, era ella. El talón de su palma presionó sobre sus ojos. Se estaba cansando de este juego. No había forma posible de que la otra supiera sobre Beth... Ian no se arriesgó a mirarla.

Este otro estaba jugando con su cabeza. Cómo tuvo éxito el bastardo.

—¿Obsesión? —Hubo otra risa y él se tensó aún más, apretando el puño cuando la sensación de ir hacia ella se hizo más fuerte. Pero estaba indefenso. Y estaba mal, todo muy mal.

—Pensé que era bastante simple, Payne. Esperaba algo más... —una breve pausa e Ian levantó el puño para golpear algo en sustitución del otro—. Siendo honesto, esperaba una rubia. Todos los demás lo han sido, y también muy hermosos.

Ian anhelaba a los otros asquerosa sangre negra.

—No la toques —mantuvo el tono vacío, ocultando cuánto sentía, aunque apenas.

—Ahora me doy cuenta —continuó el otro como si no hubiera hablado. —En realidad es un premio tentador... La forma en que sus caderas se balancean o ese cabello, tan oscuro y grueso... Me complacería mucho escucharla gritar de terror, que ella pelee conmigo. —Joder, inténtalo.

—¿No bromeas? —trazó hasta su propio dormitorio, sacando armas de su armario. —Ella será vengada —mintió fácilmente. No tendría que vengarse de ella porque no había forma de que se la llevaran.

—Ven ahora, Payne. Segunda hija de Aeluis. Sé que sabes de quién hablo. Tú, de todos los demonios, notarías el esplendor en ella. De hecho, lo haría.

—¿Por qué demonios me importaría? —Se obligó a contestar, pero ahí estaba otra vez, la negación. Ella era su mejor amiga, sus padres, o la más cercana que había tenido con un padre, una hija. ¿Cómo podría no importarle?

—Usted no? Me encantaría continuar con esto... pero, la belleza de cabello negro está en movimiento, y no me gustaría extrañarla. Mantente en contacto, Payne.

Se cortó la comunicación.

ooooo

Beth se estremeció por debajo del pesado suéter de su hermano, inhalando el dulce aroma de Vincent desde donde quedó atrapado en el algodón mientras caminaba por las calles de la ciudad junto a su única amiga, Magda.

El silencio incómodo permaneció como un recordatorio de que ya no sería lo mismo. Su amistad fue completamente alterada.

Las lágrimas nublaron su visión, mientras veía a un hombre humano con su mujer reírse de algo que había dicho. Fue muy normal. Beth deseaba que la vida pudiera ser tan fácil.

—Beth? —Apartando la mirada de las parejas que partían de espaldas, miró a un par de ojos verdes, brillantes y brillantes. Magda era una mujer alta, incluso a los dieciocho años, medía seis pies, pero era delgada, un cuerpo hecho para modelos, con una cara afilada, piel bronceada con cabello negro del mismo tono que el de Beth.

Ella sonrió un poco, metiendo sus manos entumecidas en sus bolsillos para evitar que el frío pellizcara sus dedos después. Hacía frío en noviembre en Nueva York, ya comenzaron a caer ligeros copos de nieve.

—¿Si? —murmuró ella; su voz se quebró de manera vulnerable mientras se tragaba el nudo en

la garganta.

—Lo siento mucho... —El dolor la asaltó, y ella apretó los dientes, escuchándola consciente y soltándose. Quería dejar ir la ira, el dolor y la traición para dejar que todo se derritiera en la nieve. No podía perder a Magda, sin importar cuántas puñaladas en la espalda le costara.

—¿Por qué? —Ella necesitaba saberlo.

—No lo sé, Elizabeth. Estaba tan... enojado contigo porque no dejabas de hablar de cuánto iba a cambiar cuando te convertías en un vampiro... Y Vince estaba muy herido... Simplemente... sucedió.

*Lo amaba, él era* mía. Quería gritarlo, solo... chasquear, pero en cambio respiró hondo, permitiendo que la última de sus lágrimas cayera antes de dar una amplia sonrisa. Le tomó toda su fuerza perdonar... pero no podía olvidarlo.

En ese momento, un pensamiento vino de la nada: simplemente no sentir. Se preguntó cómo Ian logró hacerlo... Beth siempre había sido (demasiado) emocional y no podía comprender cómo alguien simplemente dejaba de sentir. ¿Cómo había ido esta infancia? ¿Había tenido siquiera uno?

Ella se sacudió. —¡Pero eso es lo que Magda! Será diferente Seremos enemigos. Así era exactamente.

—¡No lo haremos! Beth, lo creas o no, todos te amamos. Especialmente Vince —pensó que escuchó celosamente en el tono de sus amigas, pero Magda simplemente continuó—. Sanguijuela o no. —Ella también amaba a su segunda familia. No importa lo que diga la Ley, nunca serían considerados su enemigo.

Tratando de aligerar el estado de ánimo, bromeó: —¡Oye! No voy a chupar a nadie más que a la sangre de mis hombres. Magda sonríe coqueta.

—Oh, entonces ya te has mudado ¿eh? ¿Quién es el chupasangre afortunado? Beth resopló, intentando bloquear el nombre que se le ocurrió. Ian no era de ella. Y nunca lo sería. No podía funcionar, eran muy diferentes. ¿Pero cuándo había sido alguna vez una perdedora? Había toneladas de peces en el mar.

Pero solo quieres este, le recordó conscientemente.

—Nadie —Beth hizo una pausa, lanzando una mirada al humano, parcialmente oculto por las sombras del club nocturno. Pero podía sentir que él la miraba—. Todavía.

—Asqueroso, ¿por favor dime que no lo estás mirando? —Magda hizo un gesto discreto al humano. —Él es humano. —Beth puso los ojos en blanco.

—¡Entonces yo! Además, los humanos no son de mi tipo... Ya sabes, con la necesidad de sangre real, Blood Bonds y todo.

Todo estuvo en silencio por un tiempo, pero al menos ya no era incómodo, solo probando. —Te extrañé, Beth... No, por favor, no nos dejes caer así de nuevo. ¿Estamos...? ¿Estamos bien? —Beth echó los brazos alrededor de la delgada cintura de su amiga, sonriendo cuando ella inmediatamente le devolvió el abrazo.

—Somos una gran Magdalena, y siempre lo seremos. —Era la verdad

~~

-o-

Tres horas más tarde, Beth finalmente dejó a Magda en la entrada oculta de los cazadores, insistiendo en que podía caminar sola ya que no estaba muy lejos... Pero en realidad, solo necesitaba aclarar sus desordenados pensamientos.

La nieve cayó en grupos ahora, empapando su gorro mientras caminaba penosamente por las calles desiertas. Probablemente debería haber dejado que Vince la condujera de regreso, admitió

diez minutos en la caminata. Estaba helando y estaba siendo observada, la intensidad mortal de esa mirada ardía en su espalda, haciéndola temblar de inquietud.

Sus pasos eran sigilosamente silenciosos y grandes mientras respiraba con alivio, entrando en el borde del bosque. Pero, mientras continuaba, se dio cuenta de que no importaba que hubiera entrado en territorio Vampiro, su acosador la siguió.

Respirando pesadamente, vio la cámara del bosque, las luces parpadeaban en verde. Tan cerca. De repente, Beth se congeló, los músculos bloqueados en su lugar. Se obligó a moverse, a irse, pero sus piernas se negaron a cooperar. Lentamente, su cabeza giró para mirar sobre su hombro y... ella lo vio

La otra era alta, más alta que su padre, los hombros voluminosos, los brazos pálidos y bandas musculares que se flexionaban a sus costados. Había un fantasma de una sonrisa en sus rasgos pálidos, ojos que se arremolinaban plateados. ¿Plata? Ella pensó con incredulidad. No había forma de que fuera otro, sus ojos seguían siendo un negro sin alma.

Pero él irradiaba una profunda oscuridad que ella conocía. Sus pensamientos sonaban runrunrun! Diosa, pensó de repente, él había vuelto por ella... Esta vez no había escapatoria.

Aun así, sus piernas finalmente se arrastraron hacia atrás, sus manos temblorosas sobre su boca. Qué manera de terminar con su vida. El otro dio un paso adelante en respuesta.

Fue allí, en la oscuridad de la noche, asustada como nunca antes, que sus instintos de supervivencia perdidos se pusieron en marcha y se echó a correr. Corrió tan rápido como pudo sin tropezar, sin arriesgar una mirada por encima del hombro porque sus pasos golpeados ya se estaban acercando a ella.

*Por favor mátame rápido, rezó a la Diosa.*

Cuando llegó a las cuevas, siguió yendo a ciegas, ya había memorizado la ruta de regreso. Salpicando a través de las aguas oscuras y turbias, la adrenalina la hizo más rápida que nunca.

Ella apretó aún más sus cansados músculos, estremeciéndose por la risa baja y malvada cerca de ella. Así como así, perdió el equilibrio y se desplomó en el agua fría. Temblando, contuvo el aliento, escuchando el silencio mortal hasta que no pudo soportarlo más. Ella sabía que él la estaba observando, entonces, ¿por qué no podía terminar de una vez?

Parpadeando para contener las lágrimas, trató de volver a levantarse, pero un dolor le atravesó la rodilla, que le había llevado la mayor parte de su caída. Ella esperó.

Beth nunca esperó escapar, así que cuando una mano pesada le enganchó el tobillo izquierdo, cerró los ojos con fuerza, resistiendo el impulso de gritar cuando el hombre comenzó a arrastrarla hacia atrás. Sin embargo, el material de su camisa se hinchó y su piel atrapó el rublo, cuanto más lejos iba, más le dolía, y ella no podía detener su lucha.

Un gruñido animal-esque arrancó del macho antes de que la soltara, saltando. Presa del pánico, rodó sobre su piel cruda, apenas evitando su cuerpo pero aún recibiendo el impacto de una bofetada en la cara. Le dolía la cabeza, un nuevo destello de dolor la atravesó cuando el sabor metálico de la sangre inundó su boca.

—No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser —la voz era un susurro áspero y sucio en su oído. Ella gritó un poco cuando él se movió para sentarse a horcajadas sobre ella, y con lo último de su energía, ella lanzó sus piernas hacia adelante.

Ella golpeó a casa. Todo se detuvo, un siseo de dolor fue el único sonido cuando ella clavó sus zapatos en el mismo lugar, extendiéndose mientras la otra se desplomaba. Luego, ella pateó desesperadamente a la figura, rompiendo en otra carrera.

En las puertas de seguridad, buscó a tientas el auto de seguridad, temblando mucho mientras

sacaba el bolsillo del pantalón. La luz verde brilló, la visión más dulce de su vida, e instantáneamente se deslizó por la puerta de metal. Hubo un fuerte juramento cuando los cerrojos se bloquearon en su lugar.

Necesitada distancia entre ella y esa puerta, subió penosamente la larga escalera y entró en su habitación, cojeando un poco, empapándose, no le importó quién la vio. A lo lejos, en la parte de su cerebro que funcionaba correctamente, agradeció a la Diosa que nadie vio; sería su ruina.

El ramai estaría absolutamente escandalizado.

Arriba, en su habitación, cerró la puerta detrás de ella, deseando sentir algo, cualquier cosa, pero nada llegó. Solo el vacío, un entumecimiento que se extendía mientras temblaba, yendo al lado opuesto de su habitación para poder deslizarse hacia el piso alfombrado y mirar fijamente hacia la puerta.

El tiempo pasó lentamente. Ella se sentó allí, sin lágrimas, sin dolor, solo... sola. Entonces, finalmente, cuando se puso de pie, fue porque realmente no necesitaba un resfriado antes de su transición. Desabrochando el suéter de su hermano, dejó que se cayera de sus hombros y cayera al suelo, luego desabrochó la atadura apretada que sostenía sus senos pequeños (obviamente no podía correr el riesgo de tener senos), hasta que también cayó sobre esa alfombra. Se desabrochó el cinturón y suspiró cuando los grandes pantalones holgados cayeron, dejando que sus pantalones cortos aterrizaran en la pila para que quedara completamente desnuda.

Con una toalla fresca en la mano, entró a su baño, evitando el espejo mientras giraba mecánicamente el grifo, sin darse cuenta de lo caliente que estaba hasta que el agua la asfixió. Demasiado agotada para hacer algo al respecto, Beth se apoyó en la pared de la ducha y cerró los ojos cuando el agua caliente, convertida en fría, la tranquilizó ligeramente. Con un suspiro más fácil, se frotó el cabello dos veces con su champú favorito con aroma a cítricos, luego se frotó la piel con jabón y gel de baño hasta que la piel le dolió más que antes.

Afuera, se puso la ropa más cálida que pudo encontrar, que terminó siendo sudaderas Hollister (¿cuándo había comprado allí?), Un horrible suéter verde oscuro y gruesos calcetines negros hasta la rodilla. Ella hizo un punto para cubrir su rodilla hinchada y las ronchas rojas en su costado, pero no pudo ocultar lo que estaba pasando con su cara, porque le dolía mucho. Reuniendo el coraje de mirarse en el espejo, se encogió ante la chica en el reflejo.

Su piel estaba enfermizamente pálida, círculos huecos que subrayaban sus ojos hinchados e inyectados en sangre. Sus rasgos eran exactamente iguales, pero su mejilla derecha tenía moretones y su labio inferior estaba partido. Sus manos comenzaron a temblar nuevamente y miró hacia abajo para encontrarlas apretadas, los nudillos mordidos en carne viva.

—¿Dónde has estado? —Su voz era fría, calculadora. Se atragantó con el aliento y cerró los ojos para enfrentarse a la plata. No pudo evitar el gemido frenético que cayó de su boca mientras se aferraba al panel.

Diosa, no podía parar. Todo volvió rápidamente, dejándola mareada. Estaba asustada, aterrorizada y todo dolía. El sonido de un chillido atravesó sus oídos, pero estaba demasiado perdida en su propio horror. De repente, una mano grande ahuecó su boca, la clara colonia envolvió su atmósfera y ella se dejó debilitar por el momento, apoyándose en la dura pared de su pecho.

Mordiéndose el labio superior, se obligó a sí misma a volverse, su miedo transformándose en negación mientras lo empujaba, pero sus manos se enredaron en el cuello de su camisa, insegura de si empujarlo o acercarlo. Diosa, ella no lo necesitaba. Ella estaba bien. Y ahora, aparentemente un mentiroso.

—Elizabeth... —Sus ojos se abrieron de golpe, encontrándose con un verde glorioso, pero no pudo manejar la fuerza de esa mirada, en cambio se enfrentó al espejo una vez más, mirándose a sí misma.

Ella frunció el ceño, notando lo horrible que realmente se veía. Justo allí, a su lado, Ian parecía un dios, cabello castaño con púas desordenadas, ojos verdes ardiendo con el más ligero tinte rojo que los había visto, revelaron las puntas blancas y afiladas de sus colmillos.

Magnífica como siempre mientras parecía que había sido atropellada por un automóvil. O más bien, otro.

—Cristo —respiró—. ¿Qué pasó, Beth? —Ella no lo vio moverse de nuevo, pero de repente, él la estaba abarrotando, sus largos dedos trazando ligeramente su mejilla. Ella se alejó de la sensación palpitante.

No seas tan débil, su conciencia castigada con una ira que Beth no sintió. Sus dedos se apartaron, y cuando sus ojos se levantaron de nuevo, él había rastreado hasta la puerta. Allí, se alzó, luciendo furioso mientras hacía una mueca. Miró hacia abajo inmediatamente para evitar que su odio la quemara con sentimientos no deseados.

Ella solo quería estar furiosa mientras él la miraba.

—Te preguntaré una vez más —hizo una pausa, sus ojos encontraron los de ella—. ¿Dónde has estado?

—En ninguna parte —respiró ella, apoyándose en el mostrador en busca de apoyo. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, el dolor se encendió en todo su cuerpo, aunque era un dolor de transición demasiado familiar.

A propósito, él la persiguió, rodeándole el vientre con el brazo para tirar de sus piernas tambaleantes hacia atrás hasta que ella fue moldeada hacia él. Sus hombros en su pecho, su trasero justo debajo de su pelvis. Ella mantuvo su mirada en el espejo, llevándolo allí, notando por primera vez que estaba vestido para matar por protocolo. Su funda estaba llena de dagas, una pistola en la cadera y cueros apretados a lo largo de los músculos de los muslos.

Él se inclinó, la nariz deslizándose por su cuello mientras ella temblaba, su barriga se revolvió con un deseo que le provocó sangre. Se detuvo en la pendiente de su hombro e inhaló profundamente por la nariz antes de retroceder hasta que sus labios rozaron su oreja.

—Hueles a hombre —su voz era más profunda, acusadora. Beth se maldijo por olvidar que él era un líder con sentidos intensos.

—Supongamos que lo haría —espetó ella sin aliento—. Ya que me estás abordando. —Su mano se arrastró desde su estómago hasta su cintura, los dedos se apretaron más de lo necesario. La sensación todavía la tenía sofocando un gemido, trabajando para respirar uniformemente y ralentizar su corazón acelerado.

Esto fue tan... incorrecto.

—No voy a jugar esta noche, mujer. Dime a dónde fuiste, de lo contrario, hablaré con Nick. La amenaza en su voz era verdadera y finalmente, la ira la atravesó. Por todas las razones equivocadas, ella giró para enfrentarlo. La proximidad la congeló mientras miraba hacia el mar verde y ardiente, y por un segundo, pensó que vio algo más que irritación, pero desapareció antes de que pudiera darse cuenta.

—Mi señor, tal vez debería ser yo quien hable con mi padre —probó, copiando su tono frío. Sus ojos se endurecieron con un desafío.

—¿Qué pasa? —Ella estaba lívida. No podía recordar estar tan enojada. Solo este hombre enfurecido la amenazaría de esta manera.

Ella quería que él reaccionara ante ella. Esta noche ella sostenía los hilos, no él.

Beth se inclinó hacia delante para que sus senos apenas golpearan las duras llanuras de su pecho, las yemas de los dedos se curvaron ligeramente sobre su grueso cuello. Sus hombros se tensaron casi de inmediato y ella pudo sentir lo consciente que estaba de ella. Su atención se centró únicamente en las yemas de sus dedos, sus senos tensándose debajo de su suéter. De puntillas, ella respiró, "Quizás debería decirle cuán lindo crees que es mi boca... —inhaló bruscamente, pero ella no le dio la satisfacción de detenerla, en lugar de eso continuó—. O que has estado en mi habitación... —su voz bajó una octava al darse cuenta. No podría haber rastreado su habitación sin haber estado allí antes—. ¿Cuántas veces has estado aquí Ian?

Su nombre era cálido en su lengua cuando el aire crujió, sus latidos se volvieron erráticos. Ella estaba empujando demasiado lejos. Y a ella tampoco le importaba. Ella quería que él sintiera algo por ella además de ese odio profundo.

—Vas demasiado lejos esta noche —accedió a sus pensamientos en un ladrido apretado. En victoria, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso porque se sentía mal. Ian no permitió victorias... y, sin embargo, esta noche la dejaría tener la última palabra. Ella se obligó a alejarse, pero su aroma flotaba sobre ella, todo hombre con un ligero tinte de colonia en el que quería rodar hasta que se apoderó de su esencia.

Sus pulgares comenzaron a dibujar círculos lentos en su cintura y un jadeo escapó de sus labios separados. No sabía que eso podría sentirse bien, pero al sentir que todo debajo de su sudor hormigueaba, la humedad se filtraba en la unión de sus muslos. Oh. Sus mejillas ardieron cuando él se inclinó más cerca, rozando su garganta, comenzando en el punto sensible donde su cuello se convirtió en su hombro y siguiendo un camino que solo él conocía. Por impulso, sus manos se aferraron a los músculos de sus hombros, necesitando el apoyo mientras ella inclinaba la cabeza, para darle un mejor acceso.

Sus labios presionaron con ternura su pulso frenético, el calor de su lengua la siguió y ella se mordió el labio para evitar rogarle que la besara, mordiéndola. En cambio, ella dio un pequeño paso más cerca, conteniendo el aliento cuando sus labios se encontraron con su oído, el aliento cálido mientras respiraba un silbido allí, la punta afilada de un colmillo pastando justo debajo de su oído. Ella no pudo evitar el suave gemido que cayó pasando sus labios.

*¡Cada instinto en su cable corto, Diosa, ella quería que él la mordiera!*

Y se iba a la cama, y suplicaba y, un fuerte golpe en la puerta la devolvió a la realidad y se apartó del macho que tenía en la garganta. En ese momento, ella estaba inmóvil, mirándolo pasar una mano por su cabello, con los ojos cerrados cuando sus colmillos desaparecieron de la vista.

Otro golpe fuerte a su puerta y ella hizo una mueca, saliendo del baño y esperando desesperadamente que Ian se hubiera ido para cuando abriera esa puerta. Con una respiración profunda y tranquilizadora, Beth abrió las cerraduras de los cerrojos y abrió la puerta, solo que la cosa de metal rompió las bisagras con la fuerza suficiente para que cayera hacia atrás en su tocador.

Ella pensó que su cabeza atrapó el borde de una superficie dura cuando una punzada de dolor sacudió su cuerpo, un líquido caliente y espeso goteó por su sien. En confusión, ella agarró el lugar, la visión se desvaneció dentro... y fuera.

Había una figura en su puerta. ¿Papi? ¿Papi? Pensó con cansancio, parpadeando locamente hasta que su visión se aclaró y sí... Padre. El terror, frío y agudo le atravesó los pulmones mientras ella intentaba mirar a través de la amenaza que él estaba planteando... trataba de ver a su padre. Pero ya no parecía estar consciente, su enorme cuerpo temblaba de vehemencia.

*Papi.* Su boca se abrió, pero no llegó ningún sonido. Nada, nada, nada... Inconscientemente, sintió la extraña y profunda sensación de que Ian todavía estaba allí, observando mientras luchaba por agarrar algún tipo de realidad.

—¿Dónde diablos has estado Elizabeth? —fue el último rugido aterrador que escuchó antes de que la opaca oscuridad la tragara por completo.

## Capítulo cuatro

Ian estaba rígido en su baño, solo mientras el frío se arrastraba por su piel. Calor. Era lo que la mujer traía con ella a todas partes, fluía de ella hacia él, cuando no estaba cerca, faltaba y él no sabía cómo joder al respecto. En absoluto.

Ella tenía ese control sobre él y no era... restrictivo. No, tuvo todo el efecto contrario. Mientras ella era capaz de moverse con gracia, aparentemente imperturbable, él estaba completamente atrapado. Su ingle palpataba dolorosamente, rogando por su liberación, su garganta estaba apretada por la necesidad de su sangre y maldita sea, sus manos ardían por tener su piel suave debajo de ellas.

Era la lujuria más intensa que jamás había encontrado; el anhelo profundo en su pecho era más que su cuerpo o su sangre, era por cada célula que la hacía. Quería despojarla de todo para él. Quería que ella tuviera una necesidad debajo de él. Quería que ella lo conociera más que cualquier otro ser. Y nunca antes había deseado tanto. Su corazón se detuvo, porque esta pequeña niña era peligrosa para él.

Sin permiso, sus piernas lo llevaron a la puerta del baño, donde bebió a la vista de ella. El cabello oscuro le caía hasta la parte baja de la espalda, donde el suéter se alzaba para mostrar la tentadora piel de su costado y sus caderas se ensanchaban por debajo de esos pantalones. Trató de apartar los ojos para recordar sus sentidos, pero descubrió que no podía. Ni siquiera cuando ella abrió la puerta.

Y fue como si un cubo de agua helada hubiera sido arrojado sobre su cabeza mientras todo iba directamente al Quinto Reino.

El marco de la puerta de metal se desprendió de sus bisagras, empujando a Beth hacia atrás, hacia la cómoda. Sonó una grieta repugnante y familiar, y ella levantó la vista, con los ojos pálidos nublados por la confusión, horror en sus rasgos. Su corazón dio un salto débil en su pecho y, maldito infierno.

Su cuerpo registró que su sangre había sido derramada antes de que el líquido oscuro manara de su sien. Sus vías respiratorias se cortaron a mitad de la respiración, y su demonio interno se regocijó por el rojo que llenaba su visión.

—¿Dónde diablos has estado Elizabeth? —La voz de Nick era volátil mientras avanzaba, sin siquiera darse cuenta de Ian.

Su fuerza de voluntad ya estaba hecha jirones.

Un gruñido amenazante arrancó del pecho de Ian, la sed de sangre lo atravesó pero no era para alimentarse, para nada. Quería arrancarle la garganta a sus mejores amigos con los dientes.

Con una velocidad que solo un líder podía poseer, se tambaleó hacia adelante, agachándose frente al cuerpo inerte de la hembra. Todo en Ian se heló cuando su respiración vaciló y se encontró dividido entre asegurarse de que no estuviera gravemente herida y protegerla de la amenaza directa. Escuchó atentamente, mientras mantenía sus ojos fijos en la tensa forma de Nick. El alivio se apoderó de él cuando el latido de su corazón se convirtió en un latido constante en sus oídos, lo que le permitió concentrarse realmente.

Los ojos de Nick estaban duros, un rojo claro vidriado sobre ellos, un rojo que Ian nunca había notado allí antes. Pero el aumento en el poder de los hombres no importó cuando dio otro paso adelante, probando su sinceridad. Ian ya estaba sopesando los mejores ángulos posibles para derribar al vampiro más voluminoso. Un paso más y él saltaría.

Exponiendo sus colmillos en advertencia, siseó, preparándose para arremeter contra el enemigo, incluso su mejor amigo.

—Aléjate del mío, Derik —se burló Nick, con los ojos fijos en Beth con un brillo depredador. La mía su vampiro se burló de vuelta, el brillo avivó su hambre de sangre, instándolo a que la cubriera de los ojos del espectador.

Pero no podía arriesgarse a moverse, había demasiada agitación, competencia. Su transformación identificó la mente de Nick antes de que pudiera detenerlo y las asfixiantes garras lo obligaron a hundirse.

Se estaba ahogando, el dolor de desgarrar su propia piel, detener la sensación dolorosa y repulsiva, perder el tren del pensamiento consciente, pero no, eso no serviría, tenía que proteger a la hembra. Luchando, se mordió la carne del labio, cargando su propia sangre, y luego comenzó el drenaje. La energía del otro se esfumó debajo de su piel.

Ante la pérdida, Nick tropezó hacia atrás. —¿Estás? Estás usando ese regalo del purgatorio... —Los labios de Ian se torcieron a pesar de su furia. Se tiró de su meditación y Nick lo empujó, albergando los restos de su energía, dando otro paso.

Ian sabía que estaba demasiado débil para pelear más, incluso todo exagerado. Le ayudó a tomar el control de sí mismo y enderezarse, dando un paso hacia el macho hasta que estuvieron peligrosamente cerca. Aun así, el enfoque de Nick se centró principalmente en Beth, que tuvo que cambiar, la preocupación y el rencor sádicos irradiaron más viejos, nunca una buena combinación para una máquina de matar como Nicholas. Diablo, ¿dónde estaba Verona?

—No hagas esto, mi hermano —dijo Ian lentamente, su propia ira arañándolo—. Piensa en lo que vas a hacer Nicholas. —Las cejas de Nick se arrugaron, una indicación de que estaba escuchando. Ian aprovechó la oportunidad para continuar—. Lo juro por mi honor, te arrepentirás tanto como yo una vez que vaya por tu garganta... Tú... me niego a dejarte sentir dolor al dañarla. —Mentiroso. ¡No dejarás que la lastime porque estás obsesionado! Completamente jodidamente enfermo.

Los minutos se convirtieron en años... décadas... siglos, un maldito milenio antes de que Nick se tambaleara hacia atrás, respirando con resoplidos desiguales mientras registraba lo que sucedía a su alrededor.

—Mierda... ¡Oh, mierda! —Ian no se atrevió a moverse—. ¿Oh, querida Diosa, la lastimé? —su voz apenas era un aliento. Ian gruñó, pasándose una mano por el pelo despeinado.

—Solo quédate —murmuró, esperando a que Nick asintiera bruscamente. Fue en contra de sus mejores instintos darle la espalda al enemigo, principalmente con su hembra, una hembra en juego, pero lo hizo de todos modos, sintonizándose con los sentimientos del otro.

Silenciosamente, se arrodilló al lado de Beth, quitando los mechones de cabello sedoso de su rostro y tomando un aliento superficial y de prueba, tragándose alrededor de la quemadura en su garganta y luchando contra el molesto demonio dentro. Intentó no pensar en cuánto tiempo había pasado desde que se había alimentado, pero demonios, había pasado demasiado tiempo.

Maldiciendo por lo bajo, la levantó fácilmente, con cuidado de no empujarla demasiado. Nick miraba con ojos duros y protectores, y Ian también quería, bueno, no estaba seguro exactamente de lo que quería, pero sabía que el bastardo no tenía derecho a proteger a la hembra que acunaba. Él

era la razón por la que ella estaba sufriendo.

Beth gimió, luchó contra él y se detuvo, sin saber qué hacer, pero apretó su agarre.

Entonces se derrumbó sobre él, el aroma floreciente de la transición y, naturalmente, inhaló más profundamente. Su cuerpo entero se contrajo y su erección se hinchó en sus cueros con una velocidad aterradora. La segunda ola se estrelló sobre él y, joder, joder, joder, no podía pensar en otra cosa que... Nick maldijo en voz alta, distrayéndolo lo suficiente como para pensar que podía pasar lo que estaba pasando por su cabeza.

El macho salió corriendo de la habitación e Ian lo siguió al instante. Diosa, pensó, ¿por qué ahora? Su corazón latía dolorosamente, y su cuerpo ya estaba bien preparado para ella, para servirla.

Pero no podía permitirse pensar en eso. No, pero ¿cuántos hombres había en las instalaciones en este momento? ¿Cuántos hombres estaban sintiendo esa necesidad dolorosa en sus mismos seres en este momento?

Ah diablos

En el centro de armas de Nick, Ian entró al hombre buscando frenéticamente. Otra ola invisible de feromonas y estaba cegado, balanceándose un poco y gimiendo. Habla de un desastre.

Beth gimió dentro de su cuello e Ian hizo una mueca porque sentiría mucho más dolor que cualquier hombre pronto. Un sentimiento extraño se arrastró sobre su pecho... ¿tristeza? Su visión volvió cuando la miró: la boca entreabierta, la piel enrojecida bellamente mientras ella se retorció más cerca. Oh dulce Diosa...

No vio a Nick encontrar el teléfono, pero luego sonó por el altavoz y sonó. Una voz acentuada respondió en el segundo timbre, "Sire.

—Sigue hablando —ordenó Nick, con voz temblorosa, aunque de una manera totalmente inafectada.

—Bueno señor —comenzó la voz—. Aquí hay bastante actividad. No en esta habitación, por supuesto, estoy solo con la expectativa de esto... —la voz se desvaneció cuando Ian la trazó, terminando en un observatorio con poca luz.

*¿Que demonios?*

Los gemidos de Beth aumentaron cuando sus manos se enredaron en su camisa e Ian suspiró, mirando frenéticamente a su alrededor para encontrar a un joven civil levantándose de una silla en la esquina de la habitación. El civil se puso rígido mientras olfateaba el aire, los ojos pequeños y brillantes se clavaban en Beth.

No tuvo que mirar hacia abajo para ver la evidencia de la excitación del macho, el hedor lo atacó mientras gruñía, mostrando sus colmillos al macho que se revolvió hacia atrás.

Afortunadamente para él, Nick apareció, mirando al hombre. —Uh, Doc...?

El médico entró en acción, sacando viales de los gabinetes y volviéndolo a mirar inseguro. —M-Master, ¿podría ponerla en el... colchón m? —¿Colchón?

Demonios, no, él no la colocaría cerca de él. No se movió hasta que Nick habló: —Derik. Ella está sangrando... —ante el recordatorio de que él se movió del lugar donde estaba enraizado. Y Beth ahora estaba temblando, sollozando.

Suavemente, la dejó en el suelo; retrocediendo con cautela cuando su energía se enroscó nuevamente sobre él, los cítricos y la sexualidad hicieron que la gruesa erección de sus pantalones se sacudiera. Nick gruñó, haciendo que el médico siguiera recogiendo suministros, pero Ian no se molestó en mirarlo, ni siquiera pudo apartar los ojos de la expresión de dolor de Beth.

—Bueno, mis señores, como decía er —tiró de su corbata, visiblemente incómodo—. Yo,

bueno, no me sorprende que finalmente esté sobre nosotros, aunque ella está sangrando profusamente y todavía no he recogido a un hombre del Cuarto reino... —Nick abrió la boca para responder, pero Ian fue más rápido, la posesividad y la excitación estaban en evidencia. su voz.

—Ella se cayó —gruñó él, dando un paso más cerca, deslumbrándose. ¡Sin otro comentario, la repararás y nos darás la maldita morfina o te arrancaré los ojos de las cuencas! El otro líder suspiró, arrastrando a Ian por los hombros lejos del doctor encogido.

Sabía que tenía que irse, para alejarse de ella y ese olor. Lo estaba conduciendo al borde de la locura.

Cuando llegó a la manija de la puerta, habló en voz baja. —Escucha mis palabras bien o enfrentarás las consecuencias. Y qué consecuencias serán.

Se forzó a sí mismo a salir de la habitación con lo que quedaba de él.

ooooo

Nick miró a sus hijas golpeándose. No pudo respirar. Tenía los pulmones pesados y la garganta insoportablemente apretada. Nada tenía sentido alguno para sus confusos pensamientos cuando fueron arrastrados en un millón de direcciones separadas. El impulso de defender a Elizabeth de los hombres que se avecinaban era indomable. Ella estaba herida, y él era el único culpable.

La silla de cuero en la que había forzado su fuerte forma se apretó de alguna manera, apretándola hasta que se movió, con la cara vergonzosamente oculta en sus manos, las uñas clavándose en la frente mientras intentaba reemplazar la imagen de su hija, su preciosa niña, lastimada por su propio señor.

La cuestión era que, Nick conocía el abuso, fue víctima de él por su propio padre y esas formas fueron una muestra de fortaleza durante el siglo de su adolescencia. Lo dejó con sus propios pecados, pero encontró a Verona poco después. Su irryn era todo encantador y siempre la amaría por liberarlo de esas cadenas pecaminosas.

Su irryn que lo amaba incondicionalmente, que lo guiaba, que le había dado tres hijos a pesar del riesgo, era su fortaleza. La pérdida de Malia nunca se desvanecería, pero lo tomó con orgullo, un recuerdo de su hija, para centrarse en Ian.

Consideraba al hijo menor como su hijo, aunque estaba demasiado lejos de la verdad.

Para cuando Nick se encontró con el niño escuálido, con cicatrices y ojos verdes apagados, ya había perdido demasiado. A veces se culpaba a sí mismo por lo que Ian había pasado, porque si se hubiera molestado en preguntarle a Krait sobre su hijo un poco más... Si se hubiera esforzado por exigir una presentación... Esos ojos esmeralda aburridos e indefensos lo llevaron de vuelta a los diecinueve setenta y tres.

*Han pasado meses desde que Nicholas se convirtió en la joven parterra. Sin embargo, no se habían dicho más de dos palabras entre ellas y esas dos palabras eran simples reconocimientos, "mi señor" o instrucciones para los aprendices. Aun así, Nicholas no pudo encontrar ningún defecto en el joven Lord antes de que excediera las expectativas del ramai, mantuviera la cabeza más alta que los dos tamaños de él.*

*El hijo de Payne presentaba su herencia; su sangre se espesaba y equivalía a la del guerrero que lo había engendrado.*

*Sin embargo, había mucho más. El chico era superficial, en verdad. Había algo en las vistas de piscinas, bañeras, cualquier gran cantidad de agua que lo dejaba distante incluso de sí mismo. Nunca se quedaría en un dormitorio por mucho tiempo sin enloquecer por dentro. No*

*hablaba a menos que hablara también, y eso apenas era un momento.*

*Él era cicatrizado.*

*Amanecía cuando Nicholas regresó a la Civilización. Sus instintos sonaron. En los dos años que el hombre había estado preparando a los no transicionados, se había vuelto extrañamente apegado. Durante todo el tiempo que pasaron juntos, estuvo en su mayor parte en silencio, ignorando a quienes lo rodeaban incluso cuando encontraban placer en atormentarlo.*

*Era natural que Nicholas quisiera darles una lección a esos imbéciles, pero sabía que Ian no apreciaría su intercesión. Entonces, él miró. Observó al niño, que sabía cómo pelear, tomar lo que le arrojaron. Palabras, puños, suciedad... No hizo nada más que supurar en el dolor.*

*Pero Nicholas no vivió allí en ese momento; en cambio, se sacudió y se deslizó por la puerta ya entreabierta, debajo del sector del terreno. Un sentimiento cercano al pánico se apoderó de él al escuchar el sonido de la risa en esa dirección, donde estaba prohibido que nadie excepto los líderes entraran... Estos hombres no eran líderes.*

*El ambiente estaba cargado de olor a sangre. El era rojo.*

*En el rellano, Nicholas se mantuvo completamente inmóvil, al ver a tres hombres en transición que se cernían sobre Ian, que estaba de espaldas a la pared, con las piernas pegadas al pecho y los ojos fijos en la... piscina. Sus emociones estaban bien veladas, pero no lo suficiente. El ligero temblor de sus manos y la amplitud de sus ojos lo delataron.*

*Mientras Nicholas seguía mirando, uno de los tres habló. —Apuesto a que le rogaste a papá para que te tocara... ¿No es así, Derik? Ian permaneció en silencio, pero Nick tuvo que reprimir un gruñido, sintiendo que la repulsión se fusionaba con su ira, su vampiro interno lo alentó a derramar la sangre, para que le suplicaran que los perdonara.*

*Los otros se echaron a reír más y él se dirigió hacia el borde de las piscinas, salpicando a Ian, quien parpadeó confundido, levantando su mirada esmeralda hacia los rasgos retorcidos del macho.*

*—Di algo, pequeño bastardo. Vamos, hazlo. Mientras se burlaba, su mano carnosa se envolvió alrededor del cuello del niño, levantándolo del suelo para volver a caer en la pared de piedra. Los ojos de Ian se centraron nuevamente en la piscina, pero Nick sabía que podía sentir el dolor en su cráneo, que se había agrietado bajo la fuerza. Su sangre era fuerte y rica en el aire.*

*—Des, nos hemos divertido... Si los Lores vuelven a encontrar el pequeño pinchazo en dos pedazos, tendremos nuestras bolas alimentadas —dijo el que permaneció al margen, con voz temblorosa y nerviosa mientras tomaba un Paso atrás.*

*Más cerca de Nick, que podía oler el miedo que lo consumía. Se pegó. El otro hombre, Des, lo ignoró, presionándose más cerca de Ian.*

*—Me gustaría que me liberaras ahora —dijo finalmente el chico. Des gruñó en respuesta.*

*—¿Lo harías? Sería un placer, mi señor —le escupió. El hombre liberó su agarre del cuello de Ian solo para agarrar un puñado del cabello sin cortar del niño. Los ojos del chico se abrieron aún más, una mirada de completo horror arreglando sus facciones. Su boca se abrió, como para gritar, pero ningún sonido llegó cuarto. Nick gruñó, dando un paso adelante, la última cuerda de su corte de autocontrol, pero...*

*El macho, Des, se tomó el momento de levantar el cuerpo más pequeño de Ian y arrojarlo al agua. Nick se abalanzó sobre él, el terror le retorció las tripas al hombre que tenía tanto miedo a las piscinas. El agua... el agua que tenía el poder de destruir cualquier cosa que quedara de Ian.*

*Pero llegó demasiado tarde. el niño se hundió... Todo quedó en silencio por un segundo antes de que los gritos y gritos agonizantes rasgaran el aire.*

Un chillido femenino diferente puso fin al recuerdo cuando él lo apartó, ignorando su teléfono vibrante para levantarse de su silla y caminar hacia el Doctor, que estaba vendando la sien de su hija.

Su corazón se rompió de nuevo, asimilando el daño que había hecho. Diosa, ¿cómo podría perdonarlo por eso? Estaba temblando y Nick se preguntó cuánto tiempo tardarían hasta que le dieran sangre... Hasta que completó el tran. Su teléfono se puso en marcha de nuevo y él gruñó, sacando la maldita cosa del bolsillo y respondiendo sin molestarse en mirar el identificador de llamadas.

—¿Qué demonios es ahora? —No se suponía que fuera tan amenazante, pero...

—Padre —la voz de su hijo era tensa—. Um, madre... ella es... Diosa, ¿se ha metido en su necesidad? —Nick dejó de respirar.

—Tallis —hubo un gemido sofocado y Nick volvió a moverse de inmediato—. Sí, escúchame, Tallis. Saca tu trasero de la habitación, ahora. Estaré allí en tres. No esperó una respuesta, irrumpió en el pasillo donde sabía que Ian estaría.

La cabeza del macho estaba en sus manos, los hombros anchos cedieron antes de enderezarse defensivamente para mirar a Nick con creciente resentimiento. No sabía cuándo se había formado algo entre su hija y su mejor amigo, y joder, lo cabreó, pero todo lo que pudo ver fue al niño que había criado, con los ojos verdes que de repente no se veían tan distante más.

—Derik —respiró, sintiendo una angustia cada vez mayor por tener que elegir entre su irryn y su hija—. Te necesito.

ooooo

Todo el cuerpo de Ian pareció contraerse mientras gemía, sus caderas inconscientemente se sacudieron cuando las potentes feromonas lo siguieron desde la habitación. Por el amor de Dios, necesitaba salir. Sin embargo, no podía siquiera pensar en alejarse de ella, no cuando ella lo necesitaba.

*No para ti, siseó su demonio, ella necesita un hombre de valor.*

Sus dientes rechinaron mientras se cubría la cara con las manos.

Esto no podría empeorar. Y como si el destino lo arruinara personalmente, Nick se abrió paso por el pasillo. La ansiedad salió del hombre y se dirigió directamente a Ian, quien trató de no mirarlo, pero el odio a sí mismo se le subió por la garganta. Quitando las manos, miró impassible a su mejor amigo, un hombre de valor.

—Derik —murmuró Nick—. Te necesito. —La mandíbula de Ian funcionó.

—¿Para qué? —era un silbido, lívido por la razón de que cada vez que parpadeaba, la imagen de Beth, con el rostro arrugado por el dolor, era todo lo que podía ver.

Las manos de Nick se cerraron en puños a sus costados. Ian quería sus propias manos alrededor de la garganta del macho de la misma manera. La tensión era tangible en el aire y tuvo que cerrar los ojos contra la sobrecarga emocional. Ella no era de él para cuidar.

—Cuidala, Ian. Por favor. —Sus ojos se abrieron con incredulidad. ¿De qué demonios está hablando ahora? Cuidar de ella...? Beth

—¿Perdón? —Tenía la lengua pesada en la boca. Su mente nunca había estado tan bien... jodida.

Estaba tan atrapado en las voces en su cabeza que no detectó el próximo ataque hasta que fue

demasiado tarde y las manos se envolvieron alrededor de su garganta, cortándole las vías respiratorias cuando su espalda hizo contacto con la pared, lo que le provocó un temblor débil. respuesta. Ian frunció el ceño, a regañadientes, negando la represalia instintiva de Vamp. Con esfuerzo, ordenó a sus brazos que se relajaran a sus costados en señal de rendición. No quería pelear con Nick de esta manera, no por esto.

—No puedo quedarme —el dolor, muy parecido a lo que Ian estaba sintiendo, lo sacudió, pero antes de que pudiera preguntar, Nick continuó. —Es Verona. Se ha metido en su necesidad y... y tengo que ir a ella. Ofrecería el comercio, si lo desea. Solo cuídala. Al instante, la mano de Ian se apretó sobre el hombro del otro para tranquilizarlo.

Nick podría ser un completo imbécil a veces, pero desde el principio el hombre había salvado a Ian de sí mismo y por eso estaba en deuda.

—Ve a verla entonces —dijo.

El otro vaciló. —No hagas que me arrepienta de esto. —Ian cerró los ojos con culpa.

—No confíes en mí... —Fue solo después de que Nick trazó, las palabras salieron. Maldita sea, era un completo... No había una palabra adecuada para el odio a sí mismo.

—Monstruo, monstruo, monstruo —gruñó, sin dudar en abrir la puerta. El doctor estaba quitando el cabello oscuro del rostro enrojecido de Beth e Ian apenas contuvo un gruñido, la posesividad amenazaba con alcanzar su sentido.

—¿Has terminado? —Su voz permaneció disciplinada.

La boca del médico se abrió para responder, pero un grito atravesó la habitación, exigiendo su atención, que ya se estaba centrando en Beth. Ian lo miró, incapaz de moverse hasta que cesaron los gritos y el médico volvió a mirarlo, sin mirarlo a los ojos.

A la izquierda, la morfina se encuentra, si quieres, mi señor. La tranquilizará durante algunas horas hasta que pueda contactar a los Elegidos. Ian forzó sus piernas hacia el gabinete abierto, agarrando los paquetes de analgésicos.

—¿Horas? —El médico se levantó y se quitó los guantes quirúrgicos azules cuando Ian se cruzó de brazos.

—Precisamente. He empacado sangre para retenerla. Si continuas haciéndole beber de ella, ella estará bien hasta que llegue el Elegido. Te aconsejo que la lleves donde otros hombres no estén presentes. Al oír las palabras, Ian se pellizcó el puente de la nariz, pero de todos modos fue a buscar la bolsa a través de la habitación.

—¿Y cuánto dura esta transición para... las mujeres? —Su voz, notó distraídamente, era demasiado cruda para su comodidad.

El doctor —Fang— Ian captó la etiqueta con el nombre, observó a Beth mientras ella gemía, más calor abrasador irradiando desde el centro de ella. Dulce Diosa Ian contuvo una respiración profunda y relajante, que era el mismo error que siempre hacía a su alrededor.

Su garganta ardió, sus colmillos se alargaron con un propósito y su estómago se revolvió de hambre. Necesitaba alimentarse, pero solo cuando la situaba.

Fang se aclaró la garganta, inquieto. —Como ella es hija de un líder, es peor. En general, duraría unas cinco horas más o menos, pero, en su caso, más o menos diez. La necesidad de sangre es peor que la sexual, pero la morfina debería ayudar, especialmente cuando entran sus colmillos. Solo prepárate para esa hambre... ya que eres un hombre de mejor herencia, mi señor. Correcto.

—¿Hambre? —Fang sonrió, como si la pregunta fuera algo graciosa.

—Ya verás. Ten en cuenta que ella será mucho más fuerte. Ella lo usará contra ti... para actuar, un poco más cruelmente. Reprimió un resoplido. Beth en general fue viciosa. Él podría manejar

eso.

No tuvo que pensar mucho en la reubicación. La casa que poseía en Manhattan funcionaría, aunque despreciaba tener que permanecer allí, estaba demasiado cerca de esos malditos cazadores. Y donde los cazadores se demoraron, los humanos y otros lo hicieron a su vez.

Cortésmente, asintió en agradecimiento, acercándose a Beth. Sin confiar en sí mismo para respirar, respiró por última vez antes de detenerse por completo. Fue un poco incómodo, pero duradero. Con la bolsa de lona al hombro, tuvo cuidado de levantarla. En la proximidad, sus manos se aferraron a su camisa y él tragó un gemido, haciendo de su destino su foco.

Y luego sus formas vacilaron, y la oscuridad lo saludó abiertamente antes de hacer un contacto sólido. Sonó una alarma, diseñada solo para oídos sobrenaturales, pero la ignoró para retirar un dosel de una cama intacta. Sus ojos permanecieron estrictamente en la puerta, esperando la entrada de su seguridad mientras la colocaba, cubriendo la colcha sobre ella.

Como era de esperar, un guardia sin nombre irrumpió por la puerta. Siseó Ian, exponiendo sus colmillos mientras el macho se tambaleaba hacia atrás. —Fuera. —Obediencia inmediata Los cerrojos giraron en su lugar segundos después.

Y sin previo aviso, la energía brilló en blanco sobre su visión y se tambaleó hacia atrás, de pie, hacia donde estaba la bolsa de lona en el suelo. No pienses en ella, no pienses en ella, repitió internamente mientras sacudía la jeringa, con una sonrisa entumecida en los labios cuando la morfina se filtró de la punta.

Odiaba tener que ser el que lo hiciera, pero ella estaba sufriendo y no había otra opción a menos que... Joder, no. Se negó a ir allí. Mientras pensaba eso, su erección palpitó ante la oportunidad, retorciéndose dolorosamente en su cremallera. Bien por la maldita cosa.

Por un momento, la sed de sangre mordió su cordura, y pensó en aplastar el cráneo de ese guardia en su mano, pero se dio cuenta de que era imposible por muchas razones. No había nada para aliviar la tensión del edificio, nada en absoluto, solo una erección aún en crecimiento, una transición agonizante y sangre.

—Todos tengamos una jodida fiesta de té —murmuró con amargura. Sacudiéndose, se acercó a la cama con pasos cuidadosos, siguiendo las formas correctas de inyección.

*¿Muñeca, codo...?* Muñeca, pensó. Iría con la muñeca.

No queriendo ensuciar las sábanas cerca de ella, se quitó las botas antes de arrodillarse sobre el colchón, debatiendo sobre recuperar a Fang para hacerlo o...

Ella gritó, un sonido que hizo que sus ojos se ensancharan. Muy bien, así que tenía que ser ahora. Diosa, ¿por qué demonios estaba tan nervioso por esto? Tan malditamente inseguro de sí mismo.

Rodeó su muñeca con los dedos, tratando de ignorar lo mucho que le temblaban las manos. Pero eso no podía hacer, se equivocaría y no podía permitirse el lujo de hacerlo.

Cerrando los ojos, se concentró en el latido acelerado de su corazón. Lo calmó hasta que estuvo lo suficientemente compuesto como para poder inyectar la aguja en su vena. Ella murmuró algo que sonó cercano para agradecerte.

Ese agradecimiento lo confirmó, confirmó que lo había hecho bien alguien.

Y trató de no darse cuenta de que importaba más de lo que había hecho bien por ella.

## Capítulo cinco

*Dolor.* Un dolor crudo cortó la oscuridad. Hacía frío, y ella se quedó con el dolor, sola con la oscuridad. Solo, solo, solo.

Un grito atravesó el aire cuando sus pulmones captaron oxígeno, aliviando un poco de dolor en su pecho. Algo terriblemente carnal se deslizó por su interior. Se le rompieron las encías y la sangre le llenó la boca, un sabor a sacarina que provocó un hambre insoportable que se unió al tormento. Con cada respiro, un olor se escuchó y nada parecía importar.

Un latido latía en sus oídos mientras tarareaba a su alrededor, dejando sus pesados ojos cerrados. Ella estaba muy hambrienta; una hambruna que nunca había experimentado en su estómago.

Ausentemente, notó que podía escuchar mucho más que ese latido. Adentro, alguien se acercaba a ella, afuera de autos y personas y... Un sudor le cubrió la piel, respirando en pantalones poco profundos. Tenía la garganta tan apretada y seca. Ella necesitaba un trago.

Sin permiso, sus ojos parpadearon y vio... realmente vio. Estaba oscuro, pero increíblemente claro.

*Qué...? Dónde...?*

La habitación era espaciosa, pero vacía y sin personalidad... No era de ella. De color negro: cómodas negras, sábanas, mesitas de noche, excepto las paredes, que eran de un azul profundo, extrañamente profundo, diseñado específicamente para hacer sentir a alguien que se estaba sofocando. Solo la dejó desorientada.

Trató de recordar cómo había terminado aquí, en la cama de un extraño, pero todo volvió en destellos borrosos y oníricos. ¡Ella había estado hablando, discutiendo con él... De alguna manera se habían enterado de que había salido de las instalaciones y, oh Diosa, su padre.

El terror se apoderó de sus pulmones e inconscientemente, saltó hacia atrás, golpeando la pared opuesta a ella con un fuerte golpe que debería haberle dolido... pero no lo hizo. De ningún modo. De hecho, se sentía mejor que nunca, todo parecía fácil, excepto el latido de su garganta...

Alejándose de eso, se dio cuenta de que su labio, su mejilla y su cabeza no le dolían, aunque sabía que el daño ya estaba hecho. En cambio, todo lo que sintió fue un subidón estimulante.

*¿Drogas, tal vez?*

Sus ojos se levantaron y oh. Su rostro era impasible, casi igual, pero ahora... parecía... Diosa, era el hombre más sexy que había visto. ¿Lo había visto alguna vez antes?

El marrón de su cabello parecía más claro ahora, como si cayera flojamente sobre esos agudos y calculadores ojos verdes, extremadamente desalentadores con sus tintes rojos. Ahora su piel parecía natural, suave y pálida por sus rasgos afilados, menos guerrera en comparación con su padre. Y eso lo hizo mucho más atractivo. Su labio inferior estaba atrapado entre sus blancos, colmillos expuestos.

Al otro lado de la habitación, estaba rígido, con los hombros anchos y pesados, lo que mostraba su ligereza. Así fue como ella vio la bolsa que él sostenía. Los ojos la miraron de esa

manera extraña y cautelosa.

Bajo esa mirada, de alguna manera logró relajarse un poco. Probablemente porque no era su padre, lo que dejaba poca o ninguna posibilidad de que él la lastimara. Intentó tragar, pero descubrió que no podía, era un dolor crudo y despiadado. Levantó las manos para agarrar su garganta, desconcertada y cobardemente asustada.

—¿Que pasa conmigo? —ella respiró temblorosamente, alcanzando la mesita de noche para sostenerse. Debajo de sus dedos, la madera se astilló y ella gritó, incluso dolió al hacerlo, y se alejó, horrorizada por lo que había hecho. Ella bajó la mirada hacia su mano, que permanecía intacta. ¿Qué?

Sus ojos volvieron a Ian mientras él cautelosamente avanzaba para colocar la bolsa en el medio de la cama. Luego levantó las manos y retrocedió tres pasos, hasta su lugar original. Como si estuviera preocupado... por ella? No, pensó, para sí mismo. Huh, bueno, esto tenía que ser un sueño entonces.

Haciendo caso omiso de él, miró a la bolsa, que se descubrió para revelar el rojo sangre de medianoche... ¿Le estaba dando sangre? Ella lo miró, tratando de no parecer desesperadamente confundida como estaba.

Sus ojos tenían algo diferente ahora. ¿Lástima?

Un pequeño y tenue gruñido resonó en la habitación e inhaló bruscamente, dándose cuenta de que provenía de ella. Ella estaba gruñendo...? ¿A él?! Se lo merecía. Ella no necesitaba su piedad vacía.

—No me mires así —espetó Beth. Él arqueó una ceja elegante y la temperatura bajó un grado.

De Verdad? pensó enojada. ¿Cómo demonios logró influir incluso en la atmósfera?

—¿Cómo te estaba mirando? —Su voz llegó más áspera que la de ella, por supuesto. ¿Por qué me odia tanto? Dios, eso duele.

Ella levantó la barbilla desafiante. —Como si te necesitara.

Sus labios se inclinaron en una pequeña sonrisa, pero ella no se dejó distraer por eso. Ella no se vería afectada por él. —¿Tú no? —Ella podría necesitarlo.

—Tú deseas. —Ella no quiso que fuera tan infantil pero...

—Apenas. Vamos Elizabeth, estás actuando infantilmente.

—Tengo que irme... —Y rápido porque con la forma en que se sentía, sería un milagro si no se volviera homicida. ¿Pero dónde estaba ella exactamente? Necesitaba hablar con su madre sobre la montaña rusa de emociones. ¿Era esto parte de la espera de transición? ¿Significaba que estaba más cerca? ¿Ya estaba empezando?

Ella no lo creía así; no dolía algo horrible todavía... No como si le hubieran enseñado.

Por otra parte, realmente había dolido tanto antes. Había lastimado algo indescriptible. Su sangre era una lava espesa y abrasadora que corría por sus venas, su piel lentamente, pero indudablemente se despegaba y su cabeza era una bomba atómica. Por encima de eso, había estado tan excitada que en realidad le dolía.

Se apartó del recuerdo, su rostro calentándose cuando el líquido tibio se filtró desde la unión de sus muslos. No volviendo loco ahora.

*¿Qué me está pasando? pensó furiosamente.*

—Necesitas alimentar a Beth. —¿Alimentar? Todas las piezas de repente cayeron en su lugar. El dolor, la sed y la necesidad, los sentidos intensificados, la sensación de que podría conquistar el mundo... Vampiro. Ella era un vampiro. O casi al menos allí.

Levantando la mano para asegurarse de que no se estaba volviendo loca, abrió la boca,

pasando un dedo por las puntas afiladas de sus... colmillos, sondeándolos hasta que pudo sentir el ligero dolor en sus encías cuando se contrajeron. Hmm, bueno, ciertamente había sido una sorpresa.

Ella se sacudió, frotándose los ojos después mientras sofocaba un bostezo exhausto. Espera, ¿quería que se alimentara de un paquete de goma? De ninguna manera.

—¿Dónde está... erm, dónde está mi hombre? —Había dejado perfectamente claro que ella no estaba tomando su vena.

Hubo un gruñido de grava que congeló el aire y ella jugueteó con sus dedos, evitando nerviosamente su mirada cuando volvió a hablar. —Quiero decir —tropezó con sus palabras con torpeza—. Sé que no voy a tomar... no vamos a...

—No te hagas ilusiones, mujer —interrumpió—. Tendrás que beber sangre envasada mientras Fang localiza a Xaphan del Cuarto Reino. —Ouch, está bien, sí. Líder Xaphan. Había alimentado a algunas de las chicas en el entrenamiento, Beth recordó haberlas escuchado alardear de eso. Cada vez, se había sentido mal por el chico.

Insegura de qué hacer, se asomó por debajo de sus pestañas, pero descubrió que ya no la estaba mirando. En cambio, tenía el ceño fruncido, los ojos cerrados como si se concentrara mucho. Su cabeza estaba inclinada para que su mano pudiera amasar su garganta. Ella no podía mirar hacia otro lado.

Tenía una garganta muy atractiva, gruesa y besable y ella se maravilló de cómo se sentiría hundir los dientes allí.

La sed de sangre se estrelló contra ella. Se le secó la boca con tiza y le cortaron los colmillos en el labio inferior, aunque no se dio cuenta con las llamas en su propia garganta.

—H-¿Cuánto tiempo tengo que esperar... por él? —Su voz era un tono más alto de lo normal, en el borde mientras trataba de respirar adecuadamente. Sin embargo, no detuvo su ritmo atormentador; arriba, abajo y alrededor, arriba abajo... alrededor... Oh, no.

—¿Cuánto tiempo, Derik? —Se estaba volviendo imposible respirar.

—No sé —finalmente respondió con voz frustrada. La respiración de Beth se detuvo por completo, sus latidos se volvieron erráticos a medida que su dolor se disparó: necesitaba un hombre. Duele, duele, fue todo lo que su mente reconoció. Era todo lo que ella sabía.

—¿Estás bromeando? —Por favor, bromea. Finalmente la miró con los ojos en llamas.

—No bromeo. Toma la maldita bolsa, Beth. Estás prácticamente en llamas; Puedo sentirlo desde aquí. La forma sabia en que dijo eso la hizo mirar con audacia.

—¡No sabes nada! —Ante su gruñido de advertencia, ella se tensó, aspirando un poco de aire al mismo tiempo, atrayendo ese olor. Lo animó, burlándose de ella.

A toda prisa, se lamió los labios, dando un paso adelante antes de que pudiera pensar en detenerse. Sus ojos se entrecerraron cautelosamente.

Beth trató de combatirlo, pero lo que sea que se abrió de golpe e instintivamente, fue a por él, chocando contra su cuerpo, con fuerza. Podría haberle hecho girar la cabeza, incluso podría haberle dolido, pero no sintió nada más que esa necesidad.

Y perdió el equilibrio, llevándola con él. Un segundo ella estaba sentada a horcajadas sobre él, inclinándose hacia adelante con los labios separados para hundir sus dientes en su garganta expuesta, pero al siguiente ella estaba de rodillas, con el cuerpo forzado sobre el colchón. Su gran cuerpo la mantenía en esa posición, el pecho inclinado sobre su espalda, una mano sujetando sus brazos sobre su cabeza. Sabía que no podía moverse, pero eso no importaba, soltó la pelea en ella, agitándose hasta que su respiración se dificultó un poco con el esfuerzo que tomó para

mantenerla contenida.

—¿Déjame ir! —Ella lo gritó a todo pulmón. Él gruñó un poco, alcanzando entre ellos para detener sus caderas retorcidas. Oh. El hecho de que su mano estuviera allí encendió otro deseo y su sexo palpité sin sentido. Ella suspiró profundamente en su garganta, derrotada mientras inhalaba su aroma, toda riqueza masculina con una fragancia más ligera: ¿colonia, champú? Le hizo girar la cabeza con ganas.

—¿Por qué siempre debes ser tan difícil, mujer? —Ella sacudió la cabeza, con el pelo desordenado en la cara. Ella voló los hilos, pero simplemente cayeron sobre su rostro. Ella nunca se salió con la suya.

—¿Por qué siempre debes ser tan difícil, hombre? —Beth imitó mal su profundo acento. Era patético, de verdad, pero él se rió de todos modos, un sonido gutural y estresado que hizo que todo debajo de los sudores se tensara. Ella ignoró eso, dejando escapar su propio resoplido de indignación.

Nada debería haber sido gracioso sobre su punto muerto actual, pero lo fue, porque en la oscuridad todo parecía completamente mal y ella necesitaba algo para sentirse bien. Y ella se sintió un poco mejor.

Pero entonces su barriga se retorció extrañamente y jadeó. —Dulce Diosa que duele.

Su voz era baja. —Solo empeorará si no bebes.

—No quiero que mi primera vez sea con basura plástica. Me niego; Prefiero que me drogues. Beth despreciaba las agujas, pero podría tomar una para esto.

Era más fácil que decirle, un hombre que la odiaba, que tenía esa tonta fantasía de que el primer hombre del que bebía se enamoraría de ella. No, ella no iba a ir allí con él.

—No tienes elección en el asunto. —Al infierno que no lo hizo. Ella abrió la boca para decirle eso, pero él siguió adelante—. Si no bebes voluntariamente en los próximos dos minutos, te lo obligaré a bajar por tu lindo y pequeño cuello. —Ella parpadeó ante la confianza en su voz.

Machos Siempre estuvieron con el bullpap I-Rule-You-Females.

—No te dejaré.

Prácticamente podía escucharlo rodar los ojos. —¿Y cómo planeas detenerme? —Él se acercó para que su cuerpo se aplastara contra el de ella, levantándola para que su mano pudiera envolver su cuello, apretando el frenético punto de pulso. No estaba dispuesta a decirle que su sangre corría por el deseo y no por el miedo. Algunas cosas que una chica solo tenía que mantener en secreto—. Te tengo detenida ahora y puedo hacerlo fácilmente de nuevo. —Su sangre se congeló.

Cuando su mano dejó su cuello para arrastrarla hasta su cintura una vez más, ella empujó su rostro contra el colchón, tratando de no gritar de frustración.

—¿Entonces me obligarías? —De repente, sus ojos se nublaron hasta que todo lo que vio fue rojo. Literalmente.

Ella parpadeó locamente, dándose cuenta de que estaba llorando lágrimas de sangre. Rápidamente empujó su rostro más profundamente en las mantas, para que él no tuviera ese poder sobre ella. No se permitió pensar que él podía oler la sangre.

Su voz era más suave cuando habló. —Hablas como si esa fuera mi intención. ¿Te das cuenta de que si no te alimentas morirás? Y... le prometí a tu padre que cuidaría de ti. Bueno, no fue una sorpresa, pero igual duele. Mentalmente rechazó cualquier negación y asintió.

—¿Al menos es bueno? —Hubo un silencio entrecortado.

—Esa es mi chica. —Tan pronto como las palabras salieron, ella lo sintió tensarse, pero sabía que no lo había querido decir literalmente.

Me comportaré, lo prometo. Solo, déjame ir. Pero no lo hizo. Se arrastró más cerca, cada músculo duro sobre cada curva de su cuerpo y el placer era electrizante. Su aroma, caliente y seguro, envolvió su cuerpo y ella pensó que él también podía sentirlo, sentir cómo la afectó porque su respiración se profundizó.

Allí estaba otra vez, el zumbido a lo largo de su piel, el dolor en su vientre cuando se dio cuenta de cada respiración. El aire ardía y ella se estremeció un poco, sus labios se separaron invitadora y sonó un teléfono.

Fabuloso.

Ian maldijo, pero la soltó para ir por el móvil en el tocador.

Por un minuto, permaneció en ese lugar, pero sus ojos volvieron a encontrar la bolsa. Parecía poco apetitoso en comparación con el hombre que estaba frente a ella, pero no había forma de que ella estuviera llegando a él. El aguijón del rechazo fue solo un pinchazo en comparación con la insoportable quemadura, por lo que la falsificación fue su último recurso hasta que apareció Xaphan.

Con un suspiro entrecortado, Beth se sentó en la cama y agarró el plástico con manos temblorosas.

Aquí no pasa nada, pensó, presionó sus labios a un lado y cerró los ojos justo cuando mordió ligeramente.

*¡Popular!* Solo así, la sangre inundaba su boca, fría y ligeramente apagada, pero ella tragó de todos modos y la Diosa todopoderosa. Su respiración se aceleró cuando gimió. Su cabeza nadó con el sabor y se arqueó, chupando intensamente. Su garganta comenzó a enfriarse cuando recibió más de esa dulce salvación, pero demasiado pronto, desapareció, dejándola ansiosa, enojada y tan sedienta...

—*Más.*

~ ~

Ian no había esperado que Beth se rindiera tan fácilmente, no por la forma en que estaba actuando. Pero, concluyó que ella tenía más dolor del que dejaba ver. Terco como ella.

—¿Qué es? —ladró en su teléfono, solo escuchando parcialmente una respuesta. Sus ojos no podían ver nada más que ella desde donde ella se inclinaba sobre la cama, congelada.

*Ah diablos* La inmortalidad se convirtió en ella. Sin embargo, los pequeños cambios no afectaron la forma en que la veía; ella seguía siendo encantadora como antes. Su rostro no había perdido su pálido toque, pero a partir de ahora, estaba sonrojado, acentuando sus labios corbatines, que estaban, un poco tristemente, más llenos. Y Diosa, nunca había visto nada más erótico que las pequeñas puntas puntiagudas de sus colmillos, brillantes y hermosas. El azul pálido de sus ojos se había vuelto más agudo; brillando con cada emoción que sentía, la más primitiva: la necesidad de su sangre.

No ignoraba el afecto que la sangre de los líderes tenían sobre los vampiros durante sus transiciones, pero involuntariamente, su garganta se apretó. Algo cercano al pánico lo tenía deslumbrado, aunque una parte de él estaba demasiado emocionado. Nadie bebió de él. Los mataría si alguna vez intentaran acercarse tanto. No era una novedad para él, el odio de ser retenido, incapaz de defenderlo... tanto como ahogarse.

Sin embargo, pensó que podía soportar tener sus caninos encerrados alrededor de su garganta. Pensativo ilusorio Derik, gruñó su vampiro, y sí, lo entendió.

Cuando volvió a concentrarse, descubrió que ella todavía no se había movido. Y podía

imaginar lo que podía hacerle a ella en esa posición. Ella se arqueó impotente contra él, rogándole cuando su mano extendió esos muslos cremosos, y la otra acarició las hinchazones de sus senos para que ella volviera a apretar las caderas contra él...

—¿Hola? Señor, ¿estás ahí? Parpadeó, agarrando su teléfono. Las imágenes eran demasiado claras para la comodidad.

—Si...? —Y si sonaba perdido, nadie lo dijo. Bien por ellos también.

—Como estaba diciendo, ha habido un poco de... problema en el otro lado en este momento. Lord Lucius está tratando de hacerlo, pero para el líder del tiempo... Alocer está... erm recuperado, puede ser demasiado tarde. Alocer? ¿Traerían a ese bastardo demente al Tercer Reino?

No estaba poniendo una maldita pata sobre Beth. No, no lo era porque ella era la hija de Nick.

—¿Dónde está Xaphan? —Estaba teniendo problemas para pensar con claridad. De hecho, su cerebro se sobrepasó en el segundo en que llamó a Beth suyo. Ella no era suya... No era para él.

Nunca reconocería cuánto le molestaba. Podía mentirle a ella, a Nick, a cualquier otro hijo de puta en cualquier Reino, pero nunca podía mentirse a sí mismo.

Sobre la línea, el doctor se aclaró la garganta. —Bueno, Lord Nicholas no contesta su teléfono... —No hay mierda—. Por lo tanto, nos hemos encargado de pedirte que... —Las palabras se desvanecieron. Ian lo miró. Observó a Beth gatear, una sexy cazadora, sobre la cama, con el pelo oscuro y una cortina que ocultaba su rostro. Agarró la bolsa y se puso con las piernas cruzadas.

*Su vampiro rugió. Llévatelo. Que ella te quite. Demuestra tu valía lo suficiente.*

Fue puro instinto que luchó, escuchando a su vampiro y su mente consciente golpearse el uno al otro hasta que fue demasiado tarde.

Hubo un estallido amortiguado cuando sus colmillos atravesaron el plástico y él fue directo al acero, con la garganta ardiendo de necesidad. Esto estuvo mal. Sintió como si estuviera a punto de... romperse. Luego se fue y gimió, ahí va todo el autocontrol. El la deseaba. Y él la quería ahora.

El teléfono crujió cuando tocó el suelo, pero no se dio cuenta, lamiendo su afilado colmillo sugestivamente, sonriendo con sádico deleite. Ian no pudo contenerlo más, el fuego estaba encendido y no había nada que lo detuviera.

El hambre se enroscó profundamente, pero se recordó a sí mismo que debía darle primero lo que ella necesitaba. Su hembra siempre vendría primero, en más de una forma.

Él ensombreció la habitación, sus ojos nunca la dejaron mientras ella chupaba el paquete seco, un hilo de sangre se deslizaba por su boca inexperta mientras emitía un sonido de completo disgusto. Podía saborear la sangre en su lengua. La probaría en todas partes.

—Más. —Él le daría todo.

~~~~~  
ooooo

Estábamos desconectados... La cabeza de Lucius se alzó ante las palabras de Fang, su labio superior se curvó mientras hacía una mueca. No estaba de humor para esta mierda.

Tonos negros y grises afilaron su visión, pero se recordó a sí mismo que no era culpa del médico. De ningún modo. Era de Alocer y podía follar con el cuarto líder.

Una sonrisa satisfecha inclinó sus labios mientras se estiraba. —Muy bien, Doc. Volveré, solo... quédate donde estás. Fang parecía listo para deshacerse de sus caros pantalones, pero asintió. Bien por él.

Durante tantos siglos como había hecho esto, no fue difícil llegar a los límites del Cuarto Reino, aunque no pudo evitar estremecerse ante el destello de luz cegadora que sin duda hacía retinas. Se tambaleó en la nada. estiramiento y depresión

El Cuarto Reino era una mierda extraña. Un vacío negro que se arremolinaba hasta que los buscados fueron convocados. Todo desaparecería en lo que el que buscaba consideraba su hogar. Sin embargo, técnicamente, era un Reino bastante imaginativo para que Dios y las Diosas por igual se relajen, aunque los líderes podrían residir allí fácilmente, si quisieran. A diferencia de Alocer, que fue maldecido por quedarse.

Solo Nick y la Diosa estaban al tanto de los porqués, y Lucius francamente no se dio por vencido. No era asunto suyo.

—¡Alocer! —Llamó, escuchando su eco una y otra vez. Cuando no recibió respuesta, dio un paso en ninguna dirección general, rugiendo: —¡Aloceeria, mi amante devota, ven a mí! —El doblaje funcionó a las mil maravillas.

El vértigo familiar se estrelló contra él, pero luego fue bienvenido, o bastante inoportuno, por el, como Ian lo llamaba a menudo, 'habitación roja de Payne'. Encaja bastante bien también.

La habitación olía mucho a cuero, las paredes tenían un color profundo, rojo sangre, una cadena sacudida desde donde colgaban de esas paredes. Juguetes, trajes elásticos y más objetos no identificables diseminados. Y Lucius pensó que había una salpicadura de sangre en los pisos de baldosas blancas, pero rápidamente lo pasó por alto para ver las velas negras que iluminaban la habitación, los pétalos de rosa blanca se alinearon en el cristal de la ventana donde afuera, los escritos blancos cubrían la oscuridad.

Alocer, el bastardo, era un verdadero loco.

—¿A qué le debo el placer? —Lucius puso los ojos en blanco, teniendo en cuenta que el líder no había tenido mucha interacción en más de un siglo, lo que no podía ser bueno para su rejuvenecimiento. Casi se sintió mal por el bastardo ignorante, casi se preguntó qué había hecho para merecer tal castigo o por qué Lucius no lo había visto.

Girando lentamente, sus labios se torcieron involuntariamente en una sonrisa disgustada. Alocer era hermoso, incluso con cicatrices. Lucius no se balanceó de esa manera, pero tendrías que estar ciego para no verlo.

Los medios hermanos no se parecían el uno al otro.

El cabello oscuro de Alocer colgaba de una trenza arcaica en su hombro, liso y plano contra sus rasgos divinos. El guerrero tenía la forma cincelada de la mandíbula y la horrible cicatriz que destrozaba el lado derecho de su rostro, comenzando en su ceja, perdiendo por poco su ojo para correr directamente por sus afilados pómulos y terminar en su labio superior contorsionado. De lo contrario, sus cejas eran alas sobre esos ojos plateados separados y una nariz fuerte y recta. El hombre era malicioso hasta el núcleo de él.

—Gawking es grosero, Luc —dijo, sin emoción. Lucius sabía cómo esa cicatriz arruinaba a Alocer, que siempre había sido narcisista. Su rostro había sido una especie de amortiguador emocional, porque no importaba cuánta gente lo odiara en general, su rostro los engañaba. O más bien, lo había sido.

Lucius no sabía toda la historia; todo lo que sabía era que la relación estrechamente unida entre los hermanos de sangre se hizo añicos en una animosidad constante. Alocer no habló tanto como el nombre de Nick.

Nadie sabía realmente cómo Alocer había conseguido la cicatriz, dónde o quién la había dado. Cada líder tendía a guardar sus jodidas historias paralelas para sí mismos. Como hermanos, se lo

debían el uno al otro. Pero Lucius aún lo veía todo. Sin embargo, Ian, el tercero de su jodido Consejo fue el mejor amigo de Nick. Los dos se comportaron como si detestaran la presencia del otro, pero en realidad, simplemente se entendieron demasiado profundamente.

Desde el momento en que Nick había puesto los ojos en el joven sacudido de dieciocho años sin transiciones que lo conocía. En niveles que ni siquiera Lucius, que vio todo, ni siquiera el propio Ian, podían reconocer. Naturalmente, Ian lo despreciaba, despreciaba que alguien más que él fuera consciente de sus debilidades, sus defectos, sus miedos.

Los guerreros nunca admitirían tales cosas. Ni siquiera el uno al otro.

—Simplemente estaba admirando... Como estoy seguro de que lo sabes todo, o al menos solías hacerlo. —Lucius hablaba muy en serio.

—¿Por qué me has buscado? —Se acercó a una mordaza de forma extraña, girándola en su mano con anticipación brillando en sus ojos generalmente fríos.

Directo a la persecución que era. —Sangre, ¿qué más? —Nadie convocó a este hombre, sus socios excluidos y los líderes.

—¿Seguramente no estás pidiendo que alimente a su descendencia? —No andaba por las ramas.

Los ojos plateados estaban ardiendo con fuego, su mano se enroscó alrededor de la mordaza mientras siseaba, mostrando los dientes con desdén. Lucius no estaba espoleando intencionalmente al hombre.

—Tu hermano, quieres decir. Di su nombre, Alocer, di Nicholas, no es tan difícil.

—Ese no es mi hermano —escupió en respuesta, parpadeando abruptamente su furia, dejando sus ojos sin vida. —Ahora que me he vuelto loco, me voy. O más bien, lo eres. Así como así, el macho comenzó a desvanecerse, la imagen ondulando.

Fuckin 'A. —Alocer, no habría preguntado si Xaphan no estaba preocupado de otra manera... —Al instante, las cosas se solidificaron, volviéndose reales una vez más.

—¿Con esa perra? ¿Con Aetheria? Alocer nunca aprendería. Llamar perra a su Diosa no lo ayudaba a salir del exilio... Pero su hermano estaba gobernado por su propia oscuridad y, según la visión de Lucius, nunca terminaría escapando de su propio sufrimiento.

—Alocer, ella necesita alimentarse... —Él no rogaría.

¿Por qué tú o Derik no pueden alimentarla? Oh, sí, eres un bastardo egoísta y nunca permites que otro te lo quite, pero ¿cuál es la excusa de Derik...?

Hizo una mueca, esa voz suave veneno en sus oídos. —... sido un niño egoísta... escondiendo todo esto... esa piel suave... tsk-tsk-tsk. —Las palabras se arrastraron por su garganta, el pánico le pesó.

—Eso es... complicado. —Diosa, punto débil y jodido, Luc.

La comprensión iluminó los ojos del hombre y Lucius sintió que de alguna manera había traicionado a Ian.

—¿Todavía no puede soportar ser retenido? Boo maldito hoo. —Lucius gruñó en advertencia.

—No hables de él como tal. Usted sabe tan bien como yo que él está justificado, por lo que usted, de todos los hombres, debe retroceder. Es tu hermano Alocer, y deberías enorgullecerte de él. Alocer se sopló las uñas y levantó la vista con una expresión seca. Y es por eso que Alocer no se perdió. No le importaba nada más que a sí mismo, era egoísta.

—¿Me estabas hablando? Estaba ocupado no importando una mierda. Me estás aburriendo, Lucius, aliméntalo tú mismo o haz que tu hermano lo haga.

—¡Espere! —Fue muy tarde; terminó en el observatorio de Fang una vez más. ¿Qué demonios

acababa de hacer? Arruinado. Podía ver la palabra parpadear en su cabeza, advirtiéndole: todo su cuerpo se sacudió, con los ojos rodando en la parte posterior de su cabeza, pero aún lo veía. El siempre vio.

Todo el futuro del hombre... —Desastre —las palabras salieron de sus labios con todas las intenciones de ser verdad.

-o-

~

La temperatura de la habitación cambió abruptamente, de frío a suave fuego. Los ojos de Beth se apartaron de la bolsa seca para encontrar el lugar donde Ian había estado, vacío.

—Haces eso mucho... —Giró la cabeza en dirección a su voz. Y ahí estaba él. Como un drogadicto que recibió su primer golpe en meses, ella bebió a la vista de él, sus muslos trabajando para mantenerse juntos mientras se mojaba.

Ella todavía lo quería y para eso, tenía que haber algo completamente e indudablemente mal con ella.

Con un parpadeo áspero, se concentró en responder. —Um, ¿qué haces exactamente? —Su garganta dio un vuelco ante las palabras.

—Muerde tu labio... —su voz era casi inaudible, pero ella captó las palabras de todos modos, inmediatamente descubriendo que su labio estaba atrapado entre uno de sus colmillos. Rápidamente, lo soltó, lamiendo la pequeña herida punzante, que para su sorpresa, curó al instante. Huh, tal vez toda la plantilla de Vamp no sería tan mala después de todo.

—Mal hábito... Supongo que tendré que parar ahora. —No dices

Mientras buscaba, continuó mirándolo, notando que sus ojos eran abrasadores, no por ira sino por algo diferente: el golpeteo. Algo que también gritó correr. Fue convincente, instintivo, mientras daba un paso tentativo más cerca. Sin embargo, los músculos de Beth se negaron a complacerla, dejándola atrapada en medio de la lujosa cama. Ni siquiera podía apartar los ojos de él. Él la hipnotizó por completo con las promesas carmesí allí.

Podía hacerla sentir mucho mejor. La atracción siempre había estado allí, su cuerpo comenzó a zumbar con una cosa y le dolía con otra, tanta necesidad.

*¿Lo has perdido chica vampiro? Él es, solo muévete. ¡Salir! ¡Correr! ¡Permanecer! Hacer algo.*

Cada paso más cerca era otra fuerza aguda y eléctrica, y en cuestión de segundos, se encontró en el borde del colchón, mirándolo mientras él daba el último paso indeciso. Sus ojos buscaron los de ella y ella no estaba segura de lo que encontró, pero no importó cuando sus grandes manos cayeron sobre su cintura, levantándola para que se parara sobre el colchón, una pulgada separándolas.

Todavía era un poco más alto, pero eso la excitó increíblemente. —¿Y si te lo dijera? —Dijo lánguidamente, entrelazando un mechón de su cabello en un largo dedo índice, casi sugestivamente —. Que te quiero... en todas partes? —Beth no podía recordar cómo respirar, y mucho menos formar palabras, especialmente no con su mano extendida sobre su cuello, acariciando suavemente su pulso saltando.

¿Me dejarías tenerte? ¿Permitirías que un monstruo entre en tu hermoso cuerpo? ¿Me lo quitarías? Su voz era ronca, desafiándola a negarlo mientras se inclinaba más cerca, el aliento caliente avivaba su mandíbula. —Contéstame, Elizabeth.

*Oh Diosa* si. ¿Había tenido alguna vez alguna opción? La idea revoloteó por su mente cuando las palabras cayeron por sus labios. Desde el principio había sabido que no lo negaría. Él

dominaba, tenía control: la tenía a ella. Era demasiado tarde para pensarlo dos veces.

Sus labios reclamaron los de ella y la lucha, la resistencia, se hizo trizas. Estaba flotando. Sus labios eran firmes, pero suaves mientras la guiaba, la lengua acariciaba la costura de su labio inferior de tal manera que ella suspiraba en señal de rendición. Eso era todo lo que necesitaba para invadir su boca, saborear la sangre allí mientras ella permanecía inmóvil, incapaz de pensar que más allá de que Ian Payne la estaba besando, la deseaba.

—Como lo dices en serio, Beth... —fue una orden, pero demasiado pronto, él arrancó y no. Quería llorar porque necesitaba más más más.

Sin control sobre su cuerpo, colocó sus manos temblorosas a cada lado de su garganta, una excéntrica crueldad que la hizo morderse las uñas en la carne caliente. Todo su cuerpo se estremeció y ella gimió, con los senos tensándose en su pecho.

—Buena chica —tarareó, y ella cerró los ojos, disfrutando del extraño y peligroso subidón que lo acompañaba. Un subidón que la hizo besar a un hombre que prácticamente detestaba todo porque él la hacía sentir cosas que no deberían ser posibles.

Y se encontró estirándose para besarlo con fuerza, cayendo en él, sus colmillos raspando descuidadamente en su labio para que él se abriera con una inhalación aguda. Mientras su lengua se enredaba con la de él, sintió como si se estuviera desvaneciendo de todo menos del sabor almibarado de él: sangre e Ian. Su brazo rodeó su cintura, el otro tiró de su cabello para darle un mejor ángulo.

A Beth no le importaba lo que le hiciera mientras se tocaran, mientras su boca permaneciera sobre su piel. Involuntariamente, sus piernas se envolvieron alrededor de su cintura para que él soportara su peso y ella estaba imposiblemente más cerca de él. Sí, fue todo lo que pensó cuando su mano se deslizó debajo de su suéter, grande y áspera mientras se extendía a lo largo de todo su vientre.

Ella se retorció. —Más. —Sus labios se arrastraron hasta su cuello, chupando con fuerza mientras se reía entre dientes, la mano en su vientre dejó de agarrar uno de sus tobillos, quitándolo de su espalda para que ella estuviera plana sobre la cama. Ella exhaló un fuerte suspiro, tratando de pensar con claridad, pero él no le dio la oportunidad, sino que sonrió con malicia, largos y blancos colmillos en exhibición.

—¿Confías en mí, Beth? —Ella parpadeó, pero respondió de inmediato.

—¿Si dijera que no? —Sus labios se movían contra los de ella otra vez, predominantemente. Diosa. Ella suspiró, estirándose para acercarse. Pero él no lo permitiría, retrocediendo antes de que sus senos golpearan la pared de su pecho.

Con un gruñido irritado, ella se apartó, frunciendo el ceño. Finalmente respondió. —Es un poco tarde para pensarlo dos veces... Ya no tienes otra opción. —Un escalofrío recorrió su columna vertebral, la anticipación embriagadora.

—Dame lo peor —se atrevió sin pensarlo.

Sus ojos parecían brillar, una hermosa esmeralda. —Ni siquiera sabes lo que estás pidiendo, mujer. —Cerró los ojos con frustración, volviendo a caer en las mantas y esperando.

Ahora no iba a decirle que no, arrogante o no. Le daría lo que ella quería. Y no decepcionó. Su peso era repentino y pesado sobre su cuerpo más pequeño, pero a ella le encantaba la presión sobre sus costillas, inclinándose hacia atrás cuando sus manos ahuecaron su rostro en otro beso sucio.

Estaba borroso de nuevo. Por instinto, sus manos encontraron los mechones de seda de su cabello, a punto de tirar cuando él se congeló sobre ella. Ella también se tensó, preguntándose si

eso era algún tipo de límite difícil para él o... —¿Yo...?

—Solo... no me jales el cabello. Sí, no lo hagas —murmuró, con la voz mezclada con algo sospechosamente cercano al pánico. Al instante, ella retiró sus manos, una vergüenza enferma la recorrió.

~~~

Maldición. Ian se despreciaba a sí mismo en el momento en que el horror de Beth cayó sobre su piel arrastrándose. Maldita sea, pensó, despreciando su debilidad. Ella ni siquiera podía tocarlo sin esa desagradable sensación. Era un idiota absoluto.

—Esto fue un error —su voz era un aliento. No—. Te empujé a esto. Diosas. —¿Qué?

Más que confundido, se apartó de ella y se colocó sobre sus antebrazos, donde miró. Esa misma emoción desagradable de su primer encuentro peleó en su interior. Tenía los ojos muy abiertos y tan sinceros antes de apartar la mirada.

¿Realmente pensó que lo había empujado a acostarla? Bueno, maldita sea todo. Hubiera sido divertido si obviamente no le hubieran dolido sus sentimientos. Hembra desagradable, ajena.

Ian se arrastró sobre su costado, agarrando su barbilla en su mano y forzando su mirada, dura con emociones secretas, a encontrarse con la suya. —¿Por qué piensas eso? —Se mordió el labio, dudando. —Contéstame, Beth.

—¿Por qué no pensarías eso? Me has estado ignorando durante semanas... —Aléjate de mí. —¿Recuerda eso?

Él hizo una mueca. —Aquí está la cosa... te quiero. Te he codiciado por... un tiempo. Y te tendré a ti. Créeme, ninguna mujer ha podido, o nunca podrá, culparme a la cama. ¿Entendido? —Ella asintió rápidamente. No le dijo nada, pero terminó de evaluar todo lo que tenía que ver con ella.

—Mi dulce Elizabeth —ronroneó, inclinándose para pellizcarle el labio inferior. —¿Alguna vez te han llevado? —Ella no dudó en sacudir la cabeza y él sonrió, complacido aunque no tenía ninguna razón para estarlo. Solo significaba que la estaba cazando furtivamente de una cosa más esta noche.

Ian acarició su garganta, saboreando la quemadura en su propia garganta por el tentador aroma cítrico, más fuerte con su transición. Un aroma del que parecía no poder obtener suficiente o lejos.

Bromeando, raspó sus colmillos a lo largo de su clavícula revelada, pero antes de cometer un error, volvió a sus labios suaves y entreabiertos. Un suspiro escapó de ella, viajando directamente a su erección, que se tensó más fuerte contra sus pieles.

Profundizando el beso, empujó una mano debajo de su suéter una vez más, moviéndose para ahuecar su pecho, sujetando un pezón entre su pulgar e índice, sobre la tela de encaje de su sujetador, hasta que su espalda se arqueó hermosamente, su excitación fue aguda. Fragancia intoxicante. Mierda.

Con un gruñido, él se separó de su boca tentadora el tiempo suficiente para tirar de la parte superior sobre ella y arrojar la maldita cosa lejos. Le sorprendió encontrar sus labios moviéndose nuevamente con los de ella. No le gustaba besarse ni siquiera tocarse, pero con ella, se encontró deseando. Él ansiaba como nunca antes, tenerla en una ruina necesitada debajo de él, hacer que ella sintiera la misma pasión que él solo sentía por ella.

*No puedo resistir esto...*

Pensó que ya no podía excitarse más, pero cuando su delicada mano se clavó en su omóplato, todo su cuerpo se sacudió con alto voltaje, los músculos se ondularon expectantes.

—Ian... —era un pantalón cuando él le desabrochó el sujetador, todo menos arrancarlo. El

aliento lo dejó apurado al verla, tan etérea, desnuda para él. Su rostro se sonrojó profundamente, los labios hinchados mientras se arqueaba, las cremas turgentes se tensaron por su toque, los pezones apretados y rosados.

*Mía.* El vampiro en él gruñó a la vida. Reclámala Pero demonios, ella estaba intacta y él no la follaría como un animal. Elizabeth no

*Diosa, ella haceyo loco.* Gruñendo bajo en su pecho, se sentó, quitándose la camisa antes de tambalearse hacia adelante para cubrir su pezón con la boca, succionándola mientras sus manos rozaban sus muslos, arrastrándose más abajo aunque su cuerpo insistió en que se moviera hacia el sur hasta tocarla donde él sabía que ella estaba caliente y húmeda para él.

La mano de Beth comenzó a vagar por su espalda mientras seguía, arrastrando besos ligeros por su vientre, pasando su lengua por su armada. Una súplica la dejó, 'inferior'. Y era todo lo que necesitaba para continuar hasta llegar a la cintura de sus corredores.

La sed lo llamó, pero él lo ignoró para deslizar la tela por sus esbeltas piernas. Tan malditamente hermosa... Miró los pantalones cortos, cubriéndola de su mirada. Solo la idea de estar tan cerca hizo que su erección se torciera en su cremallera. El dolor fue estimulante.

*Su primer.*

Él la agarró por los costados, tirando de ella hacia él mientras le quitaba los pantalones cortos con el mismo movimiento. El olor de su excitación lo golpeó como una bola de demolición, como un ariete. Sus ojos se posaron en la hermosa hendidura entre sus piernas, sin pelo, como todas las hembras de su especie, pero mucho mejor, hinchada y brillante, rogándole que probara su lugar más dulce.

*Demasiado,* advirtió una voz pequeña, casi inaudible. Él lo ignoró, colocando cuidadosamente sus piernas sobre sus hombros, arriesgándose a echarle una breve mirada para mirar a los ojos azules, azules, tan inquietantemente azules.

Fue fácil sostener su mirada mientras él lamía sobre su boca. Algo parpadeó dentro de ella mientras se tensaba. —No vas a... ir a... —ella dio este delicioso sonido gutural cuando él sopló sobre su sexo, reprimiendo un gemido cuando sus caderas se movieron más alto. Muy receptivo Cualquier noción de paciencia estaba ahora fuera del alcance.

Él plantó su boca sobre su núcleo, comenzando suavemente cuando ella se sacudió, y ese sonido cayó sobre sus labios una vez más. Diosa, nunca había probado algo más exquisito. Él gruñó bajo en su garganta, moviendo su lengua en su apertura, donde se filtraba su miel.

Mientras la devoraba, ella se meció en su lengua y la disciplina de Ian comenzó a decaer. Lentamente, él introdujo su dedo índice en su humedad, agitándola. Su sexo se estrelló bajo la invasión, pero no fue suficiente. Él pasó su lengua sobre su clítoris. Ella siseó, retorciéndose salvajemente. —Diosa... No te detengas. —Un segundo dedo se unió y los curvó hacia arriba hasta su carne sutil, en sincronía con su lengua.

Su espalda se curvó, acercándola. Un colmillo rozó su carne hinchada cuando él avanzó esos dedos y ella sollozó, apretando las sábanas. Su orgasmo empapó su lengua. Éxtasis. Más.

Sus dedos empujaron contra su doncella repetidamente, con la boca firme sobre su carne. Los espasmos sacudieron su cuerpo. Y ella gritó, los muslos se cerraron alrededor de su cabeza en otro orgasmo.

Como recién en transición, ella era fuerte, resistente a su curiosidad. —Beth —trató, lamiéndola una vez más—. Abierta para mí. —A pedido, sus rodillas se extendieron.

*Mía.* Sus manos cayeron sobre su cremallera, que logró, apenas, deshacer sin lastimarse aún más, quitándose los pantalones. En trance al verla, se congeló, observando mientras ella se

sentaba lentamente, con los ojos brillantes de necesidad cuando encontraron su garganta. Trabajó para tragar, trabajó para pensar.

—*¿Ian...?* —Ante el sonido, su erección se sacudió, pesada, orgullosa y exigente. Ella necesitaba alimentarse; Podía ver que ella se estaba conteniendo, así que se obligó a atraparla por la cintura. Tirándola sobre su regazo, él acarició su garganta, siseando al sentir sus senos contra su pecho, su erección en su vientre.

—Tienes sed —suspiró ella. Un shock lo atravesó y él se apartó para encontrar sus ojos aún en su garganta, largas pestañas proyectando sombras en sus mejillas, colmillos revelados.

*Diosa, si.* —Necesito estar dentro de ti —fue contundente mientras acunaba su sexo. Ella inclinó la cabeza cuando él acarició los pliegues. La condujo suavemente sobre su espalda y finalmente debajo de él, donde su calor le quemó la erección.

—*Dulce, impresionante Elizabeth* —él aterrizó en el Axvem, dividido entre su propia necesidad y la necesidad de complacerla.

*Mía. Mantén a Elizabeth complacida.* Sus caderas se flexionaron hacia adelante solo una pulgada, pero aún era demasiado, ya que sus pensamientos se dispersaron en un millón de zonas, todas girando alrededor de la hembra debajo de él. Demasiado, ella era demasiado.

El placer lo recorrió mientras la tomaba centímetro a centímetro, todo menos su toque se desvanecía en el olvido. Ella estaba tan caliente y apretada alrededor de él. Cuando golpeó esa barrera, su inocencia, él maldijo. Este era el único reclamo para ella, ella sería suya. Al menos por un rato. Y por ahora, eso fue suficiente.

Era inevitable Él acarició hacia adelante, enterrándose dentro de ella. Ella inhaló bruscamente, con las uñas mordiénole las caderas, una sola lágrima de sangre patinando por su mejilla. Se lamió la lágrima, el sabor explotó en su lengua. Ah, joder.

—Ian, duele... tan bien... —murmuró ella, retorciéndose a su alrededor. Ian gruñó, la cabeza cayó para inhalar su aroma antes de retirarse con las caderas, solo para avanzar nuevamente. Perfección.

El aliento lo dejó apurado al sentirla a su alrededor, debajo de él, los labios deslizándose como una pluma sobre su cuello, la lengua sobre la columna de su garganta. Pero...

—*Diosa, Beth, no lo hagas* —demasiado tarde para el pánico, pensó mientras sus colmillos raspaban, luego, las puntas afiladas penetraron profundamente en su piel. Oh joder

No fue una mordida limpia, pero el dolor... Un gemido feroz pasó por sus labios, sus tirones se hicieron más fuertes cuando su gemido vibró entre ellos. Era impotente para el vampiro en él. El suyo estaba perforando en ella, ruidos fuertes disparando a través de la habitación, hasta que se dio cuenta de que gruñidos provenían de él.

Su sensual atracción en su garganta hizo que sus músculos se revolvieran y sus caderas se sacudieran contra ella. El calor se enroscó en su abdomen, pero antes de que pudiera venir, se obligó a quedarse quieto... Y ella se apartó.

*No, maldita sea, no lo hagas detener.* Lo anhelaba, que ella tomara más de él, que tomara todo de él. No lo entendía, carajo, apenas entendía nada de ella, pero por primera vez, no era como si se estuviera ahogando... En cambio, se estaba levantando. Todo lo que importaba era ella.

—¡No! ¡Prisa! Date prisa, date prisa, más, por favor —jadeó ella y él no pudo detenerse si lo intentaba. La tomó con toda la fuerza que poseía, hasta que ella se aferró a sus brazos, la cabecera se agrietó y —gritó débilmente, apretándose a su alrededor con una fuerza que lo llevó con ella.

Ian vino violentamente, bombeando dentro de ella cuando un sonido profundo arrancó de su garganta y su visión brilló en un blanco peligroso. Todo su cuerpo vibró con él, una y otra vez

hasta que su mente se sobrecargó, sus brazos la empujaron contra él, prácticamente rogando por la sensación de su cuerpo más suave y más pequeño dependiendo del suyo.

Dependiendo de eso para traerlo de vuelta, otro error minucioso.

Su aroma cortó su neblina, volviéndose mucho más potente con sus orgasmos. Se mordió la lengua, gimiendo por el hambre, tan feroz, vistiendo lo que quedaba de su cordura mientras se alejaba, y metiendo la cara en una almohada que olía tanto a ella. Por supuesto. Tenía que irse para alejarse de ella.

—¿Ian...? —ella se levantó, trepando más cerca para que él retrocediera automáticamente. Diosa, la hembra realmente no tenía autoconservación.

—¡Aléjate! Alejarse de mí. —Instantáneamente se arrepintió de las palabras, porque ella se encogió, los ojos se oscurecieron. Le tomó todo lo que tenía para ponerse las pieles y ponerse las botas, reconociendo que su camisa colgaba de la cabecera inclinada. Manera de cerrar.

Al diablo con la camisa, pensó mientras el dolor lo recorría, casi hundiéndolo.

—Estoy... follando-dejando. No puedo... —rodando los hombros, tomó un frasco de morfina de la cómoda, logrando mantener el control, lo que lamentablemente no era mucho control ya que ya se estaba volviendo extremadamente mareado. Llenó la jeringa una vez más, acercándose rápidamente a ella porque, con suerte, fue la última vez esa noche, deteniendo el flujo de aire.

—Dónde están...? Por favor, solo llévame contigo... ¡No estoy tomando más drogas! El motín en su tono era prácticamente tangible. Supongo que estamos haciendo esto de la manera difícil, pensó, demasiado desconectado de sus sentimientos para preocuparse cuando su mano le rodeó la parte superior del brazo.

Y Beth siendo Beth golpeó, luchando contra él y en el proceso, casi pateando la jeringa. Diosa, ¿no lo entendió? Estaba tratando de salvarla. La alarma casi estalló en su pecho cuando ella se desplomó, inconsciente, hasta que se dio cuenta de que se estaba transformando. Pero, ¿ella tampoco tenía un regalo...?

Guardando el pensamiento para su posterior inspección, hizo que su foco principal alimentara su vena con la droga para que ella se quedara dormida, bien y por mucho tiempo porque sabía que habría un infierno que pagar cuando despertara.

Después, él la miró, duro y deseándola de nuevo. Nunca había anhelado otra como la había hecho en su vida. Se estaba carcomiendo con él, siendo tan débil, abriéndole la mente a la idea de dejar que otra cosa, posiblemente mejor, entrara en su... Antes de que pudiera terminar, lo destrozó mentalmente, luego lo arrojó a un pozo de lava.

Solo era sexo. Sexo caliente y alucinante que no había significado... Inhaló bruscamente. Había significado algo. Nunca lo negaría. Pero no importaba, él no estaba unido a ella... Ella era como cualquier mujer con la que se había acostado, excepto que sería mucho menos significativo con cualquier mujer.

Sí, lo sería, y eso fue todo lo que imaginó al salir de la habitación. Sangre y sexo. De alguien que no era Elizabeth Aeluis.

Alguien con quien no tenía que cuidarse porque realmente sentía algo más que aburrimiento y exasperación.

*Alguien a quien no temo...*

## Capítulo seis

Beth estaba flotando. Excepto cuando se despertó, su cuerpo estaba frío y entumecido. Estaba zumbada, completamente saciada mientras estiraba sus doloridas extremidades, ni siquiera un poco atontada. Entonces recordó lo que había sucedido horas antes.

Algo amargo e inoportuno se apoderó de ella y se instaló en su pecho.

Ella realmente debería haber visto venir esto. De todos, ella sabía cómo era Ian Derik. No buscaba sentimientos ni amor, buscaba sexo. Simple y sin corazón, una combinación enferma que hicieron. Y la peor parte, ella ni siquiera podía llamarse desalmada, solo simple, mientras que él podía llamarse a sí mismo un Dios con un corazón negro.

La vergüenza ardía dentro de ella y salió tambaleándose de esa cama horrible y lujosa. Ella no lo estaría esperando cuando volviera. Diablos no de ninguna manera podría enfrentarlo ahora.

Por un segundo, buscó en la habitación desnuda, encontrando su iPhone dejado en el suelo. Gracias a la Diosa, la pantalla se calmó a pesar de estar parcialmente destrozada. Aferrándose a ella, probó el pomo de la puerta más cercana, suspirando cuando la encontró completamente cerrada. Desde fuera. Incluso con su fuerza, no se movió.

Las ilusiones mataron al rehén, pensó con amargura, caminando penosamente hacia la puerta de al lado.

Para su sorpresa, se abrió fácilmente, pero tan rápido como la esperanza se estimuló, desapareció a la vista de un baño, sin ninguna posibilidad de escape. Sin ventanas, sin salidas de aire.

Con un gemido sincero, Beth se volvió hacia su teléfono móvil y hojeó los contactos que no contenían ningún número útil. El número de su padre estaba allí, pero ella no tenía las agallas para contactarlo, además, él debe haber estado enojado más allá de lo creíble para dejarla con Derik de todos modos.

Colocando el teléfono al lado de la bolsa de lona, recogió su ropa desparramada, frunciendo el ceño cuando no pudo localizar su ropa interior... Bien, podría prescindir.

También podría, pensó, cerrando los cerrojos del baño antes de entrar en la ducha de cristal. Ella se tomó su tiempo en el agua, usando de mala gana sus champús y su costosa variedad de jabones. Dios, ¿no podía usar Dove o algo así? Aún así, ella no negó que los jabones olieran de maravilla, pero cerró los pensamientos del traidor porque no, simplemente no.

Aparentemente, su mente la odiaba porque los destellos de la noche anterior la hacían apoyarse en el cristal en busca de apoyo, el dolor entre las piernas evocaba las chispas que había sentido, el placer blanco como el calor.

*¿Por qué?* se preguntó insegura. *¿Por qué era ella la única que lo había sentido?* Le había dado su virtud a un hombre que era demasiado complicado y se negó a pensar que solo había sido sexo. Al menos para ella no había sido...

—Seriamente. —Murmuró, saliendo para secarse la piel con una toalla esponjosa en los gabinetes—. Algo está mal conmigo. —Sin molestarse con su cabello, se vistió con la misma ropa, arriesgándose a mirar su reflejo.

*Oh.* Beth parpadeó hacia la mujer en el espejo. Ella era extrañamente... hermosa. Un vampiro. Su maldito cabello era más oscuro, colgando justo debajo de sus senos para resaltar la tez pálida, pero ahora radiante. Sus cejas oscuras todavía estaban muy separadas, pero ahora se veían proporcionales a su nariz y labios más carnosos.

Se alejó de cualquiera de esos pensamientos, regresó a la habitación y se deslizó hacia las alfombras, evitando la cama rota, que ahora era asimétrica, con el dosel doblado ineptamente a un lado.

El entumecimiento la cubría, el aislamiento en la oscuridad. Segundos, minutos, tal vez pasaron horas mientras ella miraba vagamente sin pensar ni sentir... Apatía.

Inesperadamente, la puerta se abrió y Ian entró. El corazón de Beth se aceleró en su pecho al verlo. Por una fracción de segundo, no se veía tan frío. En cambio, parecía... aturdido, con los rasgos cenicientos, los ojos muy abiertos y sin ver cuando se volvió para cerrar la puerta. No se atrevió a mirar la cama mientras colocaba dos bolsas más en el tocador. Miró esas bolsas, como si hubiera algo interesante allí, y ella notó que los músculos de su espalda se elevaban debajo de su suéter negro, y una fuerte exhalación lo dejó.

Fue entonces cuando el olor espeso de las mujeres cortó el aire. Y ella se dio cuenta. Se dio cuenta de que tenía el poder de lastimarla, el mismo poder que le había dado a Vincent. No, pensó, se negaba a darle su corazón, porque al final, se desangraría por ello.

Lágrimas de sangre inundaron su visión y presionó sus temblorosos labios sobre sus rodillas, esperando que si se quedaba callada, él simplemente desaparecería. De esa manera ella nunca tendría que enfrentarlo, por inmaduro que fuera.

Sus pasos fueron fuertes golpes mientras miraba fugazmente la cama, pero con la misma rapidez, desvió la mirada. Ella cerró la suya con fuerza, sintiendo el momento exacto en que su mirada cayó sobre ella.

—¿Que te diviertas? —La pregunta agria se le escapó antes de que pudiera detenerla.

El silencio fue su única respuesta. Ella sacudió la cabeza con una burla, mordiéndose las uñas en los tobillos, manteniendo las piernas pegadas al pecho en caso de que sus pulmones colapsaron.

—Necesito darme una ducha. Solo... toca si me necesitas, cualquier cosa. Su voz era diferente ahora, no cruel, solo... sin vida. Sus pasos sonaron lejanos hasta sus zumbidos y no fue hasta que la puerta se cerró de golpe que Beth se levantó con las piernas tambaleantes, inclinadas en la pared mientras trataba de no pensar en las mujeres con las que había estado.

Por más que lo intentara, todavía podía ver las rubias infames que el ramai decía que él prefería.

*Distracción.* Eso es lo que ella necesitaba. Caminando hacia las bolsas que había traído, encontró ropa de su habitación, junto con su teléfono, computadora portátil e incluso artículos de tocador.

*Gracias a la dulce diosa,* pensó, inmediatamente agarrando su teléfono. Sin embargo, antes de hacer algo con eso, se cambió de ropa y se recogió el cabello en una cola de caballo desordenada antes de ponerse unos pitillos sueltos, un cuello de tortuga blanco y botas de nieve negras.

Después, marcó el único número que podía pensar también. Un anillo después, su voz segura inundó sus oídos. —Beth, nunca llamaste. ¿Todo bien?

Su garganta se apretó. —Hay algo... mal, Vince. —Un motor zumbó antes de volver a hablar, esta vez la agitación teñía su tono.

—¿Que pasó? —*Todo. Nada.*

—Solo... tengo que alejarme... —fue apenas un susurro.

—Cálmate, amor. Estás bien. Iré por ti ¿Solo dime dónde estás? Buena pregunta.

—No lo sé —murmuró incrédula—. No lo sé...

—Beth, dime qué pasa antes de que consiga los rastreadores. ¿Fue tu padre? Lo juro por Dios, si te lastimó... La amenaza era real. Beth se estremeció al pensar en su padre y Vincent yendo a ello.

Justo cuando abrió la boca para decirle lo contrario, le quitaron el teléfono y se congeló, con los ojos muy abiertos.

Su voz era mortalmente tranquila. —Adiós, Vince. —La llamada terminó y comenzó a caminar por la habitación.

—No puedo quedarme aquí —le dijo con naturalidad. Eso lo detuvo. Finalmente se dio la vuelta, para encontrarlo tirando de otra camisa sobre su torso escupido, los pantalones vaqueros colgaban bajos en sus caderas, y las botas reemplazadas por zapatillas... Conversa. De esta manera, se veía mucho más joven.

Con la boca seca, el vientre apretado y en ese momento, realmente se odiaba a sí misma. Cómo aún podía querer que lo supiera... Su voz cortó la dirección de sus pensamientos.

—Beth... —el mismo tono bajo. Por primera vez notó lo distante que se veía. Lástima, de nuevo?

—No te atrevas —comenzó, el horror coloreando su tono—. ¡No te atrevas a sentir lástima por mí! —Sus manos se apretaron, queriendo arrojarle algo pesado sobre él. Para hacerle sentir el dolor.

Bajó la cabeza y se frotó el cuello con la mano mientras respiraba hondo. No le importó escuchar sus siguientes palabras.

—¡Me voy! —Con eso, prácticamente se lanzó hacia la puerta, agarrándose al pomo de la puerta para liberar las cerraduras. Usando toda su fuerza, ella giró, giró, se sacudió, ¡pero no fue suficiente!

—Elizabeth, para. No te vas a ir. Su voz estaba cerca, demasiado cerca. La hizo querer atacarlo. Algo profundo y aterrador amenazaba con romperse dentro de ella.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejas ir? ¿No te has divertido lo suficiente? No puedo soportarlo aquí. ¡No puedo soportar estar cerca de ti! Las palabras eran venenosas, destinadas a doler.

Y cuando él no respondió, su frustración aumentó. Girando sobre sus talones, vio que había decidido ponerse cómodo en el sofá de dos plazas al otro lado de la habitación, con las piernas abiertas, los hombros encorvados y la cabeza inclinada mientras se frotaba bruscamente los ojos.

Podía ver esos mismos dedos largos complaciendo a otras mujeres, como él lo había hecho con ella. Su boca sobre su piel. Se le erizó la piel.

¿Te molestaste en obtener su nombre? ¿O había más de uno? ¿Cuántos, Ian? Sin respuesta. —Diosa, ¿cuántos jodidos? —De repente, la furia se drenó, dejándola fría, con los brazos abrazando su pecho en un intento de no sentirse tan atrapada.

—No desea saber la respuesta. —Ardientes lágrimas rojas corrieron a sus ojos, engañándola mientras rezumaban por sus mejillas sonrojadas.

—¿Significaron algo? ¿Hice?

Hubo un cambio y luego él estaba directamente frente a ella, de rodillas con la mano izquierda sobre el corazón. —Detente... Detente. No significaban nada. Nada. Solo detente, no llores... Apresuradamente, se los secó, sabiendo que él solo le estaba diciendo eso para que ella dejara de ser tan bebé.

Aun así, llegaron algunos más, pero él los apartó con manos gentiles, ignorando cómo ella se estremeció bajo el toque. Beth, Beth, nunca fue tuyo y tú lo has sabido.

Ella escuchó a su consciente, alejándose para inspeccionar la habitación pero evitando la cama. —¿Dónde estamos?

Se levantó rígidamente, creando más distancia. —Casa de pueblo —respondió rotundamente.

*Ah, entonces él regresa.* Afortunadamente, también lo hizo su filtro emocional, que estaba en funcionamiento, ocultando el dolor para más tarde, cuando estaba sola.

—¿Por qué?

El se encogió de hombros. —Tu madre se ocupó de su necesidad y tu padre la está cuidando. Te habría llevado de regreso a la mansión, pero dos mujeres en la misma casa bajo tales condiciones... —su boca se convirtió en una delgada línea de horror mientras metía las manos en los bolsillos.

—Oh... —Hubo una pausa incómoda antes, "¿Cuánto tiempo estoy como rehén aquí entonces? Yo también tengo una vida, ya sabes...

—Dos días.

Se cruzó de brazos otra vez, haciendo una mueca. —¿Y qué se supone que debemos hacer aquí por dos días?

Ian le lanzó una mirada cautelosa. —¿Supongo que no te quedarás? —Sí claro.

Ella resopló.

Su mandíbula se apretó cuando escuchó una respuesta. —Multa. Por ahora, voy a ponerme al día con mi descanso. La puerta está abierta y hay alrededor de cinco pisos, por lo que puede ver las habitaciones. No me importa, simplemente no hables con nadie ni salgas de las instalaciones. Pruébalo y serás castigado. —El doble significado de esa amenaza le recorrió la espalda con fuerza, pero ella simplemente rodó los ojos.

—¿Algo más, padre? —Sus ojos brillaron, la boca parecía suavizarse en una media sonrisa.

Mantente fuera de aquí hasta que yo venga por ti. Y tampoco molestes a mis guardias.

Beth asintió, cogió su teléfono de la mesita de noche y se dirigió hacia la puerta. Ahora se abría fácilmente, por supuesto, saludándola con un amplio vestíbulo iluminado.

Era elegante, tanto que le recordaba la decoración de su madre. Ella contuvo el aliento y asomó la cabeza hacia la izquierda.

*Whoa* Sí, ella estaría preocupada por un tiempo.

## Capítulo Siete

*Ian luchaba por respirar, la visión se desvanecía en los bordes, la longitud de su pequeño cuerpo temblaba incontrolablemente. Estaba completamente negro a su alrededor. No podía ver nada, pero lo sabía todo. Sabía que la extensión diminuta de su tenencia de la infancia era acercarse a él. El embriagador olor a moho húmedo y cadenas oxidadas invaden sus fosas nasales. Los pasos pesados y la mecánica similar al peso rebotaban en las cuerdas de su cordura.*

*Era inevitable, se iba a ahogar. Solo, débil y sin valor.*

*—N-no —murmuró con fuerza, con las manos sobre sus orejas sonoras—. ¡No!*

*Nadie escucharía Nunca lo hicieron.*

*Y los pasos no cesaron, continuaron hacia adelante, más y más cerca hasta que se acurrucó sobre sí mismo, rezando en silencio a cualquier Dios o Diosa que lo escuchara, para tenerlo más fuerte. Tenerlo como un hombre lo suficientemente digno. Pero aparentemente siempre lo habían detestado, porque no se hizo más fuerte, no se hizo más digno, y una mano grande se enroscó alrededor de su hombro sobresaliente, la otra en su cabello enmarañado.*

*Estaba entrenado mejor que para hacer un sonido, pero Diosa, todo su cuerpo estaba lleno de dolor. Estaba muy hambriento... Estaba cansado... Estaba sucio... Peor aún, estaba avergonzado. —Por favor —las palabras lo asquearon, pero no pudo guardar silencio—. Te lo ruego, padre, p... —la mano en su cabello se tensó, arrastrándolo a una posición donde todo giraba a su alrededor. Había dos de su padre, y eso lo aterrorizó más que la idea de la muerte.*

*... Algo cálido se abrió paso por la piel de su garganta, tan cálido y acogedor que cerró los ojos y se inclinó hacia él. En ese instante, el calor se volvió abrasador, la punta afilada de una especie de aguja que se deslizaba sobre su clavícula y un grito, a diferencia de cualquier otro que había dado, atravesó el aire negro. Era como si el ácido se estuviera fusionando en su torrente sanguíneo. Fue... fue...*

*—Ian! —Con una sacudida, Ian siseó fuera de la memoria, luchando por escapar de la voz áspera. Su visión no se enfocaría, pero podía distinguir la figura de Nick, agachándose a su lado. Entonces se dio cuenta de su entorno y descubrió que estaba de rodillas, inclinándose hacia adelante, hacia las aguas profundas de las piscinas. Inmediatamente, se encogió hacia atrás, cerrando los ojos con terror.*

*—¿Hay algo que pueda hacer, hijo? —Su tono era su tenor natural, suave y paciente. Si hubiera estado más en sintonía consigo mismo, simplemente se habría encogido de hombros, pero este era Nick, el único consuelo que había tenido hasta ahora... Nick que lo amaba de una manera enferma y retorcida.*

*—Termina con esto, por favor —susurró, sus ojos picaban extrañamente—. No me hagas continuar así, mi señor. Toma mi vida, te pido esto. El otro hombre permaneció en silencio por un tiempo prolongado.*

*—Me preguntas eso por qué? —Ian forzó a sus ojos a abrirse y se encontró con el intenso azul de Nick.*

—Nicholas, mírame. Tengo uno y veinte años y aún no he encontrado lo que valgo. —*Extendió los brazos para inspección, evitando su aspecto: mortalmente flaco por la falta de comida y pálido como el pecado—. Es como si fuera una mujer. ¿Cómo voy a encontrar mi irryn con mi aspecto? Dio una risa amarga—. No soy nada.*

*El otro sonrió, como si fuera divertido. Y tal vez, para él, lo era. —Yo digo lo contrario, Ian. Todavía tienes que encontrar tu fuerza, no tu valor, hijo. Demonios, hace un siglo yo era muy parecido. ¿Soy inútil? Yo creo que no. En verdad, llegarás allí.*

*Ian sacudió la cabeza débilmente. —No deseo vivir más... —Fue entonces, el oscuro secreto que había guardado dentro desde que podía recordar.*

*Nick suspiró profundamente, abriendo la boca para negar lo que era dolorosamente cierto cuando una mujer bajaba las escaleras. A la tenue luz, los ojos de Ian se abrieron al verla.*

*Ella era asombrosa. No era como si Ian la quisiera, para nada, pero había algo que animaba desde el núcleo de ella, la forma del alma, pura y generosa, lo que un hombre buscaba hasta la muerte. Él no podía dejar de mirar, incluso cuando ella se acercaba con pasos fáciles, sonriendo increíblemente a Nick, que de repente estaba en una posición.*

*—Verona —el hombre habló en voz baja, más suave que él incluso con Ian.*

*La hembra, Verona, se detuvo al lado de Nick, tomando su cabello oscuro en una mano, aparentemente enferma de repente. Ian tragó saliva, pero logró ponerse de pie, apenas evitando balancearse una vez que hizo una reverencia respectivamente.*

*—Es un placer mi señora. —Fue el más sincero de los saludos que había dado.*

*La mujer miró a Nick con preguntas en sus ojos oscuros. —Del mismo modo, mi señor. —Ian no sabía cómo responder a las mismas palabras sinceras...*

*Ella continuó con facilidad. —No era mi intención molestar, mis señores, pero pediría su presencia en medio de la cena. —Ian se estremeció, preparado para declinar porque no había esperanza en él incluso para tragar otra comida cuando Nick agregó sin prestarle atención, "Habrá budín de postre, si no tienes hambre Ian..."*

*Su garganta se apretó y tuvo la clara sensación de que podría llorar si no supiera cómo actuar ahora. Por supuesto, Nicholas sabría exactamente qué decir cuando no pudiera, por supuesto, Nicholas no lo haría parecer menos masculino porque Nicholas estaba, desde el principio, siempre sincronizado con él.*

*Él asintió y Verona mostró una sonrisa brillante antes de excusarse. Cuando ella se perdió de vista, Ian inclinó la cabeza; las palabras cayeron de sus labios en un suspiro. —Gracias...*

*El hombre más grande dio un paso adelante, pero Ian no hizo ningún movimiento, incluso cuando presionó firmemente sus labios contra el largo cabello de Ian, una declaración silenciosa de lealtad. —Te veo en la cena, hijo.*

*El recuerdo comenzó a desmoronarse por la fuerza de la conciencia cuando los ojos de Ian se abrieron de golpe. Lentamente, se miró a sí mismo, casi temeroso de encontrarse en esa misma figura, pero no, su cuerpo era tan delgado como lo había sido en los últimos treinta años.*

*El niño ya no estaba, pero el recuerdo estaba allí para siempre. Se maldijo por eso, por mantener con él los asuntos sin sentido. No era como si pudiera cambiarlos.*

*La culpa se instaló en su pecho porque no había explicación para sus acciones... o lo que sea que estaba haciendo más difícil respirar cada vez que pensaba en Beth. Mientras su cuerpo se relajaba, gimió, estaba claro cómo podría haber sucedido esto. Cómo podría haber sido fácilmente cautivado por alguien tan puro como Beth, especialmente cuando su madre era la que él esperaba encontrar cuando era adolescente.*

Excepto que los dos no se parecían en otro sentido. Verona era lo que se esperaba del ramai. Ella no habló fuera de turno, no tenía la chispa de lucha como Beth... Y de alguna manera, Ian descubrió que esa era la razón por la cual Beth era mucho más especial.

—Basta —gruñó con los dientes apretados.

Pero ella estaba en todas partes, sobre su piel, la habitación, y sí, estaba pensando en eso otra vez. Es hora de ir a buscar, hacer algo, porque demonios, él no iba a buscarla. Si se encontraba con ella, entonces estaba bien, pero no iba a rastrear su aroma. Incluso mientras se decía esto, respiró esa esencia en sus pulmones, elevándose en un movimiento fluido.

La comodidad de estar solo de repente no parecía del todo cómoda cuando volvió a poner a los Converse, haciendo una mueca por su sensación de soltura, pero ignorando que se escapó demasiado de la habitación. Afuera, comenzó a girar hacia la izquierda, completamente perdido por el olor que lo impulsaba en su dirección.

Intentó mantener un ritmo lánguido, demasiado contento con quedarse en las sombras, pero a medida que se acercaba a la entrada de la biblioteca, el miedo sofocó el aire. Un chillido espeluznante cortó el misterioso silencio.

-0- ~~~

Beth sonrió suavemente, pasando los dedos por las espinas de cuero de los escritos aparentemente antiguos. Para gran frustración de su madre, por el tiempo que podía recordar, siempre se había aliviado con los torbellinos de la vida, favoreciendo enfrentar sus peligros en lugar de sentarse y observar cómo la pasaban. Y después de muchos años de su infancia, había llegado a aceptar que nunca encajaría con otras mujeres. No deseaba adular a los hombres en silencio, chismear sobre otras chicas o cualquier otra cosa sin sentido. Lo más importante, no deseaba permitir que los hombres pelearan por ella cuando era capaz de luchar por sí misma.

Beth pertenecía al mundo exterior, solo necesitaba abandonar los confines de su sociedad racial. Se había prometido a sí misma después de su transición que lo haría. Solo necesitaba tiempo para llegar allí, para dejarla ir.

Con una respiración profunda, comenzó a bajar los últimos estantes de libros, con los ojos vagando por sus títulos. Fue entonces cuando lo vio. La última columna: fácilmente distinguible por las espinas gemadas eran los Escrituras del Consejo, donde las vidas de los líderes estaban espiritualmente documentadas desde el otro lado.

Beth comenzó a masticar nerviosamente sus labios, apenas sintiendo la picadura de la luz cuando sus colmillos perforaron la carne. No, pensó con fuerza, ni siquiera iba a pensar en tocar esos libros. Estaba mal, una invasión completa de la privacidad que no haría nada más que...

Ella no podía mirar hacia otro lado. Era como estar obligado, impulsado por algo más allá de ella. Los libros estaban... llamándola. Las palabras comenzaron a aumentar: —nada más que un aliento... —aterrorizado por... —sin valor...

No había pensamientos propios cuando su cuerpo comenzó a temblar, los pulmones se contrajeron con pánico y tanta... agonía. Se desvaneció dentro y fuera de la oscuridad, aturdida por las imágenes turbias y borrosas a su alrededor. Todos eran dolores desordenados de diferentes colores girando alrededor de su visión.

Sintió calor, le quemó todo el cuerpo. Luego se enfrió... demasiado frío, mucho frío. Débilmente, podía sentir su cuerpo acurrucarse en la alfombra, pero su cabeza se balanceaba y se

sentía tan extraña, quemándose. Subía y bajaba por su cuerpo, empujándola dentro y fuera de un... pasado que no era el suyo.

—*¿Ves, Ian?* —una voz siseó en su oído... o en su cabeza... no podía decirlo pero podía distinguir a un hombre, agazapado junto a su cuerpo. Era él otra vez. De alguna manera ella conocía a este hombre, este hombre a quien temía con todo en ella. Sus ojos brillaban algo malvado y ella sabía, ella sabía con todo en ella que este hombre había sido el que la había lastimado. Este hombre todavía anhelaba. —Eres incapaz de sobrevivir aunque sea un poco de dolor. ¿Cómo vas a pelear, muchacho? ¿Cómo vas a sobrevivir?

Un grito horrible sonó en su cabeza, pero se las arregló para pensar por encima hasta que todo quedó en silencio una vez más. —Puedo hacerlo mejor padre, en verdad, lo juro. —La voz no era la suya. Era pequeña, la voz de un niño.

Beth trató de salir, pero el libro ya la había agarrado por completo. No había nada que la salvara de esto.

—*No estoy seguro si debo creerte a partir de ahora, Ian* —*reflexionó con frialdad*—. *Eres un desastre en ti mismo.*

*Negación. Negación. Negación.* —*No maestro, yo soy simplemente... soy...*

—*Usted está débil* —le escupió.

—*No* —ella estaba frenética y débil al mismo tiempo. —Juro que... —las palabras se cortaron porque la cabeza de Beth explotó con un dolor tan profundo que ni siquiera notó que el golpe la había arrojado a través de la pequeña habitación (¿sótano?). Su cabeza latía y palpitaba mientras chillidos ahogados nublaban cualquier realidad que le quedara.

A través del tormento, todo lo que podía pensar era Ian... Ian, Ian, Ian. Era un mantra de su dolor. Ella nunca se detuvo. No hasta que el calor, a diferencia de la angustia fría y ardiente, la envolvió en un fuerte agarre. El olor a colonia y hombre se asentó sobre el hedor de la mugre.

*Ian, Ian, Ian...*—Cristo... Beth... no... —La voz era áspera, mezclada con pánico. A Beth no le gustó eso en absoluto, no, la voz que conocía demasiado bien nunca se suponía que debía ser. Sus pensamientos cambiaron con el petulante conocimiento de que no podía hacer nada al respecto. Ni siquiera podía evitarlo. Ian, Ian, Ian.

De repente, el calor comenzó a desvanecerse y la necesidad, tan fuerte, desgarró el dolor por un segundo. Su cuerpo pesaba tanto que le tomó todo lo que tenía para acercarse al calor sólido, tan concreto a lo largo de sus curvas y huecos.

De esta manera, ella podría tratar, siempre y cuando él no la dejara. —*Está... está bien, bebé...* —los brazos la envolvieron en el calor y pensó que hacía un pequeño ruido feliz porque, a pesar del dolor, estaba completamente feliz allí. Pertenece a esos brazos, y eso era todo de lo que estaba segura hasta cierto punto. —Solo... no... —estática bloqueó el resto. —Solo... estar bien...

Ella prometió ciegamente, esperando tranquilizarlo. Ian, Ian, Ian. La oscuridad, la oscuridad continuó extendiéndose, una y otra vez. Beth podía sentirlo todo sobre ella, durante tanto tiempo se desvaneció dentro y fuera de la conciencia.

Pero la voz ronca ayudó. Le habló todo el tiempo en una lengua que solo podía reconocer como el Axvem. Ella no escuchó las palabras, solo el tono tan suave y masculino que alejó el dolor hasta que pudo sentirse de nuevo. Sus dedos fueron los primeros y golpeó ligeramente cada palabra, creando un ritmo que no hizo ningún esfuerzo por mantener, hasta el agotamiento.

Beth no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que pudo sentir el líquido, más espeso que las lágrimas reales, deslizarse silenciosamente por su rostro. El dolor salió inesperadamente, lo suficientemente rápido como para no poder comprenderlo, en cambio lloró más fuerte,

prácticamente aplastándose al calor, temerosa de que su temblor también lo hiciera desaparecer. Ella no podía manejar eso. Involuntariamente, sus brazos se cerraron sobre sus anchos hombros; la cara enterrada en la pendiente de su garganta, dando la bienvenida al fuego en su garganta por el rico aroma, nada como la otra quemadura. Mucho mejor.

Sus brazos se sentían como cierres de hierro asegurados a su cintura, manteniéndola imposiblemente más cerca y todo el tiempo, ella mantuvo sus ojos bien cerrados, aterrorizada de que el dolor también volviera. Cerca. Necesitaba estar más cerca, pensó, envolviendo sus piernas alrededor de él e inhalando profundamente ese aroma. Ian, Ian, Ian.

—Estoy aquí, bebé. Y lo siento... Entonces, lo siento mucho. —Soltó un gemido inútil, demasiado desafinada para molestarse en preguntarle por qué se estaba disculpando... Diosa, el dolor... Su dolor. Había tenido que vivir eso... No, Diosa, no.

—I-Ian... —ella respiró entrecortadamente, moviéndose un poco hacia atrás para rozar suavemente sus labios contra su apretada mandíbula.

*Mucho dolor...* —Adelante... bebe —instó suavemente, pero eso no era lo que ella buscaba. Ella sacudió la cabeza, arrastrando besos ligeros por su garganta, pero nunca rompiendo la piel, simplemente respirándolo, tratando de desangrarla en su cicatriz líder, para hacerle entender.

¿Entender qué? Ella no tenía idea de sí misma, pero por ahora, Beth solo necesitaba el apoyo fácil de su presencia, sintiendo que él necesitaba lo mismo. Ella lo dio libremente, rozando sus facciones impecables con sus labios y sus dedos hasta que sus ojos se cerraron y él estaba completamente relajado a su alrededor. Luego, dejó que el agotamiento anulara su miseria, acariciando su garganta y relajándose.

Beth no entendía su vida en absoluto, pero por el momento, con el hombre más imposible y fuerte acunándola cerca, a ella tampoco le importaba.

## Capítulo ocho

En un apuro, los sentidos de Beth volvieron a ella. El ambiente era cálido. Muy cálido. Incómodamente cálido. Su garganta estaba en llamas, ardiendo, anhelando la fragancia constante que parecía incrustada en su memoria. Se dio cuenta, por el material retorcido en sus piernas y el cómodo colchón debajo de ella, ella estaba en una cama, su cama.

Al principio, sus ojos se abrieron de golpe, fijándose en el techo alto estirado sobre ella. La oscuridad no era oscuridad en absoluto, sino una gran claridad, sin ninguna amenaza para ella ahora. Aquí es donde pertenezco ahora. La comprensión, por extraño que parezca, la dejó en paz, escondida.

Excepto los recuerdos de la noche anterior, o en algún momento anterior, la cubrió con un balde de agua helada, burlonamente maliciosa. El dolor, oh ese dolor, la pérdida, Ian, Ian, Ian, cuya presencia sentía que era necesaria para funcionar sin volverse loca de miedo. Y él estaba allí. Estaba extrañamente sintonizada con la forma en que el miedo acechaba en lugar de ser atacada, domesticada por él. Solo para él.

El latido de su corazón era un golpe insistente que la delataba, pero ella fácilmente lo ignoró, asomándose por las pestañas. Con una visión aguda, ella lo distinguió instantáneamente: un músculo largo y delgado estirado a su lado, los hombros tensos, los dedos tocando sus muslos duros mientras él miraba hacia el techo como ella, con la cara impasible.

Ella dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo, sintiendo que su corazón se hundía en una hibernación lenta y comprensiva.

—¿Como te sientes? —Su tono era dolorosamente plano.

—¿Estás... no estás enojado conmigo? —ella respiró, consternada por lo miserable que sonaba, incluso para sus propios oídos.

*Silencio.* Los minutos se alargaron, él miraba fijamente el techo, como si buscara la respuesta allí. Beth tragó saliva alrededor de la quemadura, apretando las cobijas alrededor de su cuerpo conscientemente, habiendo notado lo desnuda que estaba, solo con una camiseta sin mangas y bragas. Aparentemente sorprendido por el movimiento, su cabeza giró en su dirección y su corazón podría haber caído en picado pasando sus costillas y su vientre. Sus ojos picaban con la amenaza de las lágrimas.

*Realmente lo he hecho esta vez, ¿no?*

El hombre que había llegado a conocer estaba... perdido, con ojos esmeraldas casi infantiles en su incertidumbre, su inquietud. Al instante, ella detestaba esa mirada. No pertenecía a un guerrero como Ian. Estaba demasiado... abierto. —¿Debería estarlo? —Si. —Quiero ser. Por desgracia, no sé qué sentir... Sus labios se inclinaron en una media sonrisa vacía. —Dime, Elizabeth, ¿cómo se supone que debo sentirme? He dejado de intentarlo.

*¿Qué...? Renunciado a... ¿intentarlo? ¿Sentir? Pero no.*

La visión de Beth mostró un carmesí prohibitivo. Sin embargo, no fue por las lágrimas esta vez. La ira convirtió su sangre en fuego fundido, extendiendo una llamarada viciosa por todo su cuerpo. Su mente comenzó a mil millas por segundo.

Un impulso desconocido estalló en lo profundo de su cuerpo, que respondió instantáneamente en defensa, a horcajadas sobre su pecho. Se inclinó hacia adelante con el mismo movimiento, de modo que su cabello era una gruesa máscara alrededor de ellos. Con solo una pulgada separándolos, ella sostuvo su mirada sin vacilar, hipnotizada por la masculinidad pura de él, encendida por las motas rojas en el verde de sus iris.

Él fue afectado por ella. Una parte de ella estaba absorta por sus sutiles reacciones. La forma en que sus músculos se flexionaron y tensaron debajo de ella, la forma en que sus pupilas se dilataron, o su respiración se volvió superficial... Su cuerpo la quería, ahora ¿por qué no podía? No fue justo.

*Esta noche*, alguna parte sin nombre de su pensamiento ferozmente, él me va a sentir, para darse cuenta de que soy para él. Precipitadamente sus manos se apretaron en su cabello, tirando de las sedosas gradas, sin importarle que su gemido de respuesta fuera de dolor, sin importarle que su respiración ahora fuera más rápida por el pánico, sin importarle un bledo. —No te atrevas — gruñó, perdida por el fermento—. No te atrevas a dejarme enfrentar esto sola. Eres mi hombre, Derik. No tienes permitido renunciar a mí. ¡No tienes permitido abandonar a tu hembra!

Y no importaba que él no fuera suyo, porque ella era suya. En el transcurso de unas pocas semanas, había destruido por completo cada muro que ella había construido sin siquiera darse cuenta y ella estaba tan... traicionada por eso. Prácticamente brotaba de su alma, el miedo demasiado familiar de ser herido, dañado, tan severamente.

Sus ojos reflejaban ese dolor, como si de alguna manera pudiera sentirlo él mismo. Su agarre se aflojó cuando sus ojos se cerraron. —Tengo miedo... Entonces, mucho miedo. No... se enoje conmigo, incluso vicioso. —Luego, ella respiró entrecortadamente—. Protégeme Ian... te necesito.

Hubo un gruñido carnal antes de que sus labios reclamaran los de ella, implacable hasta que, con un jadeo, ella se abrió para él. —Sí —susurró contra su boca, con los dedos rizados en su cabello—. Estar enojado, odiarme. Solo no me dejes... a mí.

Él se apartó una fracción de ella, descubrió sus colmillos y dejó escapar un siseo, sus ojos brillaban peligrosamente. Posesión: la emoción surgió del hombre y la afectó por completo. Embujada, un escalofrío le recorrió la columna y le empezó a doler la piel, consciente de dónde pertenecían esos puntos punzantes.

A una velocidad inhumana, se sentó y la jaló con él para que se sentara firmemente en su regazo. Una de sus manos se aferró a la base de su cuello, la otra apretó sus caderas contra él, donde su erección se tensó, una gruesa cuerda en su vientre. Su cabeza cayó hacia atrás y dejó escapar un gemido lastimosamente necesitado.

—Me encanta ese sonido —dijo, acarició su cuello para que sintiera un suave rasguño. Sus colmillos, pensó antes de frotarse contra sus muslos y empujar sus senos hasta su pecho—. Hazlo por mí otra vez, Elizabeth.

*¡De ninguna manera!*

Ella sacudió la cabeza salvajemente, pero luego su boca, Diosa todopoderosa, hizo lo que hizo con su boca. Él chupó con dureza, burlándose de ella con su lengua inteligente y un gemido impotente cayó sobre sus labios abiertos.

Él se rio oscuramente. —Siempre obedecerás, ¿no?

Para él, tal vez, otro beso deliberado, con la boca abierta, definitivamente. —Nunca... 'ganes...

—Mmm. Correcto. —Tenía toda la intención de decirlo con boca inteligente, pero luego sus manos comenzaron a viajar por sus costados, dedos seguros muy cerca de sus doloridos senos.

—Tócame.

—Necesitados, ¿verdad? —tarareó, con la boca pegada con hambre a su mandíbula. Diosa si! Pero en lugar de tocar sus senos descuidados, él comenzó hacia el sur, sobre su caja torácica.

—Para ti, siempre —respondió ella dulcemente, retrayendo una mano de su cabello. Lo colocó sobre el más grande, para arrastrarlo en la dirección correcta. Lo permitió, solo apartándose para mirarla, con los ojos brillantes de pura y salvaje necesidad.

Ante la mirada, feroces chispas alucinantes se encendieron sobre su cuerpo privado, algo se derritió entre sus piernas y sus colmillos se retrajeron. Por fin, los dedos rozaron los costados de sus senos, antes de que dos se aferraran a las puntas que sobresalían y... sonó un teléfono.

Durante un brumoso milisegundo, Beth se aplastó sobre sus muslos duros, enloquecida por la... otra, horrible estridencia la detuvo por completo.

Todo el cuerpo de Ian se estremeció debajo de ella. —Beth. —Era crudo, incluso desesperado.

Ella lo abrazó imposiblemente más cerca, reflejando su desesperación. —Ignóralo —suplicó, retorciéndose en su regazo, probándolos a ambos, aunque ya sabía que era inútil, este era Ian, su hombre siempre tan obligado.

—No puedo —él mordió—. Podría ser crítico. —Y como guerrero, no podía arriesgar esa oportunidad.

Exhalando inestablemente, rodó hacia un lado, con las palmas de las manos sobre los ojos en un intento de calmarse. Después de unos segundos, la habitación se quedó quieta, incluso Ian se quedó quieto a su lado.

Ligeramente molesta, pero más curiosa, levantó las manos para encontrarlo mirándola, todo músculo e intensidad enrollados. El delicioso calor de él continuó en espiral a través de ella.

El estúpido y malvado pedazo de basura del teléfono dio otro grito impaciente. Antes de que ella pudiera siquiera parpadear, él estaba al otro lado de la habitación. La distancia se agitó dentro de ella, el miedo arrastrándose más cerca de la superficie.

*Él podría dejarme...*

Beth apretó los dientes al pensarlo.

*No. No lo haría. Así no.*

—Derik —respondió. Pero cualquier diminuta esperanza de que Ian se quedara se desvaneció ante su tono contenido.

∞∞∞∞

Ian caminó por la habitación, prisionero de más de las cuatro paredes mientras intentaba trabajar desde el borde del edificio. La quemadura se había extendido sobre todos sus músculos, su piel erguida en esa forma estirada que le picaba tanto que sintió la tentación de restregársela con las uñas desnudas y su mano tembló incontrolablemente mientras se la pasaba por el cabello rebelde.

Tenía que alejarse del olor de su excitación, una pequeña provocación tan agonizante. El conocimiento de que podía llevársela ahora, porque ella lo había dejado, infectado en cada sección de su cerebro, como parásitos para un humano. Y débil como estaba de repente por esta pequeña niña, se negó a abandonarla al dolor que podría arruinar su alma, al igual que tenía la suya hace tantos años amargos. Un alma que todavía estaba trabajando para reconstruir.

*Maldita sea todo*, ella era suya para proteger, porque el terror, causado por los tuyos verdaderamente, se extendía en el pálido de sus ojos, porque estaba acurrucada en una bola

apretada en el medio de la cama, deslumbrantemente pequeña, porque, sobre todo, él era más que solo ser testigo de la misma horrible profundidad del trauma.

*Esto fue completamente su culpa. Le había hecho esto a ella con su pasado enfermo y demente.*

No podía dejarla, pero no podía quedarse en la casa. Para acomodar la falta de defensas, su turno se duplicó, lo que significaba que en treinta hasta la puesta del sol, tenía que salir a la calle. Lo que dejó solo dos opciones, ninguna en particular:

—¿Ian...? —Sin que él lo notara, ella se había acercado al borde de la cama, con el cabello oscuro como una cascada debajo de sus senos. Ah demonios...

Se frotó los ojos bruscamente. —Qué.

—¿Estás bien...?

*Joder si lo sé.* —Estoy bien —mintió distraídamente.

—Entonces, ¿por qué estás acechando como un toro enojado...? —La pregunta era suave, coloreada por la alarma. La pregunta, demonios, solo su tono, tomó el control directo sobre sus piernas, traidores, siempre lo fueron, lo que se detuvo. Luego, gradualmente, una vez más sin permiso, se volvió para mirarla.

*Etéreo, deslumbrante, asombroso, asombrosamente* aterrorizado. La vista lo golpeó como una bola de demolición, un ariete en las costillas, que tomó represalias cruelmente, contrayéndose con tanta fuerza alrededor de sus pulmones que luchó por respirar, con un sudor frío sobre su piel.

*No, no Elizabeth, nunca mía.* Incapaz de siquiera considerar una decisión racional y consciente, espetó: —Vístete. —Emoción, aquellos que no creía que tuviera la capacidad de sentir, cobraron vida en sus ojos. Ella no le dio la oportunidad de siquiera cuestionarlo —su decisión sin sentido, si se pudiera llamar así—, tropezando hacia el tocador donde recuperó su bolso para desaparecer en el baño, la puerta se cerró firmemente detrás de ella.

Maldiciéndose a sí mismo, Ian fue a buscar sus duffels, arrojándose sobre un hombro y rastreando hacia la habitación, donde comenzó a prepararse. Minutos después, estaba vestido para cazar, armas pesadas debajo de la ropa, pero aun así, el vacío lo enfrió.

Frenético por deshacerse de él, regresó a la habitación a pie, donde la encontró sentada con las piernas cruzadas en el sofá de cuero. El cambio inicial, más preocupante, su hermoso cabello estaba recogido en un artilugio que pensó que no podía ser cómodo. Cubierto de negro, parecía increíblemente más frágil, lo que solo lo hizo cuestionar la fiabilidad de un material tan delgado. Pero Diosa, ¿ni siquiera podía protegerla del clima!

Molesto consigo mismo, ladró: —Ponte un suéter más grueso. —Y extrañamente tranquila, ella lo hizo.

*No es suficiente.* Y tenía la maldita corazonada que nunca tendría una prenda de vestir. Aun así, no estaba a punto de arriesgar su vida por una corazonada, pero inesperadamente las persianas de acero sobre las ventanas comenzaron a levantarse. Se acabó el tiempo.

—Ven aquí.

Lentamente, se arrastró más cerca, hasta que se enfrentaron cara a cara. Nerviosa, se mordió el labio inferior, retorciéndose las manos. Las diferencias entre esta tímida hembra y la de hace solo unas horas lo sorprendieron de una manera que solo Beth también tenía potencial.

Cómo ella podía ser tan notablemente capaz pero dolorosamente vulnerable de todos modos estaba más allá de él.

—¿A dónde vamos? —Su voz, un pequeño susurro, eliminó esa vulnerabilidad.

*Más.* La única palabra simple surgió en su mente, golpeando su cráneo. Y de repente, se estaba

muriendo de hambre por la proximidad, hambrienta de ella por todas partes.

Enloquecido por ello, cerró el pequeño espacio entre ellos, tembló cuando el frío vacío comenzó a descongelarse. Él inclinó su rostro con dos dedos, sondeando sus ojos, tranquilizado por las chispas cálidas, ¿quién había pensado? Tenacidad más allá de todas las otras emociones que nadaban allí.

*Ella tiene ojos azules, pensó idiotamente. Más azul que el océano, más azul que el cielo, más azul que... Tan malditamente azul.*

—Estarás a salvo conmigo —prometió, decidido a pensar más allá del color muy claro de sus ojos. Inconscientemente, sus dedos recorrieron su pómulo, donde en su lugar trazaron sus labios hinchados.

—Lo sé... —Y esos mismos ojos azules brillaban con pasión tan vívida que casi quería ahogarse en las piscinas profundas. Sorprendiéndolo, ella arrojó sus delgados brazos alrededor de sus hombros, escondiendo su rostro en su pecho, respirando en pantalones cortos. Ya acostumbrado a la suave sensación de queja de su cuerpo contra el suyo, sus brazos la rodearon con afecto que lo aturdió aún más.

Estuvo bien. Completamente e irrevocablemente. El vampiro nacido en él sabía esto, declinó dejarlo creer lo contrario.

Lo agarró abruptamente. La hembra, el vínculo con su vampiro, estaba reaccionando a él en niveles profundos. Un fragmento incrustado, uno que no tenía razón para creer que existía, destrozado, implosionando en lo más profundo de su núcleo. Sus músculos temblaron, sus entrañas ardieron.

Un aroma distinto salió de su piel. Como un macho criado ramai, él era consciente de su significado.

—¿Ian? —Alarmada, ella trató de retroceder, pero él negó con la cabeza, incapaz de dejarla ir todavía.

—No —gruñó, tenso—. No lo hagas. —Y ella no lo hizo.

*¿Qué. Tener. Yo. Hecho?*